

# JARRAPELLEJOS

(Vida arcaica, feliz e independiente de un español representativo)

Edición, introducción y notas de Simón Viola

colección **clásicos extremeños**

DIPUTACIÓN DE BADAJOZ

DEPARTAMENTO DE PUBLICACIONES

2004

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

JARRAPELLEJOS

(Vida arcaica, feliz e independiente de un español representativo)

Colección Clásicos nº 18

© De esta edición: Departamento de Publicaciones  
de la Diputación de Badajoz

© De la edición e introducción: Simón Viola

Depósito legal:

I.S.B.N.: 84-7796-757-1

Diseño y Maquetación: TraSan, S.L.

Portada: XXI Estudio Gráfico, S.L.

Imprime: Imprenta Parejo-Villanueva de la Serena

## PRÓLOGO

**E**l silencio crítico y editorial sobre la obra de Trigo es una de las injusticias más flagrantes de nuestra historia cultural reciente. Una más, desde luego, y no hay por qué insistir en ello. Al fin y al cabo, sobre el narrador extremeño recalcan dos acusaciones graves: la primera y más extendida, la de ser un novelista pornográfico; la segunda y más taimada, la de ser un mal escritor. Al lector de hoy, del último cuarto del siglo XX, corresponde estimar la validez de ambas acusaciones. Pero Trigo vuelve irreprimible, implacable. Está aquí, al menos con estos dos libros cimeros, y ya nadie podrá llamarse a engaño.

Hasta ahora, durante los últimos treinta y seis años habrá que recordar la benéfica acción de los libreros de viejo, de los puestos del Rastro o del mercado de San Antón, de los de la Cuesta de Claudio Moyano. Allí, en peregrinaciones asiduas, he podido conseguir hasta catorce libros de Trigo, desde las primeras ediciones de la Librería de Fernando Fe hasta las de la colección de obras completas de la Editorial Renacimiento. Los precios han variado mucho de diez años a esta parte. Lo que en los años sesenta valía entre cincuenta y cien pesetas, hoy no se encuentra por menos de trescientas o más. Nada más natural. En un país donde el mundo editorial abandona casi por completo la reedición

de la mayoría de los escritores de segunda o tercera fila -tan significativos por otra parte- y donde las colecciones de bolsillo se dedican sólo a lo que creen “valores seguros”, estos libros viejos alcanzan lentamente precios de subasta. Las universidades norteamericanas están además ahí, para hacer subir los precios, como los marines estadounidenses los de las pirujas de Europa.

En otros países -el ejemplo que tengo más a mano es el de Francia-, las colecciones de bolsillo no desprecian a nadie, ni siquiera a los más olvidados escritores. Pero el culto francés por su historia literaria ya se sabe que se contrapone al nuestro. Nuestros editores de estas colecciones prefieren el último grito seudocientífico o no menos seudopolítico, libros de un día que pronto caerán en el mejor de los olvidos, pero que en su corta existencia agotaron su edición por mor de una moda indiscriminada. ¡Hay tanto por editar después de los últimos lustros! ¿Cómo indignarse si aún carecemos de simples colecciones de obras completas de nuestros mejores escritores? Ahí están Baroja -en curso de remedio, desde luego-, Valle-Inclán, Machado, Pérez de Ayala, o hasta media picaresca, clamando por existir en ediciones completas y rigurosas. El resto es negocio.

Felipe Trigo, cuyo nombre coloco en la primera fila, con todos los matices necesarios, supo algo de esto de los negocios. Su primera novela -según Cejador, de quien tomo estos datos- le produjo cien mil pesetas de ganancia, y su renta de derechos de autor, en los años diez de este siglo, era de sesenta mil pesetas anuales. Publicó su primera novela en 1901, algo tarde para un escritor que había nacido en 1864, en Villanueva de la Serena, provincia de Badajoz. Antes había estudiado medicina en Madrid y ejercido algunos años en el campo, en Trujillanos, de donde sacó la experiencia que luego le serviría para escribir esas dos novelas autobiográficas -en parte-, *En la carrera* y *El médico rural*, sobre sus años de estudiante y sobre los de ejercicio profesional. Después logró entrar en Sanidad Militar; fue destinado a la fábrica de Trubia, y por último marchó voluntario, como médico militar, a Filipinas.

Allí se distinguió por su heroico comportamiento, y en una acción bélica los rebeldes le machetearon, mutilándole una mano y dejándole por muerto. De regreso a España, alcanzó la categoría de teniente coronel retirado, y vivió entre Madrid y Extremadura, dedicándose a la

literatura, con un éxito de público tan inmediato como excepcional, si dejamos aparte *La campaña filipina*, de 1897. En pleno éxito y loor de multitudes, el escritor se suicidó en su chalet madrileño, de un pistoletazo, en 1916. Y a este respecto recuerdo el conmovedor artículo que le dedicó en aquella ocasión Enrique Díez-Canedo, que nunca fue gran admirador suyo, hoy recogido en sus *Conversaciones literarias*. "Perdonadme todos -dejó escrito Trigo a su familia, al suicidarse-. Yo estoy seguro de que nada os serviría más que para prolongar algunos meses vuestra angustia viéndome morir. Pensad que en esta catástrofe fue el motivo el ansia loca de crearos alguna posición más firme. Perdonadme, perdonadme. ¡Consuelo, mártir mía, hijos de mi alma! Si mi vida fue una equivocación, fue generosa. Con la única preocupación vuestra por encima de todos mis errores. Que sirva ésta de mi voluntad de testador para declararos herederos míos de todos mis derechos. Perdón".

¿Quién puede ponerse en el lugar de un hombre y saber qué pensaba la mano que agarraba el revólver?, viene a decir Díez-Canedo. Sin embargo, las palabras finales del escritor hacen pensar en una enfermedad incurable, aunque ningún dato poseo que la confirme. Para Julio Cejador, este suicidio fue la demostración del fracaso de las teorías del escritor. Lustros después, un crítico tan opuesto como Eugenio de Nora no ve más que un caso psico-patológico en esta muerte voluntaria. A mi parecer, ambas conclusiones son superficiales y apresuradas. La bibliografía sobre Trigo es poco abundante y se basa, sobre todo, en un solo libro: *Felipe Trigo, su vida, su obra, su moral*, de Manuel Abril, cuya primera edición apareció en 1917. El resto son artículos de revistas y periódicos, críticas apresuradas y polémicas deformadoras. Esperemos que esta resurrección dé lugar a estudios más profundos; sobre el libro de Manuel Abril, José Bergamín tiene palabras exactas en el prólogo citado, y será sin duda el punto de partida para todos los trabajos posteriores.

Por lo demás, y ya en nuestros tiempos, las referencias a Trigo son episódicas y parciales. El juicio de Julio Cejador -que le dedica dieciséis páginas de su *Historia de la lengua y literatura castellana*- parece hacer hoy autoridad. Y, sin embargo, este juicio debiera ser revisado, así como la *Historia* de Cejador, que, si bien es un tesoro bibliográfico (empañado, no obstante, por muchos errores), es un tratado elaborado con un

método más que discutible y de orientación eminentemente conservadora y reaccionaria. Es curioso lo bien que se les daba el conservadurismo a nuestros eruditos, casi proporcional a lo mal que se les daba la erudición a nuestros progresistas. Pasemos.

Díez-Canedo y Leopoldo Alas tuvieron más penetración, pero tal vez un *penchant* excesivo por la estética para tratar objetivamente a un escritor como Trigo, que “hablaba en nombre de la vida” y se negaba a ser lo que se llama “un artista”. La doble mala fama de Trigo -mal escritor y novelista pornográfico- echó doble llave a su sepulcro en la posguerra. Cuando J. C. Mainer, en su *Literatura y pequeña burguesía*, habla de Trigo, lo hace sobre un episodio -el de su relación con Unamuno- significativo, pero no completo. Eugenio Nora, en su historia de *La novela española contemporánea*, despacha a Trigo injustamente en una nota a pie de página, tal vez inconscientemente influido por Cejador, de quien toma los datos. Y, sin embargo, su obra lleva límites cronológicos precisos, de 1898 hasta 1960. Nora justifica este descuido por “motivos principalmente de espacio”, y porque tratar a Trigo (o a Zamacois en el mismo caso) “implicaría la revisión del «caso» Blasco Ibáñez”. Aunque después admite que toda la literatura narrativa posterior “no puede comprenderse ni explicarse plenamente sin esos tres nombres-frontera (Blasco, Zamacois y Trigo)», considerados como “goznes” del nuevo espíritu y “epígonos” del antiguo.

Dudosa es esta apreciación cuando menos. Estos tres escritores, si bien por estilo y sensibilidad no son de hoy, sí siguen siendo, por su espíritu, nuestros contemporáneos. La historia española es pródiga en parálisis, en detenciones más o menos prolongadas, y los precursores se nos convierten muchas veces, en nuestras manos desinocentes, en perfectos contemporáneos. La mejor demostración es que cuando las obras de Blasco y Zamacois -por ahora, pues Trigo acaba de llegar- se ponen al alcance del público, el consumo es inmediato. Y si de algo estamos necesitados es de revisiones, hay que revisarlo todo.

De todas formas, la primera novela de Trigo, *Las ingenuas*, es de 1901. Cae, por tanto, perfectamente de lleno en el período estudiado por Eugenio de Nora en su voluminoso tratado. Nuestro escritor publicó veinticinco libros -dejando aparte el primero sobre Filipinas, ya citado-, y diecisiete de ellos son novelas, dos de ellas póstumas: *Murió de un beso* y *En camisa rosa*. Otro libro también póstumo, *En mi castillo de luz*, se

publicó bajo el nombre del escritor, pero, según Cejador, es obra de su hija Julia, aunque no he visto corroborado este dato en ninguna otra parte. El tema y el estilo son del padre.

Tras *Las ingenuas*, aparecida en dos gruesos volúmenes y que llevó a la fama inmediata el nombre del escritor, vinieron *La sed de amar* (novela, 1902), *Alma en los labios* (novela, 1902), *La altísima* (novela, 1903), *Del frío al fuego* (novela, 1903), *La bruta* (novela, 1904), un volumen con tres novelas cortas: *La de los ojos color de uva - Reveladoras - Lo irreparable* (1905), *Sor Demonio* (novela, 1905), *En la carrera* (novela, 1909), *Socialismo individualista* (estudio, 1906), *La clave* (novela, 1907), *El amor en la vida y en los libros* (estudio, 1908), *Las Evas del paraíso* (novela, 1909), *Las posadas del amor* (novela, 1909), *Cuentos ingenuos* (relatos, 1910), *Los abismos* (novela, 1911), *El médico rural* (novela, 1912), *El Papá de las bellezas* (novela, 1913), *Jarrapellejos* (novela, 1914), *Crisis de la civilización - La guerra europea* (estudio, 1915), *Así paga el diablo - A prueba - El gran simpático* (tres novelas cortas, 1916) y *Sí sé por qué* (novela, 1916), esta última considerada por Cejador como su libro más "poético" y conmovedor, lo cual no es poca concesión en crítico de tal talante.

Al ver este panorama, acuñado en tres lustros, la obra de Felipe Trigo se nos aparece como la de un meteoro, como un relámpago que cruzó en pocos años nuestra literatura con una fuerza implacable, desbordada, descomunal; como un auténtico torrente narrativo. Pudo creerse que este torrente, al desaparecer, se desvanecería también de la memoria de nuestras letras. No ha sido así: esta obra multitudinaria, nacida con vocación de comunicar, de ser leída por encima de todo -pues Trigo aparece hoy como un reformista, como un revolucionario profundo, como un moralista en último término-, ha resistido también el paso del tiempo, el secreto impuesto, el silencio. Una obra popular se convirtió en una obra secreta. A ambas pruebas ha resistido, y se presenta hoy, otra vez, al público, del cual había sido artificialmente separada. Es el momento de ver lo que queda de las dos acusaciones que tan generosamente (?) fueron derramadas sobre Felipe Trigo por los pontífices de la moral y de la estética de su tiempo.

La primera acusación, y la más insostenible, es la de la pornografía. ¿Quién puede sostener hoy sin sonrojarse que Trigo es un escritor pornográfico? Sin entrar ya en la literatura específicamente erótica, que

hoy está recibiendo por doquier sus cartas de nobleza; sin llegar hasta los extremos del marqués de Sade, objeto en nuestros días de los más sesudos estudios científicos y universitarios, políticos y filosóficos, en el terreno de la literatura general, esta acusación contra Trigo dice mucho más en contra de la sociedad que la formulaba que contra el escritor. Al contrario, el erotismo de Trigo se levanta como una de sus máximas virtudes. No vamos a decir -sería un sofisma- que, al lado del erotismo actual, el del narrador extremeño aparece como el colmo de las cautelas y de las prudencias. Colocando a Trigo en su época, la única conclusión que puede sacarse es la pudibundez esterilizadora de su contexto, al menos en su formulación cultural. La vida real, desde luego, era muy otra.

Pues, además, y hay que declararlo sin ambages, una de las “carencias” más lamentables de la literatura española de todos los tiempos ha sido precisamente ésta, la de su falta de erotismo, o, dicho con otras palabras, la falta de realismo en el tratamiento del material amoroso. Una carencia que llega hasta nuestros días y que aqueja a nuestros máximos escritores, sobre todo en los dos últimos siglos. Las representaciones del amor en la literatura española -si exceptuamos al Arcipreste de Hita, *La Celestina*, la picaresca o doña María de Zayas y pocos más- han sido débiles, elementales, excesivamente idealizadas, o, por el contrario, falseadas por una condena moral repleta de todas las negruras. Los soplos de aire puro en este terreno deben ser saludados como se merecen: con todo respeto.

Trigo es un novelista erótico, ello es algo indudable y que no solamente no debe negarse, sino que hay que proclamarlo bien alto. Este erotismo no se ve bien ni en *El médico rural* ni en *Jarrapellejos*, aunque inspira muchas de las páginas de estos libros, y tal vez de las mejores. En muchas de sus otras novelas este dato se ve con más claridad. Lo que sucede es que Trigo hace del amor la clave de su pensamiento -Freud andaba lejos-, la base de sus ambiciones reformadoras, regeneracionistas. Este pensamiento tiene más que ver con obras como las de Costa o Zola, con el socialismo utópico, que con el pesimismo noventayochista y posterior, cargado de espíritu burgués. El narrador era médico, y una ambición de científicismo traspasa su obra y a veces la extravía. Lo que sucede es también que su erotismo, en un principio cargado de buenas intenciones, le surge violento, atirantado, tal vez

deformado por misteriosos "fórceps" que su contexto le obligaba a utilizar. En resumidas cuentas, se trata de un erotismo originariamente ideal, traspasado de escenas de una violencia inédita en nuestra literatura. Quien lea *El amor en la vida y en los libros* advertirá la pureza de las intenciones del escritor, su afán por liberar a la mujer -se trata de un feminista acérrimo, aunque no exento de contradicciones-, por construir en torno a un amor liberado, mezcla de "la Venus pagana y la Inmaculada Concepción", la base de una sociedad socialista futura.

Para Trigo, el amor no necesita ser reformado; bastaría con dejar de deformarlo por tantos años de aherrojamiento religioso, filosófico, político y social. En su búsqueda de esta libertad, nuestro narrador cae en el utopismo, y ahí se riza el rizo, se cierra el círculo infernal. Pues su erotismo se salva no por sus intenciones ni por la utopía final, sino por las descripciones que nos ha otorgado por el camino, con su afán de fisiología médica, de rastreo analítico; con su encarnizamiento casi materialista. Vargas Vila -un contrincante en la novela, pero de inferior categoría- califica su escritura de "literatura clínica", de "base patológica, con un solo radio de acción: los nervios de las mujeres; era un admirable neurólogo ese novelista..; fue un realista, un enorme y opulento escritor realista".

Elogio unilateral el de Vargas Vila, y por ello mismo contraproducente, pues alimentaba las acusaciones consabidas. Ello es olvidar el proyecto inicial de Trigo y su *démarché* hacia la utopía final, donde la desaparición de la célula familiar es precisamente el cumplimiento del amor y la fundación de una nueva familia. Su erotismo surge, pues, atirantado, violentado por un contexto infeliz, y pierde realismo en sus sueños utópicos, que encierran, sin embargo, inolvidables lecciones. Además, el amor y la revolución política están en Trigo estrechamente unidos (hasta tienen un capítulo común el citado libro teórico sobre el amor y el de *Socialismo individualista*), de tal manera que su revolución socialista, teñida de militarismo, de individualismo, y no son éstas sus menores contradicciones, se basa, sobre todo, en una revolución de la persona, del individuo. Tal vez no fuera tan extraviado por estos caminos que hoy nos parecen tan utópicos. Basta con observar el lugar que el sexo, la herencia, la educación por ejemplo, tienen para nuestro escritor en el nacimiento de la sociedad futura.

¿Trigo mal escritor? La segunda acusación ha sido ya bien rebatida, y con mayor autoridad que la mía, por José Bergamín en su prólogo a *El médico rural*. Quien conozca la prosa del maestro Bergamín, posiblemente la más perfecta, desde el punto de vista estético, de toda la literatura crítica en lengua española de nuestros días -entiéndase crítica, por esta vez, como creación, pues Bergamín es un poeta ante todo, calibrará mejor la medida de sus argumentos. Trigo es un escritor cargado de violencia textual, que construyó su propio estilo con una deliberada voluntad formal. No es un mal estilo, es un estilo difícil, pero extrañamente eficaz, pegado a su materia como la piel a la carne, que nos transmite vibraciones, pulso, humores vegetativos, sensaciones, con una intensidad poco común. Un estilo, desde luego, para traer de cabeza a esteticistas y normativos, a academizantes de tres al cuarto. Un estilo aparentemente desordenado, pero que posee su propio orden; repleto de elipsis, de atajos, que se encarniza con las palabras porque así lo decide deliberadamente y en las palabras necesarias. Un estilo, en resumidas cuentas, a estudiar. El primer párrafo, por ejemplo, de *Jarrapellejos* es inexplicable sin el segundo, y así, toda la potencia del capítulo entero, con la descripción alucinante, viva, tremenda, de la plaga de langosta, constituye precisamente una de las cumbres de la prosa de este escritor. Un estilo expresionista, arriscado, fuera de lo común, y que, sin embargo, fue aceptado multitudinariamente por sus contemporáneos. Hoy, cuando las normas estilísticas se revisan y se violan tan frecuentemente, la aparente torpeza de Trigo nos ofrece el espectáculo de un texto en fermentación, funcional, merecedor de un estudio más profundo que todas las acusaciones simplificadoras que hasta ahora ha recibido.

Hasta el propio Cejador tuvo que reconocer en su tiempo el valor artístico de las obras de Felipe Trigo: "De hecho es el novelista que más vivamente comunica al lector el fuego de sus enardecidos afectos...; toda la escala afectiva la tiene en su mano. Sentía recio y sabía hacer sentir recio: no hay en España quien en este punto le aventaje". Y en otro lugar de su estudio: "Las novelas de Felipe Trigo son técnicamente artísticas: el realismo, el desmenuzamiento de los afectos, la fuerza del pincel, la verdad sincera que chorrea por todas partes, la viveza del diálogo, hasta el mismo descuido del lenguaje, todo contribuye a que sean novelas admirables de vigor, color y verdad". Su conclusión, des-

pués de decir esto, resulta paradójica, y el crítico y profesor se empeña, sin éxito, en argumentarla. Trigo es un mal novelista precisamente por ser excesivamente bueno, “porque la conmoción sensual sofoca el efecto estético...; la bestia señorea al hombre y el arte es goce del hombre y no de la bestia”. Un conservadurismo tan acendrado como el de Cejador, que dice que “el respeto a la ética social de un pueblo debe exigirse en las obras de arte”, tendría todavía en los cajones de su censura particular desde *Las flores del mal* y *Madame Bovary* hasta *Ulises* y la obra entera de Henry Miller. De hecho, el crítico confunde la estética con el “buen gusto social”, y el arte con la moral social. ¿Cómo iba a entender a Trigo, aun reconociendo su importancia, si el narrador extremeño construyó toda su obra contra esa moral, contra ese “buen gusto” hipócrita y esterilizador?

Este final del siglo XX ha roto ya con la mayoría de los tabús. Se trata, pues, de un momento propicio para saborear y calibrar en justicia la obra de Felipe Trigo, que, no lo olvidemos, es un precursor contemporáneo. Nos explica muchas cosas, tanto en sus virtudes como en sus defectos. Se trata de un novelista de talla total, de un autor injustamente relegado, con intuiciones geniales, con utopismos repletos de ingenuidad también, que nos trae, en medio de sus contradicciones, un aire de libertad que no por inédito deja de ser auténtica y rabiosamente hispánico.

Y aquí, tras estas breves e inconexas reflexiones, aparece esta “vida arcaica, feliz e independiente de un español representativo”, don Pedro Luis Jarrapellejos. En pocas palabras, el retrato cruel de un cacique extremeño y de la pequeña sociedad que le rodea. Es la obra maestra, a mi parecer, de Felipe Trigo. Pero tal vez por ello no la más representativa. El tono es casi noventayochista; la crítica social, profunda y acerbada. El erotismo aparece no sólo en algunas páginas espléndidas, aunque no muy numerosas, sino casi como algo total, colectivo, que lo impregna todo. En Trigo hay dos clases de erotismo: el que describe la realidad, negra, violenta, atormentada, y el erotismo del futuro, el del amor libre e inocente. El de *Jarrapellejos* pertenece a la primera clase, y es más sombría la pintura cuando la sangre y el crimen aplastan toda posibilidad de futuro. También aquí Trigo se declara como un monárquico que vota a Pablo Iglesias: “Monárquico, socialista e individualista”. Sólo esta contradicción ya debería llevar a profundizar más en el pensamiento y el arte de nuestro escritor.

En el erotismo de Trigo, además, no suele haber excesivo maniqueísmo: no hay víctimas ni verdugos, como en el análisis social; todos son al mismo tiempo sus víctimas y sus verdugos. Pues no se olvide además que los protagonistas de este libro no son sólo Cidoncha o Isabel, los personajes inocentes, sino el cacique, el señor Jarrapellejos, el triunfador, que al mismo tiempo señala cuál es el verdadero protagonista: el pueblo de La Joya entero, representación de una realidad muy concreta. Nos ha faltado la obra de Felipe Trigo; sin él, muchos aspectos de nuestra historia, de nuestra cultura, de nuestra realidad, quedaban difuminados, vagorosos, inconcretos. Viene ahora a explicarnos muchas cosas. Tampoco nos dará la panacea universal; no hay que extrapolarlo, sacarlo de su contexto, contra el cual tan denodadamente luchó. Pero no cabe duda de que formó parte de él y que, de alguna manera, forma parte de nosotros mismos. Y debajo de su violento realismo palpita todo un mundo de símbolos, de alegorías, una ambición de totalidad.

Si en ello, como en sus ambiciones, la obra de Trigo -además de interrumpida por dos veces: su suicidio y la desaparición de sus libros- ha quedado incompleta y frustrada, no por ello reviste menos importancia. Su desconocimiento también frustraba algo impalpable, pero esencial, en nuestra cultura, en nuestra literatura. Pues una parte de las mismas está secuestrada, y el arte cuando se divide sigue dando arte. Deseo que la resurrección de Felipe Trigo sea fecunda y completa. Los lectores tienen ahora la palabra.

París, enero 1975

*Rafael Conte*

## INTRODUCCIÓN

Erígida en un tramo temporal de solo quince años, la trayectoria narrativa de Felipe Trigo ofrece un perfil singular que razones de predilecciones temáticas e instrumentación expresiva convierten en una producción difícilmente localizable en su entorno. Si la obra de cualquier autor puede considerarse en el centro de una intersección, sometida por un lado al peso de la tradición y abierta, por otro, a propuestas novedosas, la producción del novelista villanovense está marcada de modo especial por su condición de “obra de transición”, de literatura caracterizada por un alto grado de “mestizaje” ideológico y estético, circunstancia que explica su resistencia a las clasificaciones históricas y las dificultades para someterla de modo natural a los engranajes de la periodización de la literatura española en el siglo XX.

Herederero de los movimientos narrativos decimonónicos, en especial del naturalismo (una circunstancia que, sobrevalorada, convertiría su obra en una aportación epigonal), su producción pertenece al periodo cenital de modernistas y noventayochistas: “Si no lo incluimos entre los antecesores de la generación del 98 es porque cronológicamente pertenece a ella y de sus ideas y sentimientos participa en no escasa medida. Le consideramos modernista porque, mientras rechazaba el supuesto

intelectualismo del 98, coincidía en cambio con algunas tendencias del modernismo: supremacía de la emotividad, superfluencia erótica, predominio de lo vital sobre lo moral...<sup>1</sup>.

Lo cierto es que el propio Trigo fomentó la sensación de “encrucijada ideológica” en la que vivió, y que reflejará en su obra, sin optar resueltamente por ninguna corriente de pensamiento específica. De un lado, no militó intelectualmente en ninguna de ellas (regeneracionismo, noventayochismo, socialismo utópico, anarquismo..., “un poco de todo”), como, por lo demás, tampoco hicieron otros narradores coetáneos: “No podemos considerar a Baroja precisamente como un modelo de coherencia ideológica (aunque los reproches, en este sentido hayan sido menores). Ambos [Baroja y Trigo] responden a su momento histórico contradictoriamente [...]. El objetivo de Trigo parece claro, aunque hoy su ideología nos parezca confusa”<sup>2</sup>, y de otro, muchas de las corrientes finiseculares, unánimes en su ataque al sistema político de la Restauración, solaparon sus órbitas ideológicas y coincidieron en denuncias y propuestas. Los pasajes que subrayan el eclecticismo de su pensamiento, sin que el escritor procurara rectificar con el paso de los años las obligadas contradicciones, son frecuentísimos:

*“[[juntaba y armonizaba] los dos panteísmos, el espiritualista y el materialista; los dos filósofos extremos del sentir, el de los cándidos y optimistas con el de los diabólicos y los escépticos; los misticismos y castidades de Santa Teresa y Tolstoi con los sensualismos y egoísmos de Epicuro y Schopenhauer; los socialismos numéricos de Marx y Saint Simon, con los anarquismos metafísicos o rabiosos de Reclús y Kropotkine; los altivos mentalismos de Nietzsche, finalmente, con los bajos apetitos de cualquier buitres o cualquier gato”<sup>3</sup>.*

<sup>1</sup> Sobejano, Gonzalo. *Nietzsche en España*. Madrid, Gredos, 1967, pág. 228.

<sup>2</sup> Marco, J. “Felipe Trigo y su novela socialista y de clave: Jarrapellejos”, *Archivum*, XXIX-XXX, 1979-1980, pág. 147.

<sup>3</sup> Trigo, F. *El amor en la vida y en los libros*. Madrid, Renacimiento, 1920, pág. 259.

“Y yo, monárquico como usted, porque creo que la autoridad y el orden de una monarquía democrática, con sus prestigios tradicionales, pueden ser el mejor puente de lo actual al porvenir (Letamendi afirmó: «El progreso no es un tren que corre, sino un árbol que crece»); yo, que sin embargo, voto a Pablo Iglesias; yo, individualista, socialista, monárquico... un poco de todo...”<sup>4</sup>

Pero además de esta triple adscripción (postnaturalismo, 98, modernismo), Trigo ha sido incluido desde otros presupuestos (relaciones personales, actividad editorial...) en la “generación de 1886” (Julián Marías), o definido con los marbetes de “Literatura galante y novela erótica” (Eugenio de Nora), “Realistas y eróticos” (Luis S. Granjel), “Eróticos” (José Domínguez), o, en fin, colocado junto a un numerosísimo grupo de escritores en la “Promoción de ‘El Cuento semanal’” (Sáinz de Robles)<sup>5</sup>.

El breve recorrido de su trayectoria y la falta de evolución temática de unas preferencias temáticas a otras (desde, pongamos por caso, el erotismo de *Las ingenuas* -1901- al compromiso social de *Jarrapellejos* -1914-; recordemos que sus dos novelas póstumas llevan títulos tan “sugerentes” como *Murió de un beso* y *En camisa rosa*) imposibilitan, por lo demás, los deslindes cronológicos de modo que solo cabe, a nuestro juicio, hablar, a grandes rasgos y con matizaciones constantes, de dos franjas longitudinales presentes a lo largo de toda su producción: una “novela erótica”, heredera de los enfoques naturalistas radicales, y una “novela social” que lo aproxima a las preocupaciones regeneracionistas del 98; esto es, la temática del amor y la temática social, “los dos grandes núcleos de los que parte nuestro autor para instalarse en la literatura”<sup>6</sup>.

<sup>4</sup> Trigo, F. *Jarrapellejos*. Dedicatoria a Melquíades Álvarez. Manuel Pecellín aborda el aspecto de la formación filosófica y política de Trigo en varias ocasiones. Pueden consultarse las páginas dedicadas al novelista en su *Literatura en Extremadura II* (Badajoz, Universitas, 1981, págs. 159-180), en donde elabora un estudio de conjunto, o, más específicamente, el prólogo a *Las plagas sociales* (Ayto. de Villanueva / UBEX, 2000, págs. 7-14).

<sup>5</sup> Un aspecto desarrollado por este último en *La promoción de “El cuento semanal” (1907-1925)*. Madrid, Espasa-Calpe, 1975, en especial el capítulo segundo, “El nombre adecuado para los promocionistas”, págs. 39-52.

<sup>6</sup> Medrano, José Luis. Prólogo a *El moralista* Madrid, Emiliano Escolar, 1981, pág. 32.

Si bien todas las obras de Trigo se proponen transmitir un mensaje ético desde una actitud reformista radical, el novelista consiguió en las novelas de ambientación regional (*En la carrera*, 1909; *El médico rural*, 1912; *Jarrapellejos*, 1914) sus mejores logros, al abordar, con un enfoque social de espacios y tipos representativos, distintos aspectos de la realidad nacional. En este sentido han de interpretarse, en nuestra opinión, los subtítulos de *En la carrera*, “Un buen chico estudiante en Madrid” y de *Jarrapellejos*, “Vida arcaica, feliz e independiente de un español representativo” [la cursiva es nuestra], así como sus formulaciones sobre los propósitos que le guían: “estas páginas contienen la historia [...] de una realidad dispersa, la de la vida de las provincias españolas” (“Dedicatoria a Melquiades Álvarez”, *Jarrapellejos*). Nos encontraríamos, por todo lo dicho, ante un *naturalismo social*, que tiene su origen en el naturalismo decimonónico, del que conserva ciertos rasgos: influencia del medio, insistencia en aspectos degradantes de la realidad, reflejo del habla popular..., pero del que se aleja en su intención de representación crítica de la realidad desde una postura ideológica amplia; y es en este sentido en el que “Las novelas de Blasco Ibáñez pueden considerarse, junto con parte de la producción de Trigo y Zamacois, como las continuadoras de la tendencia social que daría sus frutos en el primer tercio del siglo XX. Pero ninguno de estos novelistas ha de figurar aislado: su obra, con las delimitaciones y matices necesarios, podrían integrarse dentro del marco del regeneracionismo noventayochista, como una más de las líneas estéticas e ideológicas de principios de siglo”<sup>7</sup>.

Las novelas del ciclo social de Trigo, como las de Zamacois y Blasco Ibáñez<sup>8</sup>, se nos presentan de este modo como un puente que enlaza a

<sup>7</sup> Román, María Isabel. Prólogo a *La bodega*, de Blasco Ibáñez. Granada, Biblioteca de la Cultura Andaluza, 1989, pág. 29.

<sup>8</sup> De los tres narradores (los “casos frontera” en términos de Eugenio de Nora), fue el autor valenciano el primero en incorporarse a los enfoques netamente sociales con *La catedral* (1903), *El intruso* (1904), *La bodega* (1905) y *La horda* (1905). Zamacois, que pasa en esta nueva etapa a editar en Renacimiento (antes lo había hecho en Sopena, cuyo editor, sin consultarle, hizo vender sus novelas a peseta, con portadas obscenas, en los puestos de la prensa), iniciará un periodo realista,

los naturalistas radicales<sup>9</sup>, que rechazaron la fórmula de un *naturalismo católico* o *español*, corrección conservadora del programa zolesco, y desarrollaron “la crítica del orden socio-moral imperante y el interés por la conducta fisiológica de los personajes -sobre todo la patología sexual-”, con la novela social española de los años veinte (Joaquín Arderius, Ramón J. Sender, Rafael Carranque de Ríos, Juan Antonio de Zunzunegui...) en una tradición realista ininterrumpida pero desplazada por las innovaciones noventayochistas, pues “lo que sí parece evidente es que, de no haber sido por la oposición noventayochista a la narrativa del realismo, el camino de la novela hubiera sido otro en España: las líneas estaban marcadas”<sup>10</sup>, y no parece en modo alguno casual que Trigo fuera recuperado en los años en que aún sobrevive un neorrealismo social, comprometido y crítico, en verdad ya residual, cuya deuda lejana con nuestro autor no reconoció nunca: “¡Quién le iba a decir que muchos años después de su óbito, estando sus novelas agotadas y denegadas sus reimpressiones, tendría legión de discípulos en las promociones de novelistas posteriores a 1950!”<sup>11</sup>.

---

exento de truculencias y escabrosidades, con *El otro* (1910), *Europa se va* (1913) o *La opinión ajena* (1913).

<sup>9</sup> Eduardo López Bago (1853-1931) fue el abanderado de una corriente narrativa que cultivaron escritores como Alejandro Sawa, José Zahonero, Remigio Vega Armentero y otros autores menos conocidos. Fiel al modelo zolesco, publica obras como *El periodista y la prostituta* (1884), *¡Usted no es hombre!* (1888), *Carambola conyugal* (1888) y otros muchos títulos, favorecidos en su difusión por los procesos judiciales que acusaban al escritor de inmoralidad. Para más detalles sobre esta corriente y su impulsor puede consultarse la monografía de Pura Fernández, *Eduardo López Bago y el Naturalismo Radical. La novela y el mercado literario en el siglo XIX*. Amsterdam, Rodopi, 1995.

<sup>10</sup> Román, María Isabel. *Historia interna de la novela española del siglo XIX, II La novela realista*. Sevilla, Alfar, 1988, pág. 322. La historia de la literatura ha fechado esta ruptura en la emblemática fecha de 1902, año en que aparecen *La voluntad* de Azorín, *Amor y pedagogía* de Miguel de Unamuno, *Sonata de otoño* de Valle-Inclán y *Camino de perfección* de Pío Baroja.

<sup>11</sup> Sáinz de Robles, F. C. *Op. Cit.*, pág. 106 (curiosamente la monografía de Sáinz de Robles y la primera reedición de una obra de Trigo tras la guerra civil coincidieron en el mismo año, 1975). En el prólogo a *El médico rural* (Badajoz, Carisma, 2000, págs. XIX-XX), Gregorio Torres Nebrera subraya el alto grado de coincidencias,

Se ha señalado que en la narrativa de Felipe Trigo, “con una intención crítica tan clara y tan directa, el espacio, o mejor dicho el espacio humano o medio social, adquiere una gran significación”, pues una de las bases del pensamiento del autor es “que el ambiente social hace al hombre”<sup>12</sup>. En sus novelas, todos los espacios rurales constituyen “microcosmos” degradados por el hombre “en mitad de la hermosura de los campos”. La miseria y el abandono, los ambientes sociales asfixiantes aprisionados por una tradición convertida en lastre, por la corrupción, la hipocresía y una ética de las apariencias caracterizan a estos entornos provincianos más o menos poblados (Argelez, Alajara, Palomas, Castellar, La Joya...), pero no es más amable la visión de las grandes ciudades que solo fomentan el vicio y el lujo y suelen aportar un ingrediente “deformador” al talante de los personajes.

Aunque en sus obras importe más la atmósfera social que la localización geográfica, Trigo cuidó asimismo de que la descripción de estos entornos físicos que él conocía por experiencia (Badajoz, Mérida, Trujillanos, Valverde de Mérida, Trubia...), fuera verosímil y coherente de unas obras a otras, y así lo demuestran anotaciones como la que sigue (para *El médico rural*):

*“Será un pueblo como Valverde, ligeramente más grande, pero con un solo médico. Se llamará Castellar; estará próximo a Alajara y será su capital de provincia Argelez. En su plano y aspecto será completamente un Valverde, pero en su textura moral y tipos tendrá algo de Trujillanos -tío Perico-, y algún leve recuerdo de tipos de Zal guey y aun de Monterrubio (casa de tío Antonio -la era- los guarros, etcétera)”<sup>13</sup>.*

---

en verdad sorprendentes, entre esta novela y uno de los textos inaugurales del neorrealismo español, *Los bravos* (1954), de Jesús Fernández Santos: ambos médicos acaban encaramados en la cúspide de un entorno rural de desigualdades y oprobios que en un principio denunciaron, los dos acabarán residiendo en las casas que se han identificado con el poder y el dinero en ambas comunidades, los dos añadirán a su “prestigio social” la posesión de amantes jóvenes y hermosas, etc.

<sup>12</sup> Martínez San Martín, A. *La narrativa de Felipe Trigo*. Madrid, CSIC, 1983, págs. 197 y 199.

<sup>13</sup> *En los andamios*. Madrid, Renacimiento, 1924, pág. 247.

La transparencia de la localización de las dos primeras novelas del grupo de "crítica social" (localizada *En la carrera* en Badajoz y Madrid, *El médico rural* en Palomas-Trujillanos y Castellar-Valverde) ha llevado a pensar en Don Benito como referencia real de La Joya, pues en él tuvo lugar el tristemente célebre crimen de Inés María Calderón (1902), que Trigo incorpora a la trama argumental. Recordemos cómo en novelas anteriores a *Jarrapellejos* (1914), el escritor optó unas veces por el topónimo directo, como el Badajoz de *En la carrera* con descripciones de diversos lugares de la ciudad reconocibles hasta en pequeños detalles, pero en otras empleó nombres de su invención especialmente cuando quiso crear espacios sincréticos que reflejasen un entorno provincial no sin mayor precisión local, pues su propósito es mostrar "la vida de las provincias españolas".

Esto sucede con el Alajara de *Las ingenuas* (que por las indicaciones de la nota citada podría tratarse de Mérida, pero en este mismo pasaje vemos cómo trasvasa con total libertad recuerdos de un lugar a otro) y también, pensamos, con *La Joya*, la ciudad de *Jarrapellejos*. De un lado, Don Benito no fue una de las ciudades en que vivió y conoció por propia experiencia y, de otro, las referencias paisajísticas no solo no permiten pensar en este lugar sino que lo excluyen de modo rotundo. Las sierras del Brezo [?], el puente de tres arcos sobre el Guadalmina (un río de la provincia de Málaga), la estación de ferrocarril de Las Gargalias a nueve leguas de La Joya (unos cincuenta kilómetros pero la línea de ferrocarril Madrid-Lisboa pasa por Don Benito; el topónimo más próximo fónicamente es Gargáligas, una aldea junto a Esparragosa de Lares), las aldeas próximas a la ciudad, como Gibrleón (en la provincia de Huelva), Jarilla (perteneciente a Cáceres), Robla (en León, junto al río Bernesga), el caserío del cacique, Alájar (un pueblo de la provincia de Huelva)<sup>14</sup> son indicaciones que en modo alguno permiten la localización de la novela en Don Benito (las referencias urbanas son menos contradictorias, pero muy vagas: una casino, una glorieta, una ermita...). Puesto que el crimen, no tan lejano en el tiempo (las ejecuciones tuvieron lugar en 1905), podía llevar a una asociación automática de la

<sup>14</sup> En la novela se citan otras localidades inexistentes: Jaramilla, Casar de los Pomares, Cervera la Real (próxima fónicamente a una aldea de Badajoz, Talavera la Real).

trama novelesca y de los personajes con la ciudad, Trigo desdibujó el espacio físico hasta el punto de no permitir una lectura “localista”, pues las referencias, como decimos, impiden un reconocimiento incluso para los lectores de la región (de creer a Octavio, “distamos apenas de Madrid doscientos quince kilómetros, y se tarda veintisiete horas”, ni siquiera nos encontraríamos en una localidad extremeña: Don Benito dista de Madrid, por la vieja línea de ferrocarril aún hoy en uso, cuatrocientos veintiún kilómetros). Frente a algunas interpretaciones de la novela como “obra de clave” con referencias a espacios y personas reales, lo que encontramos es una obra que pretende reflejar críticamente un entorno rural marcado por el caciquismo, que Trigo no quiere que sea asociado con una localidad concreta (y le hubiera sido muy fácil conseguirlo), sino, de un modo más vago y genérico, con la España del sur (con una sola excepción los topónimos pertenecen a Cáceres, Badajoz, Huelva, Cádiz y Málaga), y hasta tal punto esto es así que descripciones de una ciudad “ficticia”, como Alájar en este caso, podrían servir perfectamente para dibujar el ambiente de La Joya:

*“...una sentina de ignorancia, debilidades, vicios y miseria [...] jóvenes mentecatos, señoritas que se entregaban y zagalas que se vendían, presidiarios subvencionados y políticos orgullosos y cobardes. ¡Oh, si esta fuera la miniatura de España!...”<sup>15</sup>*

Si este es el mismo medio social en que los personajes positivos de *Jarrapellejos* labrarán su infortunio, el medio físico se presenta como una fuerza hostil en que la supervivencia se enfrenta a “maldiciones bíblicas”: las dos cosechas de las que se habla en la novela se malogran, una por la langosta y otra por la sequía, con procesiones y rogativas como único remedio, en tanto el río es portador de enfermedades como el paludismo con su estela de tercianas y cuartanas, el tifus, la sarna y la tisis<sup>16</sup>:

<sup>15</sup> *Las ingenuas*. Madrid, Renacimiento, 1920 (décima edición), pág. 299.

<sup>16</sup> A diferencia de las alusiones citadas antes, el río sí es un elemento localizador de la trama en las “vegas del Guadiana”, un río sin desnivel y sin cauce que en los meses de verano quedaba reducido a una sucesión de charcas infectas hasta el punto de convertir el paludismo en endémico en la región.

“...guiados por Barriga, [Cidoncha y Octavio] quisieron ver hasta qué extremo el paludismo constituía a los pobres un azote. Barrio de pescadores. Casuchas sucias, chicas, sin cristales, llenas de moscas, con el burro en la cocina, con una sola alcoba, donde tenían que dormir amontonadas las hijas con los padres, en daño de la moral, y convertidas por el sol en hornos del infierno, donde recocíase el sudor de los enfermos y el acre vaho de la miseria y de las redes y de los peces”.

Los estudiosos de nuestro autor coinciden en afirmar que en sus mejores novelas se alimentó de sus experiencias y tendió a reflejar, como consecuencia de sus postulados ideológicos, el entorno, rural y urbano, que conoció: “No todas las obras de Trigo –dice a este respecto San Martín– contienen “marcas” temporales –fechas o acontecimientos que nos indiquen en que época transcurre la acción de la novela–, pero se puede decir con seguridad que todas sus novelas y relatos recrean la sociedad de la época en que vivió su autor”<sup>17</sup>.

Si pensamos en las tres novelas de “crítica social”, estas marcas temporales revelan un progreso cronológico que avanza acorde con el orden de su composición. Es evidente que *En la carrera* (1909) se nutre de los recuerdos universitarios del novelista<sup>18</sup>, pero el anclaje de la trama en un tiempo histórico real remite a un Madrid más de una década posterior a sus años de formación académica (1982-1987): se menciona, por los cafés de Madrid, a “Tovar, el de los monos”, prestigioso caricaturista granadino que trabaja en los pe-

<sup>17</sup> Martínez San Martín, A. *op. cit.*, pág. 206.

<sup>18</sup> Cfr. Andrés González Blanco: “La vida del estudiante [...] se puede estudiar admirablemente descrita en su novela *En la carrera*, una de las mejores de Felipe Trigo, de las más armónicamente escritas. Con sustituir el nombre de Trigo por el de ese personaje estudiantil de una novela tan hermosamente construida, tendremos hecho el relato de las aventuras, estudios y diversiones del mozo extremeño, jaranero estudiante de medicina, en la capital de las Españas”, en *Felipe Trigo. Antología crítica*, “La Novela Corta”, año VI, nº 287, 11 de junio de 1921.

riódicos de la capital desde 1899; Zamacois es citado como autor de *El payaso inimitable* (su título completo fue *Tick-Nay, el payaso inimitable*), una novela de 1900; La Cierva es aludido como el político que decretó el cierre de establecimientos a la una treinta, quien se hizo cargo del gobierno civil de Madrid en 1903; las novelas de Trigo que los protagonistas comentan a la manera cervantina, *Alma en los labios* y *La altísima*, son, respectivamente, de 1905 y 1907, etc.

La acción de *El médico rural* (1912) transcurre de la primavera de 1909 a la de 1910 (hay una referencia vaga a la Barcelona de la "Semana trágica"). Respecto de *Jarrapellejos* (1914) y dado que el crimen de Don Benito sucedió en el verano de 1902 (la acción se inicia en la primavera del año anterior a los asesinatos), nos encontraríamos con un sorprendente retroceso con respecto a los títulos citados. Un examen atento de las marcas temporales de la obra revela que esto no es así. En realidad, Trigo sitúa la trama por los mismos años de composición de la novela lo que le obliga a "trasladar" a la segunda década de siglo los violentos episodios del crimen con que la narración se cierra, del mismo modo que trasladó sus años universitarios a un periodo notablemente posterior. En efecto, la situación política que se dibuja y ciertos hechos recordados, algunos sorprendentemente próximos a la fecha de publicación, hacen pensar, sin la menor duda, en el bienio 1913-1914. Y así, fuera del cuerpo de la novela, Trigo se refiere a Melquíades Álvarez como monárquico ("Yo, monárquico como usted"), pero no fue hasta 1913 cuando el Partido Reformista, de carácter republicano, se dispuso a colaborar con la Monarquía. El artículo de Mariano de Cavia reproducido al final de la novela recuerda en un rápido recorrido por la convulsa historia de Méjico el asesinato de Madero ("un tal Madero, sin más título que sus muchos millones, el astuto amparo de los Estados Unidos y unas buenas intenciones liberales (al parecer), se alza con el santo y la limosna, y a poco le quitan la limosna, el santo y la existencia en la horrible forma que se sabe"), sucedido el 22 de febrero de 1913. Y en este mismo año se localizan episodios como el Centenario Constantiniiano del Edicto de Milán (313), la existencia de *El socialista* como diario ("un periódico cualquiera del día", pero hasta 1913 fue semanario), el descontento de los sectores conserva-

dores con Romanones por la “Cuestión del Catecismo” o la muerte de Carlos Tellier, el “inventor del frío” en octubre de 1913<sup>19</sup>.

Al año siguiente remiten, en fin, las alusiones a Belmonte y Joselito, “los dos taurinos fenómenos”, que torearían juntos por vez primera precisamente en mayo de 1914, el mes que Trigo cita como fin de composición de la novela o el “affaire Caillaux” (la esposa de Joseph Caillaux, ministro radical francés, asesinó al director de *Le Figaro*, Gaston Calmette, quien había amenazado meses atrás con publicar documentos relativos a la vida privada del político) ocurrido en marzo de este mismo año.

Vemos, por todo lo dicho, que Trigo tiende a reflejar el presente que vive y conoce incluso en aquellos casos en que los episodios de la trama le llevarían a remontarse en el tiempo. Esto sucede con sus experiencias universitarias trasladadas a un Madrid posterior y quizá muy similar, o con el crimen de Inés María, de modo que estos tres títulos, si bien con notables diferencias técnicas entre *Jarrapellejos* y los dos primeros (desaparición de la perspectiva de un protagonista-testigo, tratamiento novelesco de materiales muy ajenos a su biografía...), novelan tramos cronológicos sucesivos.

Respecto del tiempo interno del relato, este progresa linealmente desde una primavera con las cosechas arruinadas por una plaga de langosta (solo en el capítulo IX sabremos que esto sucede en el mes de abril) hasta el verano del año siguiente. En primavera se sitúan los tres primeros capítulos: plaga de langosta (I), “este mayo de flores a María” (II), un nido de cigüeña con polluelos (III). En verano, los dos siguientes: limpiadores en las eras (IV), Roque “iba a cumplir un mes de prisión” (V). En otoño, los capítulos VI-IX (el 13 de diciembre Purita tiene una niña: su concepción coincide con el arranque de la novela cuando “iba una tarde a ver la invasión de los langostos”). Los capítulos X y XI transcurren en un insólito invierno de nieve (“En La Joya había nevado co-

<sup>19</sup> Tellier muere el 19 de octubre de 1913: en la novela se inserta una nota de prensa, tal vez real, de *El imparcial* que recoge una información periodística de “nuestro redactor en París” fechada el día 20 (pero no cita el mes). Es plausible, en todo caso, que Trigo introdujera en la novela recortes de prensa reales y coetáneos a la composición de la obra.

piosamente”) y sequía (“ni una gota de agua desde enero”). Sigue una primavera descrita en las posesiones de Jarrapellejos (XII) y a continuación los asesinatos (XIV, pero hay que recordar que en todas las ediciones de *Jarrapellejos*, la numeración de los capítulos salta del XII al XIV, una «anomalía» que hemos mantenido) situados en la noche del 20 al 21 de mayo, un mes antes de los hechos reales (sucedidos en la madrugada del 18 al 19 de junio), una modificación explicable puesto que el viaje de los delincuentes a la “feria de Trujillo” constituye en la trama una coartada mantenida hasta el final.

Los capítulos restantes se sitúan en un verano de pesquisas, detenciones y cierre final del caso por falta de pruebas, cuando Cidoncha lleva ya “cuarenta y tantos días incomunicado” (XVI) y “sesenta y cinco días en aquella mazmorra” (XVII).

Como en las restantes narraciones de Trigo, la acción es lineal y solo excepcionalmente se producen “vueltas al pasado” con el fin de relatar una elipsis de la narración. Es lo que sucede en el complejo capítulo V, en que varios principales de la ciudad (Jarrapellejos, el juez, el doctor Barriga) llegan a una velada literaria después de asistir a la boda de Petrilla y Melchor (a la que han acudido también los miembros del “Curdin Club”: casi todos los hombres han gozado de la “virginidad” de la novia). Es necesario entonces recordar episodios pasados (incendio de la era, detención de Roque...) que desembocan en esta boda de conveniencia.

Salvo este caso, el empleo del tiempo se ajusta, como decimos, a un orden lineal, heredero de un modelo narrativo realista-naturalista. Respecto de títulos anteriores, apenas hay digresiones que detengan el avance de la trama, pues Trigo prefiere presentar un mundo a reflexionar sobre él (una de las deficiencias de obras anteriores) o a enfrentar al lector con los pensamientos de un “alter ego” (p. e., Esteban en las dos novelas anteriores) y cuando la acción se remansa, por ejemplo en el capítulo II en que “no sucede nada”, el bloque tiene la función de dibujar el ambiente social (jóvenes casaderas, noviazgos, los alcohólicos miembros del Curdin Club, hoscos y pendencieros, ...), profundizar en el talante de ciertos personajes destacados (el elegante esnobismo de Octavio, la vacua modernidad de Ernesta) y anunciar episodios novelescos posteriores (como la “hidropesía” de Purita Salvador). En otras ocasiones (capítulo VI), los

pasajes descriptivos (barrio de pescadores, enfermos de paludismo, de tifus, de sarna) están al servicio de las tesis de la narración.

Como otras áreas rurales, Extremadura ha sido pródiga en crímenes espeluznantes relatados en sus pormenores por una prensa que tendió a subrayar los aspectos más sórdidos y alimentó la curiosidad malsana de determinados círculos de lectores. Trigo tenía sin duda noticia de algunos de estos sangrientos episodios de la España profunda<sup>20</sup>. Podemos imaginar fácilmente por qué prefirió a esos otros asesinatos, motivados por la venganza o la avaricia, el “crimen de Don Benito”, un episodio que por sus rasgos específicos (la lujuria, el sometimiento social, el completo desvalimiento de las víctimas...) encontró anclaje de modo natural tanto en su pensamiento como en los temas predilectos de su narrativa (injusticia social, hombres-verdugos / mujeres-víctimas...).

Convertido muy pronto en asunto de romances de ciego<sup>21</sup>, el crimen tentó a Pío Baroja, según confiesa en sus memorias (*Desde la última vuelta del camino*) y, de hecho, aludiría a él de pasada en el capítulo primero de *Los visionarios* (1933), así como a Ramón Pérez de Ayala

<sup>20</sup> Víctor Chamorro ha novelado dos de estos hechos sangrientos: el “crimen de Berzocana”, sucedido a mediados del siglo XIX, en que unos jornaleros asesinan a un rico hacendado junto a su esposa, sus dos hijos y una criada, buscando inútilmente el producto de la venta de una piara de cerdos (*El pasmo*, Barcelona, Seix Barral, 1987), y un sórdido caso real sucedido en la ciudad de Plasencia a fines del siglo XIX con numerosos episodios pintorescos: muertes, internamientos en manicomios, apariciones imprevistas, enfrentamientos locales que alcanzan a la actividad política... (*El muerto resucitado*. Madrid, Albia, 1984). En *Jarrapellejos* se citan otros episodios de “crónica negra” (la violación y muerte de la mudita de once años, el guardia civil desollado, el descuartizamiento de Rosa la Manteca por su amante...), cuya veracidad no hemos procurado confirmar.

<sup>21</sup> El crimen fue difundido por romances que incurren, como es previsible, en variaciones relevantes. Así ocurre en esta versión que localiza el episodio en “el pueblo San Benito / provincia de Badajoz” y presenta a la madre desconsolada en el entierro de su hija (cuando, en realidad, ambas fueron asesinadas). Véanse algunos pasajes: “Al salir de misa de once / don Carlos le quiso dar / un beso a Inés María / y ella le dio una guantá. / Y le devolvió don Carlos: / Esto me lo has de pagar. / Mira si se la pagó / que la cosió a puñalás. / A las doce de la noche / mandó al sereno llamar, / dice doña Catalina: / mi puerta no se abre ya. / Es un paso muy seguro, / lo debo de condutar [...] Cuando el entierro pasaba / por la calle de las monjas / dice doña Catalina / que se merece la horca” [...]

que lo utilizaría en una novela corta, *La caída de los Limones*, incluida con otras dos en el volumen titulado *Prometeo* (1916)<sup>22</sup>.

Narrada en primera persona, la novela de Pérez de Ayala se ambienta en una pensión madrileña en que reside el protagonista, estudiante de Derecho (una situación narrativa no demasiado distinta de la que encontramos en otra novela de Trigo, *En la carrera*, 1909). Allí conocerá a dos extrañas recién llegadas, Fernanda y Dominica, hermanas del asesino Arias, dos solteras con la "tristeza de la virginidad vetusta" que han venido a la ciudad para hacerse con ropas de luto que "tienen que estar terminadas para el sábado a las doce en punto".

La narración da entonces un salto atrás para recordar la infancia de Arias, hijo del cacique, un niño sensible y fabulador con arrebatos violentísimos (mata al perro de su hermana estrellándolo contra la pared), para el que su padre ha comprado varias titulaciones académicas (Bachiller, Licenciatura de Letras). Enamorado de Lola, la "hija de la viuda de Candellero" y temiendo su rechazo, penetra en la casa de las mujeres a las que asesina con la ayuda de su fiel Bermudo, su criado y hermano de leche. Las coincidencias con el crimen real son muy numerosas, más que en la narración de Trigo: las víctimas (madre e hija: un hermano de la joven se encontraba en África realizando el servicio militar), la pareja de asesinos, la complicidad de un sereno, la detención de un sospechoso inocente, la duración del proceso (más de un año) y su resultado (dos condenas a muerte ejecutadas en la misma ciudad).

Otras circunstancias de la narración permiten pensar en una localidad extremeña como lugar de los crímenes, aunque Pérez de Ayala sitúa la acción en la capital de provincia, Guadalfranco, "celebrada en todo el mundo por sus lanas y paños", en donde "la agricultura florecía

<sup>22</sup> Los episodios del caso han sido dramatizados por dos autores regionales, Jesús Alviz en *Inés María Calderón, virgen y mártir, ¿santa?* (el mismo autor escribiría otra obra teatral sobre el novelista, *Yo hablo en nombre de la vida*, en que evoca dos momentos de su trayectoria vital, su adolescencia y los momentos previos a su suicidio), y Patricio Chamizo en *El crimen de Inés María*, obra en que subraya el protagonismo del pueblo en el desarrollo y resolución del proceso. El crimen, en fin, ha sido llevado al cine en dos ocasiones: *Jarrapellejos*, de Antonio Gómez Rico, y una de las entregas de *La huella del crimen* (Imanol Uribe).

asombrosamente, merced a mil ingeniosos artificios con que los moriscos regaban y cultivaban la tierra, la cual era fecunda sobre todo en alcoroque” (pág. 165).

Por lo demás, el propósito de Pérez de Ayala, similar al de Trigo, es la denuncia del caciquismo al que se ve sometida la España rural: “Para la próxima legislatura don Enrique cuenta con llevar al Parlamento a su hijo Arias y a su presunto yerno. Con los calores, han remitido las palpitaciones sediciosas. La hoja clandestina ha dejado de circular. Se cierne sobre Guadalfranco una paz octaviana. El señor Obispo, plácido y cogitabundo; los señores canónigos, contemplativos y canoros; el gobernador civil, ponderoso hidalgo; el gobernador militar, bizarro caudillo; el coronel de la Guardia Civil, hombre de mano dura y ceño de un solo trazo; en suma, todos los puntales de la sociedad son hechura de don Enrique y están por su voluntad sostenidos en equilibrio y ensambladura provisorios como el andamiaje de que usa el arquitecto para erigir su fábrica”<sup>23</sup> (págs. 203-204). Este estado de cosas, que en la novela de Trigo se perpetuará (cierre del caso, ascenso político de los asesinos), se verá abocado, como ya indica el título, a un completo desmoronamiento (muerte del cacique, ejecución de los criminales, pérdida de poder político de las hijas) en un desenlace más esperanzador que el del novelista extremeño y más próximo a los hechos reales.

Si Pérez de Ayala se propuso novelar el crimen en esta singular obra que Eugenio García de Nora califica de “verdadera obra maestra”<sup>24</sup>, Trigo

<sup>23</sup> Págs. 203-204. La misma denuncia late en los poemas que abren cada capítulo: “¡Poder! ¡Poder! ¡Oh vino de divina/ borrachera! El más alto de los bienes [...] ¡Poder causar al enemigo un daño...!/ ¡Poder brindar al allegado un bien...! (pág. 189).

<sup>24</sup> *La novela española contemporánea I*. Madrid, Gredos, 1979, pág. 492. El estudioso añade en nota: “El relato tiene una base histórica; Ayala ha conservado incluso muchos detalles. Se trata del “crimen de Don Benito” (Badajoz), perpetrado a principios de siglo por el hidalgo don Carlos García de Paredes, con la complicidad de su criado [sic] Castejón y de un sereno: asesinó, después de forzarla [sic] a una costurera llamada Inés María, y a la madre. La fechoría se descubre por haber visto unos novios [sic] que se cortejaban a escondidas cómo el sereno abría la puerta a los asesinos”. Gran parte del sumario judicial del crimen ha sido reproducido por María Dolores Cabezas de Herrera, precedido de una breve introducción en que resume los episodios del caso. Véase *Ventana abierta*, diciembre de 2003, págs. 115-142.

lo incorporó a una narración de mayor calado que ofrece un amplio espectro de injusticias sociales y sometimientos eróticos. Recordemos que los preparativos y ejecución del asesinato aparecen en el capítulo XIV de la novela, en tanto que las contingencias del proceso, investigaciones, declaraciones, intervención del cacique y cierre del caso, se desarrollan hasta el fin del relato de modo simultáneo a otros motivos no menores (celebración del Centenario Constantiniense, aventura amorosa de Octavio con Ernesta ya embarazada), constituyendo aproximadamente un tercio de la narración completa. Los personajes principales del crimen, por lo demás, pertenecen plenamente al ámbito de la narración desde un principio sin que dé la impresión en ningún momento de “historia adosada” a una trama principal<sup>25</sup>.

Puesto que Trigo somete los hechos reales a una intensa manipulación convendrá recordar sucintamente que el asesinato de la joven, Inés María Calderón, y de su madre, Catalina Barragán, tuvo lugar en la calle Padre Cortés de Don Benito en la madrugada del 18 al 19 de junio de 1902. Con la complicidad del sereno, Pedro Cidoncha, quien logró que las mujeres les franquearan la entrada, Carlos García de Paredes, sobrino de Enrique Donoso Cortés, cacique liberal que capitaneaba en la provincia a los partidarios de Sagasta (y sobrino a su vez del Marqués de Valdegamas), y Ramón Martín Castejón, penetraron en la casa y acuchillaron a las dos mujeres, aunque ninguna de ellas fue violada, cuando este parecía el móvil del asalto<sup>26</sup>. En la vista, celebrada

<sup>25</sup> Isabel aparece ya en el primer capítulo ahuyentando las langostas. En el tercero alimenta a unas crías de cigüeña y atiende la visita de don Pedro Luis. Reaparece trillando en la era (IV) y en varios capítulos posteriores que siguen la evolución de su noviazgo con Cidoncha hasta el momento de su muerte en el capítulo XIV. Menor protagonismo, pero un notable interés para el desarrollo de la trama tienen sus padres, Roque y Cruz, y por supuesto, su pretendiente, Juan Cidoncha.

<sup>26</sup> Puede tener interés recordar el seguimiento que hizo del caso una publicación periódica como la *Revista de Extremadura*, órgano de marcado acento conservador, que se refirió tres veces a él en las entregas de 1902. En el número XXXVI, correspondiente al mes de junio, menciona escuetamente el episodio, que “ha producido general consternación en el pueblo indignando a todo el vecindario [...]. Las sospechas, que recaen sobre alguna persona de cultura [el primer sospechoso fue el médico que vivía en casa de las víctimas], da un interés vivo

en Don Benito entre el dieciocho de noviembre y el uno de diciembre de 1903, fue crucial el testimonio de Tomás Alonso Camacho, un testigo ocular menor de edad que reconoció a los asesinos, pero su declaración tuvo lugar 45 días después de perpetrarse el crimen y recibió por ello una gratificación. No fue esta la única irregularidad de un proceso sometido a una fortísima e indignada presión popular en que se entremezclaban razones emotivas y rencor social (una joven hermosa y honesta de extracción humilde y un heredero de grandes terratenientes, bebedor y pendenciero). García de Paredes y Martín Castejón fueron acusados de dos delitos de asesinato, con alevosía, nocturnidad, morada de la ofendida y, en el caso de Inés, ensañamiento, y uno de intento de violación, y condenados a dos

---

a lo que pueda resultar de las diligencias sumariales”. El número siguiente recoge la puesta en libertad del médico e informa de que “confesó el delito un joven extraviado de distinguida familia de aquella población”, mientras que la entrega de agosto habla de cómo “receloso, tal vez en demasía, se halla el pueblo de Don Benito, protestando de que se piense llevar a la capital los tres presos coautores del brutal asesinato”, pero en ningún momento da el nombre de los asesinos. El número de noviembre de 1903, coincidente con la celebración del juicio, justifica el poco espacio dedicado al crimen (“Acaso tiene un interés relativo para los jurisconsultos, pero su importancia para el público es nula [!] y en muchos casos superficial”) y resume la circunstancias del asesinato: “Dos hombres, cegados por los apetitos de la bestia, se valen como mediador de un estulto, que por su empleo de sereno habría de ofrecer confianza a dos sencillas mujeres, para que, con pretextos convenidos, se hicieran abrir la puerta de la casa, franqueándoles la entrada. Vense dentro. Arrójanse sobre la desventurada D<sup>a</sup> Catalina Barragán y la asesinan. Vuelan en busca de su hija que codician hace tiempo, teniéndola amedrentada con sus lascivas proposiciones, y ella, que ha escuchado algo anormal, temblorosa y a medio vestir, opone sus débiles fuerzas a la entrada de su alcoba de aquellos energúmenos, que vencen con su empuje la resistencia de la puerta. Ya la tiene el señorito entre sus manos; ya el viejo libidinoso le ayuda, y la intimidan, y la hieren, y la heroica doncella forcejea, se desprende de ellos y huye a otra estancia refugiándose -¡pobre niña!- bajo un lecho. La sacan a rastras; no rinden su castidad, pero acaban con su vida tras veintiuna heridas. ¿Cuándo podrá borrarse el recuerdo de Inés Calderón, tan modesta, tan buena, tan sublime?” (tampoco en esta ocasión se da el nombre de los asesinos).

penas de muerte y seis años de prisión, en tanto el sereno sería condenado a dos penas de 20 años de prisión como responsable de los homicidios y seis años por intento de violación. Aunque numerosas personas e instituciones solicitaron el indulto, este fue denegado y las ejecuciones se llevaron a cabo el 5 de abril de 1905 en dependencias municipales<sup>27</sup>.

Trigo conservó respecto de estos hechos, que la prensa había tratado en 1902 y recordó en 1903 y 1905, los suficientes datos como para que el crimen fuera reconocible, pero introdujo asimismo notables modificaciones. Conserva, por ejemplo, los personajes centrales del episodio: las víctimas, madre e hija, el móvil (la violación de la joven) y los asesinos (uno de ellos, en la ficción, sobrino del cacique). Inventa el personaje del padre (Inés era huérfana), cuyo viaje a la feria de Trujillo dará a Saturnino la idea de aprovechar esta oportunidad e ir a casa de las mujeres, y sustituye el personaje del sereno por un esbirro, el Gato, pero su papel será llevar un farol encendido y hacerse pasar por sereno.

Sometido sin duda al recuerdo de las informaciones periodísticas, inventa las circunstancias, pero conserva ciertos detalles “trastocados”: localiza el crimen en una tahona-ermita a medio kilómetro del pueblo pero mantiene la opción de dos asesinos y un cómplice (un expresidiario

<sup>27</sup> Durante todo el proceso fue decisiva la firme resolución del pueblo que exigió el cumplimiento de las penas (de hecho, esta es la razón de que el crimen fuera más conocido desde un principio como “crimen de Don Benito”). Solicitaron el indulto todos los diarios regionales: *Noticiero Extremeño* (José López Prudencio), *Nuevo Diario de Badajoz* (Valeriano Ordóñez), *La Región Extremeña* (Isidoro Osorio), *La Coalición* (Pedro Gazapo), *El Correo de Extremadura* (Carlos A. González), y otras publicaciones como *Armas y Letras* (Luis Lacoste), *iAdelante!* (Marcelino Bravo), *Extremadura* (Julio de la Cierva), *Mercantil Extremeño* (Antonio Sierra), *Veterinario Extremeño* (Victoriano López Guerrero), *Boletín del Magisterio* (Miguel Pimentel) y *Revista Agraria* (Ramón de Roffignag). Los mismo hicieron los corresponsales de los periódicos nacionales que cubrieron el caso: *El Liberal* (V. Ordóñez), *El Imparcial* (F. Aberrátegui), *Heraldo de Madrid* (Ignacio Santos Redondo), *La Correspondencia de España* (Manuel Ortega), *El Globo* (M. Pimentel), *Diario Universal* (Antonio Chorot), *Blanco y Negro* (Leopoldo Castro).

que en la ficción se convertirá en un frío homicida), sitúa el crimen en el mes de mayo (tal vez por la coartada de los delincuentes: se encontraban en la feria de Trujillo), pero se aproxima mucho a la fecha exacta (que retrasa un par de días); Cidoncha, apellido del sereno en la realidad, pasará a ser el del novio de Inés, quien será detenido, torturado y puesto más tarde en libertad: en la realidad, esto mismo sucedió a don Carlos Suárez, médico oculista de Villanueva de la Serena que vivía de alquiler en casa de las mujeres (en la habitación en que fue asesinada la joven apareció su maletín). La impresión, en fin, es que Trigo no realizó un trabajo previo de documentación, pues en este caso las coincidencias serían mayores, sino que introdujo en la novela datos que recordaba de los periódicos en que había seguido el caso y quizá de otras fuentes, pero no operó con tanta libertad como para desfigurarlo por completo.

La divergencia mayor con el crimen real, no obstante, tiene que ver con el desenlace del caso (y de la propia novela). En lugar de la ejecución de los asesinos, Trigo hace que el juez, por sugerencia del cacique, cierre el sumario por falta de pruebas: Mariano Marzo será nombrado gobernador de la provincia, Saturnino Cruz le sustituirá como alcalde (“¡Nadie podrá creer que fuesen los asesinos al verlos de políticos jefes respectivos del pueblo y la provincia!”), el Gato y Melchor serán puestos en libertad e incluso el “estúpido” juez, que no pudo inculpar a estos dos últimos sin involucrar a aquellos (una última maniobra del cacique que trasvasaría las culpas por las muertes de una clase social a otra), será propuesto para un ascenso.

Todas estas “falsificaciones” irritaron profundamente a los sectores políticos conservadores. Un comentarista de la novela, Avelino Sanz, escribiría: “No: don Arturo [el juez en la ficción] cumplió con su deber, encarceló a Saturnino, encarceló a Mariano Marzo y no soltó al Gato de la prisión, y más tarde, un jurado compuesto de honrados españoles, los condenó a muerte, y la sentencia justa fue cumplida; podrá ser por desdicha representativo y netamente español el Jarrapellejos de la fábula de Trigo, pero ya sabe, y por saberlo no debió decir otra cosa en su libro que en España, por fortuna para Trigo y para todos los españoles, Jarrapellejos no manda en la justicia, ni quedan, por fortuna, aptos para ser inmediatamente nombrados gobernadores, los asesinos denunciados a un juez. Triste suerte

la de la pobre España, escarnecida y vilipendiada siempre, y a los cuatro vientos, por las alas poderosas de la letra impresa”<sup>28</sup>.

El novelista no rechazaría la acusación de falsear la historia, pero repetiría el argumento de que lo relatado en la novela reflejaba “una realidad dispersa, la de la vida de las provincias españolas, de los distritos rurales” (Dedicatoria a Melquíades Álvarez). Contemplado el episodio desde hoy, las modificaciones introducidas por Trigo eran obligadas. Puesto que el propósito es la denuncia de un estado de cosas que se desea transformar, se imponía manipular el desenlace, de modo que en la ficción todo volviera finalmente a la calma y este medio siguiera siendo “un inmenso pudridero” con más personas compradas, garantizada, una vez que se logra la expulsión del único personaje que no ha podido ser “asimilado”, la supervivencia del sistema<sup>29</sup>. Su pensamiento político y social, su visión de una España rural abandonada a su propia involución exigían un desenlace desolador (la última frase de la novela es un grito de aclamación de los joyenses: “¡Viva nuestro gran Jarrapellejooooos...!”), acorde por lo demás con las otras dos novelas del grupo, engullido el “médico rural” por el mismo sistema envilecido que en un principio se propuso combatir, abandonada la novia adolescente que acabará rodando por cárceles y prostíbulos (*En la carrera*).

Una visión panorámica sobre la producción narrativa de Felipe Trigo deja la impresión de que “la médula de [su] pensamiento, el tema alrededor del cual giran los demás es el problema sexual. Estamos –afirma Martínez San Martín– “ante un autor monotemático [...] Existe un tema central al que se subordinan todos los demás”<sup>30</sup>. Este tema es el erotismo, que suele adoptar, a grandes rasgos, dos modulaciones: “el que describe la realidad, negra, violenta, atormentada, y el erotismo del futuro, el del amor libre e

<sup>28</sup> Citado por Marco, J. “Felipe Trigo y su novela socialista y de clave: Jarrapellejos”, art. cit., pág. 159.

<sup>29</sup> En realidad, la relación entre la clase terrateniente y el pueblo llano cambió por completo tras el crimen. En Don Benito se fundó una de las primeras casas del pueblo de toda España.

<sup>30</sup> Martínez San Martín, A. *La narrativa de Felipe Trigo*, .op. cit., págs. 69 y 76.

inocente”<sup>31</sup>, pero el análisis de las relaciones eróticas tiene en cualquiera de los dos casos una pretensión globalizadora, pues se propuso “utilizar la temática amorosa como definitoria de toda realidad y exclusiva actuación social”<sup>32</sup>.

Relacionado estrechamente con él se halla el otro gran tema de Trigo, la cuestión social, que con variaciones de intensidad late en todas sus obras. Desde la posición de un reformismo regeneracionista, el escritor denunciará las lacras de una estructura social cimentada en la opresión, la injusticia, las desigualdades sociales, la hipocresía, la falta de educación sentimental o el caciquismo.

Este último motivo será recurrente en su trayectoria. Como el adulterio, otro tema frecuente en el cambio de siglo y en las obras de Trigo, el caciquismo es un asunto literario que lleva insembrados de modo natural una trama y unos personajes (corruptelas, esbirros, personajes sometidos o “comprados”...). El conocimiento directo que de las estructuras sociales de la región tuvo el escritor hace que esta profunda lacra del sistema político de la Restauración aparezca pronto en su trayectoria. En un temprano artículo aparecido en *El liberal* recrea una escena que muy bien pudiera pertenecer a novelas posteriores (presenta, por ejemplo, cierta similitud con el cierre de *Jarrapellejos*):

*“Yo en el casino de un pueblecillo, donde, igual que en otros mil, mora todo servilismo, me estremecía también viendo la manada de electores que festejaban al cacique después de la victoria, sin la menor vergüenza por haber entregado su libertad de racionales a aquel hombre que entre ellos paseaba con aire de señor feudal...”*<sup>33</sup>.

<sup>31</sup> Conte, R. “Trigo, nuestro contemporáneo”, prólogo a *Jarrapellejos*. Madrid, Turner, 1988, pág. XVIII.

<sup>32</sup> Medrano, José Luis. Prefacio a *El moralista*. Op. cit., pág. 28.

<sup>33</sup> “Sobre las ruinas (carta casi trascendental)”, *El liberal* (25-IV-1899).

Este mismo tipo humano reaparecerá en *Las ingenuas* (1901), si bien sin un protagonismo nítido sino como una figura ambiental más, pues sus tropelías no tienen desarrollo narrativo:

*“...el del centro, la verdadera columna de influencia y de poder a que se dirigieron las extremosas cortesías, no se olvidaba fácilmente, visto una vez: don Juan Anselmo Valdeiglesias, cacique máximo aunque campechano; hombre fornido, cuadrado mejor dicho, de cara rugosa de león y patillas rucias e hirsutas “de boca de jacha” [...] Aunque distanciados en ideas (don Juan Anselmo, como toda su familia, era católico ferviente), el protegido y el protector mantenían íntimo trato, gracias a su mancomunidad en las amorosas conquistas. Rivera con sus simpatías innegables y el cacique con su depotismo y su dinero, se bandeaban a maravilla entre las pastoras y las criadas”<sup>34</sup>.*

En *El médico rural* (1912) son varios los personajes que se ajustan a este perfil. En Palomas el señor Vicente Porrás ejerce su autoridad campechana sobre los lugareños en escenas de clara filiación naturalista:

*“El señor Vicente, digno, con su respetabilidad parcial del gran cacique, bebía poco e imponía el orden a menudo. No habían querido que el médico faltase a la fiesta, primera de las tan celebradas y frecuentes del otoño. Durante el año entero esperábase la época en que cada vecino ofrecía a los demás la cosecha de sus viñas; esto constituía en Palomas la magna, la insuperable diversión. Algo así, recordaba irónicamente el joven, como la Semana Santa de Sevilla..., como los juegos olímpicos de Atenas.*

*En efecto, con la barbarie tosca de una degeneración de siglos que hubiese retornado a lo bestial, hubo luchas, pugilatos... Primero, sencillamente a ver quiénes se derribaban echándose la zancadilla; luego a «tiraperro», o séase puestos dos a dos*

<sup>34</sup> *Las ingenuas*. Madrid, Renacimiento, 1920 (décima edición), págs. 34-35.

opuestamente en «cuatro patas», con una soga atada al cuello y pasada entre los muslos... Tenía el corral sucios charcos que servían para que bebiesen los cerdos y gallinas, y el mérito de los campeones, celebrado con grandes risas, llegaba al colmo cuando los cruzaban arrastrando ya de espaldas y embarrizando a los vencidos...<sup>35</sup>.

En Castellar, el segundo destino del médico protagonista, este cometido corresponde a don Indalecio Márquez, “rey del pueblo, listo como un diablo [...] siempre con su sonrisa fanfarrona y dominante, habíale referido el chasco de su propio hijo Juan Alfonso, creyendo deshonorar a la linda Petrita de un vaquero, ya deshonrada por él cuando apenas cumplió catorce años la muchacha”<sup>36</sup>, y excepcionalmente, a una mujer, que, una vez desaparecida de la superficie del relato, deja al propio Esteban en los aledaños de un papel semejante. No en balde, como observa Torres Nebrera, la secuencia final de la novela (Esteban conduce una “jardinera” acompañado por su mujer e Inés, su amante y esposa de Alberto) tiene un preciso correlato en el arranque de *Jarrapellejos*, en que don Pedro Luis guía un tílburí acompañado por Orenca, amante suya y esposa de Esteban.

Finalmente, en esta última novela, la figura del cacique planeará sobre el universo envilecido que Trigo recrea “con la siniestra sombra de un murciélago brutal, amparador de todos los crímenes y robos y engaños y estafas del enorme pudridero”. Y es el propósito de denuncia de este tipo humano el que otorga a la novela un sustrato regeneracionista (al que se suman las utopías sociales tan características del novelista extremeño), perceptible tanto en las propuestas como en las denuncias del relato<sup>37</sup>: fo-

<sup>35</sup> *El médico rural*. Edición y notas de G. Torres Nebrera. Badajoz, Carisma, 2000, págs. 41-42.

<sup>36</sup> Ed. cit., págs. 141-142.

<sup>37</sup> La novela regeneracionista reitera los mismos enfoques del ensayismo y recoge de éste dos temas básicos, ambos presentes en la novela de Trigo: el caciquismo y las lacras del sistema político. Cultivaron este tipo de novela Pascual Queral (*La ley del embudo*, 1897), Ricardo Macías Picavea (*La tierra de campos*, 1897-98), Arturo Campián (*Blancos y negros*, 1898) o Silvero Lanza (*Noticias biográficas acerca del Excmo. Sr. Marqués del Mantillo*, 1889).

mento de la educación según modelos europeos (“¡Sí, sí; había que suprimir alguna escuela, aquella laica especialmente, influenciada aún por el Liceo difunto, y robustecer la religión, aumentando con cuatro o cinco curas más los diez y siete de La Joya! ¡Habría que ir educando algo mejor y reformando las costumbres!...”), independencia del orden judicial (intervención del pueblo en los juicios civiles, algo que ocurrió en el crimen real), independencia del poder municipal, preocupación por la higiene (recuérdese el terrible cuadro de los enfermos en viviendas insalubres del barrio de pescadores del capítulo VI), interés por la prensa que al dar conocimiento de lo sucedido limita los manejos caciquiles<sup>38</sup>.

Resulta de interés, para confirmar esta huella nuclear en la novela, su cotejo con el texto regeneracionista más emblemático, *Oligarquía y caciquismo como la actual forma de gobierno en España* (1902), de Joaquín Costa, especialmente con el capítulo titulado “El cacique”, elaborado con numerosas citas ajenas (textos periodísticos, discursos parlamentarios...). He aquí algunas de las concomitancias entre ambas obras:

“Una sola persona, ajena a todo cargo oficial, y libre, por tanto, de toda responsabilidad, constituye una magistratura anónima [...] teniendo por suyos al recaudador de impuestos, al alcalde y al juez” (*Oligarquía...*)

“-Pues eso, al alcalde. ¿Por qué a mí?

*Atrás el viejo, un hombretón que precedíale, menos exasperado, rindió también en aduladoras suavidades su reproche:*

*-¡Qué alcalde, don Pedro Luis, vaigan con Dios y con salud; qué alcalde de mi arma! ¡Bien sabemos que sin la voluntad de usted no se menea por toa esta tierra ni un mosquito!”*  
(*Jarrapellejos*)

<sup>38</sup> Junto a los diarios nacionales que siguieron el caso, Trigo cita en la novela un periódico local, *La voz de la Joya* (que mantiene a lo largo del proceso un comportamiento errático), de cuya existencia real no tenemos constancia. En un texto prologal a *El crimen de Inés María* (Madrid, 2001, pág. 18), su autor, Patricio Chamizo, menciona un “periódico local editado en el Ateneo, o Casa del Pueblo, que ya era habitual antes de los acontecimientos que nos ocupan, y solo de su información se fiaban todos”.

*“-Pero... ¡yo, mujer! ¿cómo disponer una cosa que está fuera de mi alcance? Únicamente la autoridad del señor juez sería la indicada para hacerlo”. (Jarrapellejos)*

*“...caciques de aldea [...] que tiranizan como les place a los convecinos, siempre que guarden las formas legales, para lo cual son maestros” (Oligarquía...)*

*“-¡Hala! -le dijo al Gato, de paso que le gratificaba, por lo pronto y por su buen servicio como guarda, con un billete de diez duros-. Ve y presenta la denuncia”.*

*A las dos horas, Roque ingresaba en la cárcel” (Jarrapellejos)*

*“Consigue acabar con la prosperidad y la riqueza de toda una región, paralizando las obras convenientes a su progreso, por emplear, si viene al caso, los recursos destinados a ellas en una carretera que pase por la puerta de su casa” (Oligarquía...)*

*[Roturación de las dehesas en las que aovan las langostas que esquilman las cosechas]*

*- “Pero, hombre, Andrés, pareces tonto; ¿qué suscripciones de Dios ni qué roturamientos? ¿Te piensas que de esa comisión resulte nada, ni que el Gobierno se acuerde de aquí a un mes de la langosta?” -“Pero... ¿y si se acuerda, tú?” -“Si se acuerda, con hacernos los suecos, como siempre, en paz. ¡A fe que el duque de Monterrubio no anda al medio, allá en Madrid, por si no sobraba con nosotros!” (Jarrapellejos)*

*[Uso del erario público para obras privadas]*

*“...la cena, la iluminación, la serenata; y hoy disponíanse a telegrafiar esta jira campestre, cuyo interés principal estaba en mostrarle al ilustre personaje [ministro de Fomento] el lago de Alájar [propiedad del cacique], para ver algún día de transformarlo en gran pantano de riego” (Jarrapellejos)*

Presentar el día de la elección “las actas firmadas y en blanco con el número de votos que convenga adjudicar al “encasillado” como se dice” (Oligarquía...)

*“¿De qué puede servir, entonces, que los interventores tuyos, sin yo saberlo, hayan suscrito las actas?... ¡Bah!, hombre, simple, tonto... míralas, soy yo quien las tiene, al fin de la pelea; soy yo quien se las enviará al gobernador, y excuso decirte si me da por romperlas todas y mandar otras... idénticas, con sus sellos y sus firmas”. (Jarrapellejos)*

“...las personas cultas y decentes seguirán huyendo de vivir en tales lugares” (Oligarquía...)

*“Se largan a bandás. [...] Er que allega, en cuanti escribe arrastra otro montón. No van queando ni las ratas. Vende ca uno lo que tiene, burra, cercas, y ihala!... a Buenos Aires”. (Jarrapellejos)*

La denuncia del caciquismo, en que confluían todos los sectores progresistas, no es, como hemos visto, un propósito nuevo en la trayectoria de Trigo, sino que surge ya en fechas tempranas y su peso en las tramas narrativas (en espacio, en número de personajes) va aumentando de modo progresivo hasta convertirse en central de una novela, como confirma el hecho de que pase al título, y es entonces cuando el erotismo se presenta como lo que realmente es, como “parte” de un sometimiento social que afecta al amplio abanico de relaciones humanas, y no solo al aspecto sexual, de modo que en *Jarrapellejos*, por la amplitud y profundidad del análisis político y social, “el erotismo es en esta ocasión una forma más de la dependencia social y del sometimiento”<sup>39</sup>.

Un buen ejemplo de lo que decimos es el intento por parte del cacique de seducir a la joven “Fornarina”, razón de varios de sus desmanes, pero si sus planes le parecen factibles es porque sus padres pueden

<sup>39</sup> García Lara, F. *El lugar de la novela erótica española*. Granada, Dip. prov., 1986, pág. 259.

ser comprados: la langosta, que aova en las dehesas de los terratenientes, ha arruinado su cosecha, la carencia de seguros agrarios deja a la familia en la pobreza y un "préstamo" que no puedan devolver puede ser la solución a sus propósitos. Tras el incendio de la era, provocado por el Gato, un juez corrupto dará crédito a una hipótesis disparatada y Roque será encarcelado por el testimonio de un expresidiario al servicio de Jarrapellejos. Ahora este podrá tener a la joven a cambio de la libertad de su padre.

Puede verse en esta sucinta relación de hechos que la persecución erótica de una joven de familia modesta abre un amplio espectro temático y pone de manifiesto otras lacras "universales" de este entorno (plagas "endémicas" para los pequeños agricultores, sometimiento del poder político a los intereses caciquiles, corrupción de la justicia, falta de seguros agrarios y medidas asistenciales...), en el que la tiranía sexual sobre las mujeres, en especial sobre las mujeres humildes, constituye una parte del todo. Pero en Trigo, a pesar de estas consideraciones, lo erótico nunca será un tema menor y no lo es en este caso<sup>40</sup>. El novelista no ha querido presentar esta esclavitud "feudal"<sup>41</sup> de la mujer como tema subordinado y ello explica su incidencia en la trama tanto en el espacio que se le dedica como en el número de personajes involucrados en aventuras sexuales.

De hecho, un gráfico de las relaciones personales permitiría comprobar cómo las mujeres adquieren en la trama argumental la condición de "núcleos" en torno al cual merodean dos o más hombres: Carmen, la alcaldesa, comparte su intimidad con su marido, Mariano Mar-

<sup>40</sup> Si el título de la novela confirma el protagonismo del cacique y del fenómeno del caciquismo en la novela, una de sus portadas apunta al otro gran tema de la narración. En ella, dos mujeres lucen elegantes vestidos en el asiento trasero de un automóvil. La escena se corresponde, en el desarrollo de la trama, con los paseos vespertinos que dan Orenca y Ernesta hasta la estación de ferrocarril de Las gargalias: la primera de ellas es la amante de un hombre casado; la otra, casada por conveniencia con el Conde Santa Cruz, está a punto de ceder a las pretensiones eróticas de Octavio (sobrino del Conde).

<sup>41</sup> Recuérdese la historia de Petrilla, con dos hermanas mayores prostitutas –cuyo ciego itinerario vital puede deducirse de la trayectoria seguida por la hermana menor–: vendida por su madre como virgen a quince "señoritos" para caer más tarde en las garras de los esbirros.

zo, y el sacerdote don Roque, padre de la única hija del matrimonio; Ernesta lo hará con el Conde, su esposo, y Octavio; Purita Salvador con Gil y Saturnino; Orenca será el centro de atención de Jarrapellejos y el indeciso Octavio; Petrilla será el objeto de deseo de don Pedro Luis, el Gato y Melchor; Isabel despertará la pasión erótica de Jarrapellejos, Juan Cidoncha y, para su desgracia, de Saturnino.

Esta circunstancia ocasiona que la trama, que desarrolla paralelamente motivos eróticos y de crítica social, se articule en torno a historias “femeninas” (excepto la de Isabel, todas degradantes, basadas en la conveniencia o en el doblegamiento asumido) que se suceden o se solapan de modo que las relaciones sexuales nunca están ausentes de la superficie del relato, como puede comprobarse en el esquema siguiente:

Historia de Orenca [matrimonio con Esteban, relación con el cacique, aceptación social por la “aristocracia” de La Joya]

Cáps. I-II

Persecución de Isabel [préstamo, encarcelamiento de Roque, chantaje a Cruz]

Cáps. II-V

Historia de Petrilla [venta a Jarrapellejos, relación con el Gato, con Melchor, matrimonio]

Cáps. IV-V

Historia de Purita [noviazgo con Gil, aparente hidropesía, embarazo, matrimonio de conveniencia con Saturnino]

Cáps. VI-VIII

Historia de Ernesta [matrimonio de conveniencia con el Conde, flirteo con Octavio, infidelidad]

Cáps. VII-XII

Crimen de Isabel [asesinatos, pesquisas, cierre del caso por falta de pruebas]

Cáps. XIV-XVII

Ausente de la novela el prototipo femenino de “mujer ideal” o emancipada, todas ellas, a excepción de Isabel, única víctima por completo inocente, son descritas como seres deformados socialmente, “maltratadas por los hombres y por la organización sexual que estos [los hombres] han impuesto”<sup>42</sup>, una organización en la que se defienden con las armas del débil (la venta del amor, el engaño y el adulterio concebidos como una “rebelión oculta”...).

Frente a las dos novelas anteriores del ciclo, construidas con un personaje masculino como “eje estructural” (Esteban, alter ego de Trigo: hipersensible, algo desequilibrado, autor de todas las reflexiones y digresiones de la narración), en *Jarrapellejos* la figura del cacique, aunque destacada (pasa a titular la obra, sus manejos abren y cierran el relato...) no adquiere un protagonismo absoluto, pues en este caso el novelista ha construido una obra coral (el número de personajes es muy elevado), con una mayor insistencia en un reflejo colectivo del entramado de relaciones humanas, como considera el socialista Cidoncha, expulsado ya de este entorno, antes de abandonar definitivamente La Joya, en un pasaje que condensa muy bien el contenido de la narración entera:

*“Llegó al puente y se sentó. La Joya recortaba su sombría silueta a la luz de las estrellas. No podía quitar del pueblo el espasmo de los ojos. Con su abundancia de torres, cúpulas y cimborios de tanta iglesia, parecía una monstruosa vegetación de hongos sobre un enorme estercolero. Sí, sí; pueblo monstruoso, de monstruosa humanidad en putrefacción, en fermentación de todos los instintos naturales con todas las degradaciones de una decrepita sociedad en la agonía. Allí, para llegar a la posesión del pan y de la hembra -esto que consiguen los pájaros con su bella y sencilla libertad- se pasaba a través de la mentira, de los hipócritas engaños, del robo, hasta del crimen. Damas que lograban los más altos prestigios por la prostitución y el adulterio, como Orenca y la condesa; cándidas muchachas rendidas al dinero o al despotismo de hombres como don Pedro Luis y el Garañón; curas con hijos y pú-*

<sup>42</sup> Martínez San Martín, A. *op. cit.*, pág. 98.

*blicas queridas y curas alcahuetes, como don Roque y el tuerto don Calixto; novias atropelladas por la autoridad, como aquella del barbero; cristianos condes vendedores de reses muertas de carbunco...; alcaldes ladrones de los Pósitos; estafadores a lo Zig-Zag; bandidos en toda la extensa gama que iba desde el Gato a Marzo y Saturnino; jueces libertadores de asesinos y encausadores a sabiendas de inocentes...; y encima, flotando con la siniestra sombra de un murciélago brutal, Jarrapellejos, amparador de todos los crímenes y robos y engaños y estafas del inmenso pudridero..."*

En una estructura social casi estamental, personajes de toda condición, con la salvedad de la clase media, la más digna y la más brutalmente agredida, están instalados en una inmoralidad, que no arranca con la acción sino que es previa a los acontecimientos. Todos ellos, hombres y mujeres, han visto violentada su propia conciencia, han aceptado una derrota personal a cambio de un medro social, han asumido un destino forzado por el poder –político, económico, sexual–, para contemplar finalmente ese estado de cosas como única estructura social posible. De ahí que la dignidad personal haya sido sustituida en este medio por una “ética de las apariencias” que determina el escalafón de cada persona. En él, las clases altas ejercen sobre el pueblo una pedagogía inversa al mostrar su inmoralidad como signo externo de su *status*, por lo que la degradación descenderá por toda la escala social acrecentando su brutal tosquedad, y así lo que en los personajes encumbrados son amoríos comprados (con posesiones, con prestigio social) y matrimonios de conveniencia (Conde de Santa Cruz), serán en los estamentos inferiores violaciones y asesinatos, hasta el punto de que esta acumulación llega a transmitir la impresión de “sobrecarga” (pero los hechos más terribles fueron reales).

Señala Joaquín Marco que “en el esquema de los arquetipos de *Jarrapellejos* subyace una definición política [...] *Jarrapellejos* equivale a cacique; Octavio (cuya extracción social marcará su evolución política) será el liberal; Cidoncha, el socialista”<sup>43</sup>. De ellos, *Jarrapellejos* será

<sup>43</sup> Marco, J. art. cit., págs. 158-159.

quien ejerza un poder absoluto e indiscutido en tres ámbitos principales, el político (garantiza la victoria electoral del partido y el acceso al poder de sus dirigentes), el económico (defiende los intereses del estamento que lidera) y el erótico (autor de todo tipo de desmanes con las mujeres humildes, ha llegado a imponer en su entorno, tan conservador, el prestigio social de sus amantes, recibidas en las mejores casas de la ciudad).

Su figura encarna, como se recordaba, “esa magistratura anónima [...] ajena a todo cargo oficial, y libre, por tanto, de toda responsabilidad” (el diputado provincial es don Florián, un cunero “de las Quimbambas”, que cuesta a los ayuntamientos del partido conservador veinte mil pesetas anuales), que detenta el poder real como demostrará a lo largo de la trama, falseando elecciones, venciendo la resistencia de Octavio con un acta de diputado, colocando a los asesinos en el gobierno municipal y provincial... Dueño de numerosas dehesas, ha dejado su impronta sobre los “centros importantes (Casa Consistorial y otras obras de don Pedro Luis; casino, costado por don Pedro Luis; pilar y fuente de la ronda, reformados por don Pedro Luis; fábrica de electricidad, prensa de aceite, molino del Guadiana, propiedades de don Pedro Luis...)”.

Socarrón, audaz, rudo y campechano, subrayado su talante por esos constantes eructos que no reprime en ninguna ocasión (bodas aristocráticas, recitales poéticos, entrevista con el ministro), displicente con aristócratas y políticos, el personaje, construido con singular maestría, parece sorprendentemente sometido a quienes domina: a los jornaleros (intentado un diálogo, ya imposible, con ellos), a Cruz (negando su poder sobre el juez), a Orenca (aguantando el chaparrón de sus recriminaciones).

*“-Di, hombre; dime, Pedro Luis... ¿para esto me has traído?  
-¿Para qué, mujer? -trató él de disimular en vano todavía.  
-Para ver a esa indecente, a la Isabel.  
-¿Yo?... ¿Está ahí?... Pero hija, niña, por favor..., ¡qué culpa tengo yo de encontrarla! ¿Soy yo, tampoco, o tú, quien hubo de empeñarse en que viniéramos?  
Le miró ella, dura, blanca, muerta, a punto de llorar o caer en un ataque:*

*-¡Bien! ¡A casa! ¡A escape! ¡Vuelve el coche! -decidió.  
A menos del ataque, no había más que callar y obedecerla”.*

En contraste con Saturnino, bravucón y pependiero (y, por lo que sabemos, con el asesino real), lo más sorprendente es que Jarrapellejos no exhiba su poder, sino que lo camufla recurriendo constantemente a la mentira (un signo de debilidad); de este modo podrá seguir presentándose ante los humildes, a los que necesitará en la próxima consulta electoral, como garante también de sus derechos y ajeno a las soluciones represoras. A esta misma sinuosa habilidad hay que atribuir su intento, fallido, de procesar como asesinos a sus propios esbirros, exonerando a Saturnino y a Mariano, con lo que trasvasaría la autoría del crimen a personajes del pueblo llano, desactivando las razones de un enfrentamiento social entre clases.

Octavio, el liberal, constituye una contrafigura del cacique hasta que este lo compra. Elegante, afrancesado, indeciso, es un personaje cosmopolita y, por ello, crítico con un sistema tan desfasado en todo de los modelos europeos. Marcado por una rebeldía “débil” y condicionado por su ascendencia (grandes terratenientes rurales), se verá inmerso en un proceso de degradación, ético (desde los reparos morales con la “audaz y bella prima sevillana que llegó hasta provocarle en su alcoba” hasta su propósito, logrado, de convertir en amante a la esposa de su tío) e ideológico (aceptación del fraude electoral, traición a los hombres del Liceo), para convertirse finalmente en un conservador integrado y, por ello, en un probable recambio, más culto y moderno, del cacique, con lo que se asegura la supervivencia del sistema, con esta “colaboración de la España liberal y progresista con el peor caciquismo”<sup>44</sup>.

Extraño en este entorno, Juan Cidoncha encarna con su comportamiento un socialismo utópico que cree en la ciencia como herramienta para solucionar los problemas humanos, pues esta hará posible el progreso sin necesidad de revoluciones, siempre contraproducentes ya que provocan bloqueos o retrocesos. Las estructuras sociales adversas solo podrán transformarse, lentamente (“el progreso no es un tren que corre; es un árbol que crece”, como afirma con palabras de Letamendi),

<sup>44</sup> Marco, J. *Ibidem*, pág. 163.

mediante la educación, y a este fin dedica el personaje su afán: “la única verdadera limosna, una limosna noble y trascendente, cifrábase en la siembra de ideas capaces de apresurarle a la humanidad su porvenir de redención. Dentro de sus medios limitados, él ejercitaba de tal ideal manera la limosna: aparte sus agrícolas enseñanzas del colegio, teóricas y prácticas, y de las cátedras de dibujo, geometría, mecánica y otras ciencias y artes industriales en el Liceo concurrísimas, aparte también los periódicos y folletos difundidos por el pueblo..., acababa de fundar una singular biblioteca ambulante cuyos socios, por dos reales al mes (y eran ciento y pico), proveíanse mensualmente de buenas remesas de libros útiles o recreativos, como manuales científicos o técnicos, buenas novelas, etc., etc”. Sin apoyos sólidos, traicionado por su único aliado, será víctima fácil de un sistema corrupto que lo expulsará de su seno una vez comprobada la imposibilidad de su asimilación.

El resto de los personajes, en fin, contribuye a formar “un cuadro de pesadilla por el que transitan los amigos envilecidos y pudientes del ‘mandamás’ [...] los campesinos zamarreados y manipulados, los esbirros de los poderosos, salidos del pueblo, más crueles aún que sus propios amos y las mujeres de todos presentadas como presas de una salvaje cacería”<sup>45</sup>.

Tras el tantas veces citado juicio demoledor de Clarín (“un corruptor de menores y un corruptor del idioma español”), las opiniones críticas negativas sobre Trigo han tendido a unir valoraciones éticas y formales. El novelista se vio así sometido a descalificaciones y ataques sumarios especialmente por parte de sus contemporáneos: Pío Baroja, Antonio Reyes Huertas (“las novelas de Trigo servirán para entretener a los viejos verdes y a los pollos babosos”), Enrique Díez-Canedo, Miguel de Unamuno (“No me enojan sus doctrinas [...] me apenan”), Mario Roso de Luna (“la crónica negra, la del crimen del puñal o de la mirada, no debiera hallar puesto ni en la prensa, ni en el teatro ni en la novela”). Abundan asimismo los juicios negativos sobre la calidad de su prosa: Julio Cejador (“Escribe muy mal Felipe Trigo”), Enrique Segura Otaño (“una prosa retorcida”), Reyes Huertas (“léxico oscurísimo y trabajoso”), José Carlos Mainer (“estilo confuso y pedregoso”), Torrente Ballester

<sup>45</sup> Pérez Henares, A.: Prólogo a *Jarrapellejos*. Madrid, Bibliotex, 2001, pág. 3.

("estilo interpolado [con el que] no podemos hallarnos de acuerdo"), G. B. Brown ("prosa congestionada y torpísima")... Y sin embargo, aun quienes fustigaron sus deficiencias expresivas reconocieron que Trigo era un aceptable o buen novelista (v.g., Julio Cejador: "Toda la escala afectiva, lo fuerte y lo tierno, lo blando y lo duro, está en su mano: siente recio y sabe hacer sentir recio. No hay en España quien en esto le aventaje"), hasta el punto de que Martínez San Martín podrá considerar "que si Trigo logró una serie de novelas de buena calidad, el estilo o lenguaje de estas novelas no puede ser tan detestable. Y si el nivel medio del autor, en cuanto novelista, resulta digno, el lenguaje medio no puede ser de tan ínfima calidad"<sup>46</sup>.

Defendieron, de otro lado, el valor de su aportación literaria Emilia Pardo Bazán, E. Gómez Baquero, Francisco Villaespesa, Andrés González Blanco, Manuel Abril (quien llega a proponer la lectura de su obra, no como la de un literato, sino como la de "un analista, un crítico y un propagandista social") o Sáinz de Robles: "Duro en la construcción de sus obras, extraño en la sintaxis, oscuro y heterodoxo en su vocabulario, su forma literaria es tan personal, que ni ha tenido antecedentes ni seguidores en nuestras letras. Contra lo que creyeron, y siguen creyendo, críticos y lectores corrientes y molientes, no fue un estilo descuidado, sino precisamente un estilo *harto* cuidado. Y el que convenía más y mejor a sus novelas"<sup>47</sup>.

Lo cierto es que, como señala San Martín, son perceptibles en las novelas de Trigo dos estilos muy contrastados. Uno, realista o naturalista, sencillo, apto para la narración, y un estilo poemático, retórico y grandilocuente, con una marcada impronta modernista en su léxico que suele reservar para las escenas amorosas o en las digresiones de "doctrina erótica". Este segundo estilo, un lirismo pobre y huero, plagado de "formulas lingüísticas" muy repetidas ("letanía modernista", según J. C. Mainer), predomina en sus novelas más filosóficas, asociado siempre a historias amorosas ideales y a la morosa descripción de sus utopías predilectas (la visión del hombre y de la mujer del futuro), que perturba el desarrollo de las tramas.

<sup>46</sup> Martínez San Martín, A. *op. cit.*, pág. 219.

<sup>47</sup> Sáinz de Robles, F. C. *op. cit.*, pág. 106.

Como en obras anteriores, en *Jarrapellejos* podemos encontrar fácilmente muestras de ambos estilos, que Trigo gusta de contrastar situándolos en lugares próximos, como en los ejemplos siguientes, que se corresponden, respectivamente, con el final de un capítulo y con el comienzo del siguiente:

*“Se estremecía, se estremecía..., sollozaba ella de dolor, de amor en fuego al fuego de la mano que iba triunfadora sorteando encajes y batistas para acariciarla los senos, el talle, la espalda... y... ¡oh! al fin, sin que pudiese saber cómo la aturrida, sin que menos aún Octavio pudiese discernir de qué manera aquellas suavidades de seda de la carne o de seda de la seda y de mieles de la miel pudieron deslizarlos a la gloria del abismo..., fundidos y rodando locos por la gloria se encontraron boca contra boca, alma contra alma, vida contra vida... en un deliquio de ansias desbordadas, de ansias antes mal sabidas por Ernesta, sobre todo, que pobló de besos y suspiros el silencio de la luna y de la noche...”*

*“El Curdin, constituido esta noche en la taberna-oficina del Gato estuvo hasta la una animadísimo. Mucho vino y aguardiente (-«¡No abuses, burro!» -hubo de advertirle con frecuencia Exoristo a Saturnino-), chorizo picante de macho y juerga y rasgueado de guitarreo, aunque faltaron las dos niñas nuevas de casa de la Pelos, cordobesas, que el Gato prometió”.*

Pero ya dijimos que en *Jarrapellejos* Trigo optó por presentarnos un entramado social en vez de reflexionar sobre él, “ha dado con una fórmula que a veces se le ha escapado: ha dejado de predicarnos cómo debe ser la vida y el Amor y los ha hecho surgir de una narración que une la ‘rabia de la idea’ con el buen quehacer del novelista”<sup>48</sup>. Esta peculiaridad ocasiona que la novela se vea liberada de un lastre teórico, tan reiterado como enojoso, y que, por ello, tenga un peso menor en ella el oneroso estilo característico de estos bloques.

<sup>48</sup> Martínez San Martín, A. *op. cit.*, pág. 230.

Su prosa conserva, con todo, los rasgos más peculiares: abundancia de hipérbatos y elipsis, aposiciones con frecuencia dobles o muy extensas, construcciones absolutas de gerundio y participio, reiteraciones al servicio de progresiones ascendentes, pronombres enclíticos y una dicción interjeccional que subraya en *Jarrapellejos* la indignación por la injusticia social que la obra refleja. La complejidad de artificios en juego, especialmente la fortísima torsión a que somete la frase, exige un hábito lector con esta expresión formal extraña, singular e inconfundible, pues Trigo “es un escritor cargado de violencia textual, que construyó su propio estilo con una deliberada voluntad formal. No es un mal estilo, es un estilo difícil, pero extrañamente eficaz, pegado a su materia como la piel a la carne, que nos transmite vibraciones, pulso, humores vegetativos, sensaciones, con una intensidad poco común [...] más profundo que todas las acusaciones simplificadoras que hasta ahora ha recibido”<sup>49</sup>.

*Simón Viola*

<sup>49</sup> Conte, R. Prólogo cit., págs. XVI-XVII.

## BIBLIOGRAFÍA

- ABRIL, M. *Felipe Trigo. Exposición y glosa de su vida, su filosofía, su moral, su arte, su estilo*. Madrid, Renacimiento, 1917.
- BERGAMÍN, J. Prólogo a *El médico rural*. Madrid, Turner, 1978, págs. IX-XVI.
- CABEZAS DE HERRERA, M. M. “Crimen de Inés María”, en *Ventana abierta*, diciembre de 2003, págs. 115-142.
- CELMA VALERO, M<sup>a</sup> Pilar. *La pluma ante el espejo*. Salamanca, Acta Salmanticensia, Estudios Filológicos, 1989.
- CONTE, R. “Trigo, nuestro contemporáneo”, prólogo a *Jarrapellejos (Vida arcaica, feliz e independiente de un español representativo)*. Madrid, Turner, 1975, págs. VII-XIX.
- CORREA SÁNCHEZ, José. “En la carrera. Aproximación al pensamiento reformista de Felipe Trigo”, en *Catedra Nova*, nº 8, diciembre de 1998, págs. 249-269.
- DÍEZ-CANEDO, E. *Conversaciones literarias. “Felipe Trigo”*. Madrid, 1921.
- FERNÁNDEZ, Pura. *Eduardo López Bago y el Naturalismo Radical. La novela y el mercado literario en el siglo XIX*. Amsterdam, Rodopi, 1995.
- FERNÁNDEZ GUTIÉRREZ, J. M. *Cuatro novelas eróticas de Felipe Trigo*. Badajoz, DPDB, 1986.

- FERNÁNDEZ GUTIÉRREZ, J. M. Prólogo a *Cuentos ingenuos*. Madrid, Libros Clan A. Gráficas, 1998.
- FERNÁNDEZ GUTIÉRREZ, J. M. “Los retratos de mujeres en Trigo, el final de un cambio”, en *Homenaje a José María Martínez Cachero*, t. II. Oviedo, Universidad, 2000, págs. 495-507.
- GARCÍA DE LA CONCHA, V. *Historia de la Literatura Española. Siglo XIX* (II). Madrid, Espasa Calpe, 1998.
- GARCÍA LARA, F. “El sentido de una recuperación: Felipe Trigo”, en *Cuadernos Hispanoamericanos*, nº 332, 1978, págs. 1-16.
- GARCÍA LARA, F. *El lugar de la novela erótica española*. Granada, Dip. Prov., 1986.
- LÁZARO CARRETER. *De poética y poéticas*. Madrid, Catedra, 1990.
- MANERA, D. *Letteratura e società in Felipe Trigo*. Roma, Bulzoni, 1994.
- MARCO, J. “Felipe Trigo y su novela socialista y de clave: Jarrapellejos”, *Archivum*, XXIX-XXX, 1979-1980.
- MARTÍNEZ SAN MARTÍN, A. *La narrativa de Felipe Trigo* [Prólogo de Miguel Ángel Garrido Gallardo] Madrid, Anejos de RL, nº 41, CSIC, 1983.
- MARTÍNEZ SAN MARTÍN, A. “Felipe Trigo, un escritor polémico”, prólogo a *Jarrapellejos*. Madrid, Espasa-Calep, 1988, págs. 9-32.
- MEDRANO, J. L. Prólogo a *El moralista*. Madrid, Emiliano Escobar Ed., 1981.
- PECELLÍN LANCHARRO, M. *Literatura en Extremadura*. Tomo II. Badajoz, Universitas, 1981, págs. 159-178.
- PECELLÍN LANCHARRO, M. “El erotismo de Felipe Trigo”, en *Revista de Estudios Extremeños*, 1981, págs. 167-184.
- PECELLÍN LANCHARRO, M. Introducción a *Las plagas sociales*. Ayuntamiento de Villanueva / UBEX, 2000.
- PEDRAZA JIMÉNEZ, F. B. y Rodríguez Cáceres, M. *Manual de literatura española. IX. Generación de fin de siglo: prosistas*. Pamplona, Cénlit, 1987.
- PÉREZ HENARES, A. Prólogo a *Jarrapellejos*. Madrid, Bibliotex, 2001.
- ROMÁN, María Isabel. *Historia interna de la novela española del siglo XIX, II La novela realista*. Sevilla, Alfar, 1988.
- ROMÁN, María Isabel. Prólogo a *La bodega*, de Blasco Ibáñez. Granada, Biblioteca de la Cultura Andaluza, 1989.

- ROMERA NAVARRO, M. *Historia de la literatura española*. Nueva York, D. C. Heath y C<sup>a</sup>, 1928.
- SÁINZ DE ROBLES, F. C. *La promoción de "El cuento semanal" (1907-1925)*. Madrid, Espasa-Calpe, 1975.
- SÁIZ RIPOLL, A. Introducción a *La de los ojos color de uva*. Badajoz, DPDB, 1997, págs. 11-47.
- SANTIAGO CASTELO, J. M. "Felipe Trigo redivivo", Prólogo a *En la carrera*. Badajoz, Universitas, 1981, págs. 7-14.
- SANTIAGO CASTELO, J. M. Prólogo a *Las ingenuas*. Madrid, Otero Ediciones, 1996.
- SEGURA OTAÑO, E. *Ríos al mar*. Badajoz, Arqueros, 1956.
- TORRES NEBRERA, G. Introducción a *El médico rural*. Badajoz, Carisma Libros, 2000, págs. VII-XXII.
- VILABELLA, José Manuel. *El crimen de Don Benito*. Madrid, Albia, col. "La sombra de Caín", 1983.
- VIOLA, Manuel Simón. *La narración corta en Extremadura I*. Badajoz, DPDB, 2000.
- VIOLA, Manuel Simón. Introducción a *En la carrera*. Mérida, Rox Ediciones, 2003, págs. 13-30.



# TABLAS CRONOLÓGICAS

## VIDA DE FELIPE TRIGO

- 1864 Nace en Villanueva de la Serena el 13 de febrero de 1864 (el mismo año que Miguel de Unamuno). Sus padres son Felipe Trigo, ingeniero, e Isabel Sánchez Mazo. Estudia Bachiller en Badajoz en el Instituto de Segunda Enseñanza.
- 1821 Cursa Medicina en Madrid en la Facultad de San Carlos. A los 21 años contrae matrimonio con Consuelo Seco de Luna (1885), que le ayuda a terminar la licenciatura y a hacer el Doctorado.
- 1887 Comienza su ejercicio de la Medicina en Trujillanos y en Valverde de Mérida.
- 1888 Comienza su actividad periodística: sus primeros artículos aparecen en *El socialista* entre agosto de 1888 y febero de 1889. Gana unas oposiciones a Sanidad Militar y marcha a Sevilla en donde funda un periódico, *Sevilla en broma*, y compone va-

rias obras dramáticas (*El primo de mi mujer*). Médico militar en la fábrica de armas de Trubia (Asturias).

- 1895 Viaja a Filipinas cuando los tagalos rozan ya la independencia. Capitán médico en una compañía disciplinaria, es herido durante una insurrección de presidiarios. Regresa a Madrid para una larga y difícil recuperación, en donde se le propone para la laureada de San Fernando.
- 1899 Regresa a Mérida, en donde sigue ejerciendo la medicina.
- 1901 Publica *Las ingenuas*, cuya redacción le llevó dos años, con una extraordinaria acogida de lectores y crítica.
- 1905 Se traslada definitivamente a Madrid.
- 1910 Aparecen los primeros síntomas de una neurastenia progresiva que va consumiéndolo. Viaja a París.
- 1911 Viaja a Buenos Aires para cambiar de ambiente y descansar.
- 1913 Se traslada con su familia a “Villaluisiana”, una casa ajardinada en Ciudad Lineal. Siguen las crisis.
- 1916 Se suicida el 2 de septiembre de 1916 a las once de la mañana.

## HISTORIA DE ESPAÑA

- 1879 Fundación del PSOE. Exposición Universal de Barcelona.
- 1888 Fundación de la UGT.
- 1890 Ley de sufragio universal masculino.
- 1891 Encíclica *Rerum novarum*, de León XIII.

- 1898 Guerra contra Estados Unidos. Pérdida de las colonias de Ultramar.
- 1899 Gobierno Silvela.
- 1901 Gobierno Sagasta. Costa publica *Oligarquía y caciquismo*. Estreno de *Electra* de Pérez Galdós con manifestaciones anticlericales en toda España.
- 1902 Mayoría de edad de Alfonso XIII.
- 1903 Maura, jefe del partido conservador.
- 1907 Encíclica *Pascendi*, condenando el liberalismo y el modernismo.
- 1909 Semana trágica de Barcelona.
- 1910 Gobierno de Canalejas.
- 1911 Fundación de la CNT.
- 1912 Asesinato de Canalejas. Gobierno de Romanones. Acuerdo con Francia sobre el protectorado de Marruecos.
- 1914 La guerra europea. Neutralidad española.
- 1917 Primera gran huelga general revolucionaria en toda España. Se decreta el estado de Guerra.

## LITERATURA EN EXTREMADURA

- 1899 *Revista de Extremadura*, en Cáceres.  
Grande Baudesson, L.: *Meridionales*.
- 1900 *Extremadura. Periódico regionalista*, en Badajoz.

- 1901 Trigo, F.: *Las ingenuas*.
- 1902 Gabriel y Galán, J. M.: *Castellanas, Extremeñas*.
- 1903 López Prudencio, J.: *Extremadura y España*.  
Sánchez Ocaña, P.: *El robledal de Ruidiáz*.
- 1904 Trigo, F.: *La sed de amar*.  
*Noticiero extremeño*, en Badajoz.  
Gabriel y Galán, J. M.: *Campesinas*.
- 1905 Muere Gabriel y Galán.  
*La voz de Extremadura*, en Madrid.  
Reyes Huertas, A.: *Ratos de ocio*.  
Gabriel y Galán, J. M.: *Nuevas castellanas*.
- 1906 Trigo, F.: *Del frío al fuego*.  
Gabriel y Galán, J. M.: *Religiosas*.
- 1907 E. Díez-Canedo: *La visita del sol*.  
Monterrey, M.: *Mariposas azules*.
- 1908 Trigo, F.: *Alma en los labios*.  
Trigo, F.: *La Altísima*.  
Trigo, F.: *La de los ojos color de uva*.  
Trigo, F.: *La bruta (Héroes de ahora)*.  
*Archivo extremeño*, en Badajoz.  
Reyes Huertas, A.: *Tristezas*.
- 1909 Trigo, F.: *En la carrera*.  
Trigo, F.: *Sor Demonio*.  
*Revista extremeña literaria*, en Cáceres.
- 1910 Trigo, F.: *La clave*.  
Trigo, F.: *Las evas del paraíso*.  
Monterrey, M.: *Lira provinciana*.  
Reyes Huertas, A.: *La nostalgia de los dos, Nostalgias*.

- Díez-Canedo, E.: *La sombra del ensueño*.  
Sánchez Ocaña, P.: *Pecado venial*.
- 1911 Muere Carolina Coronado.
- 1912 López Prudencio, J.: *El genio literario de Extremadura: Apuntes de literatura regional*.  
Trigo, F.: *El médico rural*.
- 1913 Trigo, F.: *Los abismos*.
- 1914 Trigo, F.: *Jarrapellejos*.  
*El socialista extremeño*, en Cáceres.  
*Correo de la mañana*, en Badajoz.
- 1916 Muere Felipe Trigo.  
Trigo, F.: *Sí sé por qué*.  
Trigo, F.: *En mi castillo de luz*.  
Monterrey, M.: *Palabras líricas*.



# JARRAPELLEJOS



## A Melquíades Álvarez

Desde la majestad de mi independencia de intenso historiador de las costumbres (no siempre grato a todos, por ahora) permítame usted que le dedique este libro a la majestad de sus talentos (no siempre a todos gratos, por ahora) de futuro gobernante.

Él, en medio del ambiente un poco horrible de la Europa, le evocará la verdadera verdad del ambiente de un país europeo, el nuestro, cuya cristalización en un medioevalismo bárbaro, ya sin el romántico espíritu de lo viejo, y aun sin los generosos positivismos altruistas de lo moderno, le hace todavía más horrible que los otros. No le diré que estas páginas contienen la historia de una íntegra realidad; pero sí la de una realidad dispersa, la de la vida de las provincias españolas, de los distritos rurales (célula nacional, puesto que Madrid, como todas las ciudades populosas, no es más que un conglomerado cosmopolita y sin típico carácter), que yo conozco más hondamente que usted, acaso, por haberla sufrido largo tiempo.

Si usted lee este libro con un poco de más reposada atención que hayan de leerlo millares de lectores de ambos mundos, quizás más pronto y mejor pueda verse en buen camino la intención con que lo he escrito. Me llaman algunos inmoral, por un estilo; a usted, también,

algunos le llaman inmoral, por otro estilo; pero usted, que por España habrá llorado muchas veces lágrimas de sangre de dolor, y yo, que por España di mi sangre un día y por España suelo llorar cuando escribo, sabemos lo que valen esas cosas.

Y yo, monárquico como usted, porque creo que la autoridad y el orden de una monarquía democrática, con sus prestigios tradicionales, pueden ser el mejor puente de lo actual al porvenir (Letamendi afirmó: «El progreso no es un tren que corre, sino un árbol que crece»); yo, que sin embargo, voto a Pablo Iglesias; yo, individualista, socialista, monárquico... un poco de todo... tan dolorosamente aficionado a los toros como a Wagner..., yo, desde la majestad de mi independencia de «hombre que escribe» (no de artista ni de novelista -dejemos esto para los del castillo de marfil-), en nombre de la Vida, que no es de marfil, sino de angélica bestialidad de carne y hueso, le digo a usted: vea si en dejar pasado a la historia bárbara de España el asunto de este libro, no está todo el más urgente empeño de gobierno digno de la majestad de un gobernante<sup>1</sup>.

Felipe Trigo

«Villa-Luisiana». Ciudad Lineal, Madrid, 1914.

<sup>1</sup> Melquiades Álvarez (1864-1936) fue catedrático de Derecho en la Universidad de Oviedo y político. Tras la Semana Trágica (1909) formó parte de la Conjunción Republicano-Socialista. En abril de 1912 fundó, junto con Gumersindo Azcárate, el Partido Reformista, formación de carácter republicano que, desde el año siguiente, se planteó incluso la posible colaboración con los gobiernos del reinado de Alfonso XIII.

# I

La odiosa gasa volante era cada vez menos tenue. Cruzaba las alturas desde hacía media semana, con su rumor de sedas, orientada siempre al Sur, desde las sierras del Brezo, y ya aquí, según avanzaba el cochecillo, iba oscureciendo el sol, como en un eclipse. Fatídica luz de tristeza turbia, esta que filtraba el velo de maldición tendido entre el cielo azul y la hermosura primaveral de la campiña.

A Orenca divertíala<sup>2</sup> crispadamente y parecíala el moteado velo que ella solía ponerse en los sombreros. Recogida en la estrechez del tílburí<sup>3</sup> contra la hercúlea corpulencia de Pedro Luis, atento a las arrancadas del avisgado potro al sentirse los langostos<sup>4</sup> en el lomo y las orejas, reía y sacudíase, también nerviosa, los que empezaban a caerla encima de la falda.

Menudeaban. Más densa y más baja por momentos la plaga aérea, tal que en una amenaza de total invasión del mundo y los espacios, lo

<sup>2</sup> Uso láista característico de Trigo, que mantendremos en la reproducción del texto.

<sup>3</sup> *Tílburí*: carruaje de dos ruedas grandes, ligero y sin cubierta, tirado por una sola caballería, a propósito para dos personas.

<sup>4</sup> *Langostos*: langostas, uso propio de la región.

regaba todo de los repugnantísimos insectos. El trote del caballo levantábalos del polvo del camino, y se veían en los ribazos de flores, menudos, cubriendo los macizos de jaras y madroñas. Los grandes trepaban vigilantes y lentos por los canchos, por los troncos de los árboles, igual que los espías de un ejército invasor.

-¡Ah, por Dios, qué porquería! -exclamó Orenca, descargándole un convulso sombrillazo a uno enorme, que quedó prendido del pescante.

Y como al descompuesto ademán el potro se encabritó, Pedro Luis, después de refrenarlo, hubo de insistir:

-¡Bah, mujer! ¡Debías volverte! ¡Debíamos volvernos a la casa!

-¡No! ¡Que no! ¡Sigue!

Voluntariosa. Habíase despertado hoy con el antojo de ver la plaga en las no lejanas fincas, donde era cuadro horrible, y empujando el perezoso, para más prisa, por un lado del lecho, mientras ella saltaba por el otro, empleó en seguida, no obstante, sus tres horas de tocador en arreglarse, en peinarse, en ponerse los zapatitos como de baile, la clara y ceñida falda de nacáreos botoncillos que hacía aparecer como estatualmente desnuda, y la blusa lila de linón, que transparentábala el corsé y las moreneces marfileñas del escote.

Amaba lo trágico, sin perjuicio de desvanecerse a la menor impresión, lo mismo que al perfume fuerte de una rosa. Una noche, despierta por el gritar de los pastores, se obstinó en ir a ver la pelea de lobos y mastines; salieron, pisando barro; los cruzó entre las encinas una sombra, y tuvo Pedro Luis que retornarla en brazos, desmayada. Una tarde quiso presenciar la extracción de un ahogado en la laguna; lo sacaron los guardias y el porquero; tendieronlo sobre el murallón; horriblemente hinchado el cadáver, hizo «gruuú», vaciándose de agua y pestilentes gases por la boca; Orenca cayó a tierra, con un síncope, y durante medio mes sólo supo perfumarse, rezar y no dormir, con la visión aquella ante los ojos.

¡Oh, sí! ¡Chiquilla encantadora! ¡Adorabilísima y elástica muñeca!... Pedro Luis estaba cada día más contento de que le hubiese cabido en suerte tal tesoro. Doblábala la edad, puesto que él, aunque lo disimulara su fuerte complexión, frisaba en los cincuenta y nueve años, y la dulce y delicada pasión que ella le rendía no pudiera atribuirse, en modo alguno, a futilidades despreciables -hombre no bonito, casi feo, él, quizás,

de enmarañadas barbas grises, llena de manchas la ropa; pero de tantos talento, poderío y experiencia de la vida, tan altamente situado por encima de leyes y trabas sociales, que, despreciando la nimia vanidad de un cuello limpio, propia de cualquier mamarrachete de La Joya, sentábase a su placer y con las piernas a lo largo en las visitas, eructaba cuando de una manera natural se lo pedía la digestión, y no le daban miedo ni asco aquí, por ejemplo, ahora, estos langostos que iban posándose en las piernas y que harían estremecerse a aquellos pobres señoritos de los ternos cepillados, como al potro, como a Orenca, y como a él mismo si tuviese la misma condición asustadiza de caballo o la misma histérica educación de la señorita...-. ¡Bah, los prestigios de su nombre, don Pedro Luis Jarrapellejos!...

Sino que se estremeció, de pronto, al sentir la convulsión de horrible susto con que Orenca se dobló sobre sí propia.

-¡Oh, por Dios! ¡Aquí! ¡Qué asco! ¡Aquí! ¡Aquí! ¡Quítalo en seguida!

-¿El qué, mujer?

-¡Aquí! ¡Un langosto! ¡Anda! ¡Anda!

-Pero, ¿dónde?

-Pero, ¡aquí! ¡Pareces tonto! ¡Aquí! Pero, ¡anda, hombre!

Detuvo el coche. Ella, sin cejar en los chillidos, cogíase en las rodillas, con ambas manos, un puñado de la ropa. Trató Pedro Luis de buscar, inútilmente, entre los finos y apretados dedos llenos de sortijas, y Orenca, muerta de terror, porque estaría destripando el langosto a través de la tela del vestido, tuvo que indicarle:

-¡Debajo, hombre, torpe, debajo! ¡Tonto! ¡Pareces tonto!

Comprendió él. Alzó la falda, la enagua, después, y la camisa, buscando al fin entre los cendales de batistas perfumadas. Cogió y retiró de una pata al colosal langosto, por suerte sin reventar, y en tanto que la liberada del tormento reclinábase medio desmayada al rincón de la capota, pudo unos instantes contemplar aquel hechizo de piernas bien ceñidas en la seda de las medias..., aquella celeste semiluna de morena carne blanca que había quedado también al descubierto en uno de los muslos, sobre el juego teatral de los lazos y dorados de una liga... Se dobló, rápido, y depositó un beso en la divina carne profanada por el animal inmundito con su frío y áspero contacto.

Pero esto restituyó en sí a la pudorosa en otra convulsión que la hizo erguirse eléctrica y arreglarse el desorden del vestido.

-¡Loco! -hábiale reprochado únicamente.

Y cuando, reclinada en su hombro, al partir el cochecillo, volvió a sentir los menudos besos que dábala en el pelo, mimosa, se quejó:

-¡Cualquiera que te crea, niñoito, embusterito, falso! Te gustan todas. Te han gustado siempre. ¡Ah, si yo pudiese en La Joya seguirte por las noches!

-¿Volvemos a las de ayer?

-Dime pesada, si quieres. Tengo razón. Convencidísima estoy de que a no ser por nuestros hijos, por los niños... ¡Bah! Así que llega al pueblo una mujer que vale cuatro cuartos, como esa Ernesta, como esa dichosa Ernesta, tan estúpida y tan tonta con sus rumbos de ciudad, pierdes el juicio. ¿A qué tienes tú que florearla? ¿A qué tienes, tampoco, que pararte con los necios de la cruz?

-¿De la cruz?

-Sí, para ver a Isabel la panadera, la *Fornarina*...<sup>5</sup>, como la llamáis, tal que si fuese algún prodigio. ¿Es esto bonito? ¿Es esto, o no, hacerme vivir en sobresalto?...

Se interrumpió, echándose una mano al peto y la otra dentro del escote... ¡Otro langosto!... Un grito... Lo sacó, crispada... y ino!... ¡ah, tuvo que reírse!... Se lo había parecido el escapulario; lo besó y lo restituyó a su dulce asilo entre los senos. Pero, sobrecogida nuevamente de terror, miró fuera del coche. Dejado el camino, buscaban la trocha de los Valles, cruzando una pradera. Eran tantos los langostos que la alfombra verde de la hierba, fina y frondosa, desaparecía bajo una capa gris. Se amontonaban en el cauce de un arroyo, casi cegándolo; y desde que entraron en el robledal, abundaban de tal suerte, por el suelo, por las piedras, por los troncos, colgados de las hojas como minúsculos y diabólicos gimnastas, que la capota del tílburí los dejaba caer en granizada al rozar con el ramaje. El trotar del potro los aplastaba o hacía los saltar en raudal por ambos lados, como el agua al paso de una rueda de paletas. Y seguía, seguía también volando por la altura,

<sup>5</sup> *Fornarina*: mujer romana de comienzos del XVI, de extraordinaria belleza, inmortalizada por Rafael que la tomó por modelo en numerosas ocasiones. Como la protagonista de la novela, era hija de un panadero de donde tomó el apodo (un diminutivo del italiano *fornaio*, “panadero”).

siempre hacia el sur, con su rumor sedoso, la inmensa nube de la plaga que entenebrecía los horizontes.

-Sí, mira, Pedro Luis, hijo -tornó a su tema Orenca, dolida, y ciñéndose a los pies la falda, para que no le entrasen más langostos de aquellos sacudidos de las ramas-. Sufro lo indecible. No habíamos hecho más que pasar lo de la herrera, y sé que ahora no dejas a sol ni a sombra a la Isabel. ¿Es esto vivir? ¿Tienes tú derecho a martirizarme de este modo? ¡Oh!

Una explosión de llanto la abatió contra el pañuelo; y Pedro Luis, contento, a un tiempo apiadado y orgulloso de la delicadísima sensibilidad de la sensible, sonreía. Lo de la herrera fue un pequeño lío, en que el joven cura tuerto, don Calixto, primo de ella, le sirvió discretamente; sólo que, descubierto al fin por el marido, que no osó iclaro! decirle al «rey del pueblo» una palabra, el pobre diablo se apartó de su mujer y se desquitaba contra el cura a gritos («¡Ladrón de mi honra! ¡Alcahuete! ¡Sinvergüenza!») cada vez que le encontraba... Un poco de escándalo, en verdad.

-Dime, Pedro Luis -lamentó la buena Orenca-, ¿por qué no te corriges? ¿Qué buscas en las otras que yo no tenga para ti, que yo no pueda darte?... No eres un chiquillo. Has de cambiar. Te quieren las demás porque te explotan. Convéncete, hombre, por Dios, de que sólo en la formalidad y la decencia...

Hubo de callarse. El potro se espantó. Alguien acababa de aparecer detrás de un chozo.

-Tu marido -dijo Pedro Luis, reconociéndole.

-¡Ah!... ¡Eusebio! ¡Eusebio!

Era un hombre con polainas, con marsellés<sup>6</sup> de buen corte, y que iba cargado de palos y de cuerdas.

Esperó al borde del sendero.

-Hola. ¿Adónde vais?

-A ver la plaga.

-¡Tú! ¿A los Valles?... Te vas a morir de miedo, Orenca, hija. Vuélvete, que después te pones mala.

Intervino Pedro Luis, que había puesto al paso el potro:

<sup>6</sup> *Marsellés*: chaquetón de paño burdo, con adornos sobrepuestos de pana o pañete.

-Es lo que yo la aconsejo, Eusebio; pero... inada!  
-Quita, qué miedo. Y tú, ¿adónde vas?  
-Llevo estos trastes ahí, a los pastores, porque van entrando en la  
avena los langostos.

Pedro Luis, amable, le brindó:

-¿Quieres montar? Es tu camino.

-Gracias, padrino; está cerca.

-Pon esas cosas, al menos.

-Gracias, gracias. Pueden mancharles a ustedes. ¡Vayan con Dios!

Él mismo apresuró al caballo con una palmada en el anca, y atajó  
por una linde.

-¡Qué bueno es el pobre! ¡Cómo me quiere! ¡Cómo nos quiere!  
-contestó Orenca, enternecida.

Le contempló un rato entre el verdor de los forrajes. Buen mozo,  
aunque rudo; rubio como un italiano rubio que solía ir a La Joya  
tocando el arpa, y trabajador y aficionado al campo cien veces más  
que a la botica.

De nuevo Pedro Luis se sonreía en la fruición de sus orgullos.  
Necesitaba ser quien era él, con sus cincuenta y nueve a la cola, para  
verse idolatrado de tal modo por la linda mujer de un hombre joven,  
guapo, de carrera. Ciertamente el infeliz, a través del baño científico y  
de las limpiezas señoriles a que a esta pulcra Orenca le obligaba,  
descubría su cáñama cerril.

Se puso a recordar, en tanto la miedosa protegíase contra los  
langostos detrás de la sombrilla. La historia, que acreditaba cual  
ninguna las piedades e hidalguías de su excelente corazón y su  
donjuanesca habilidad, traía de fecha nueve años. Muerto el  
farmacéutico, su íntimo amigo don Juan Gorón, padre de Orenca,  
dejó a ésta y a la viuda en una miseria cruel que no tenía más salvación  
que la farmacia. Eusebio, justamente, terminaba tal carrera. Pedro  
Luis, su padrino, a quien la pobre aperadora<sup>7</sup>, madre del muchacho le  
atribuía la paternidad, igual que de otros chicos tantas madres (la del  
cura tuerto, verbigracia) por si acaso, como al cura, le sacaba de

<sup>7</sup> *Aperadora*: esposa del aperador, el encargado de cuidar de la hacienda del campo  
y de todas las cosas pertenecientes a la labranza.

pobrezas costeándole el estudio. Resolvió casarlo con Orenca: ella tendría el boticario que le faltaba a la botica, y Eusebio la botica que le hacía falta al boticario. Y... bueno, la verdad, Orenca, entre respetuosa y agradecida al fiel amigo de su padre, entre enamorada y sorprendida, en la rebotica, una tarde, meses antes de la boda, le concedió al protector galante su inocencia sobre aquel cajón de malvavisco...

Todo inducía a creer que el hijo de la aperadora, dichosísimo con su redonda posición, mientras de zamarra los hermanos seguían matándose en el campo, sin el menor intento de protesta al padrino poderoso y a la linda señorita con quien nunca habría soñado, estaba en autos de aquello desde antes de casarse. Le nació un *sietemesino*; impúsosele al padrino del papá oficial un nuevo padrinzago, y, poco a poco, Eusebio, por no estorbarles el idilio, del que pronto pudo sorprender escenas sueltas, llegó, primero, a retardarse jugando en el casino hasta bien pasada media noche, y luego, a resignarse en lecho y cuarto aparte de la esposa. Vino otra hija; juzgó el hombre de íntegra conciencia y amparador de todos, que no debía regatearle una pequeña parte, siquiera, de su enorme capital a su nueva prole, lo mismo que habíale costado a Orenca la boda y el ajuar y había remozado la farmacia, y bastó una indicación de ella, en tal sentido, para que le entregase Eusebio quince mil duros contantes y sonantes, con los cuales compraron este quinto<sup>8</sup> del *Mimbral*.

¡Oh, las bellas noches a descanso pleno que gozaban desde entonces los amantes! -«No, no; a mí no me toca Eusebio. No podría, sin crearme rebajada y sin que Dios me castigue, seguir siendo de los dos» -repetíase la honesta delicada y devotísima creyente-. Dispusiéronse para ellos un cuarto a todo lujo, lleno de espejos, de sedas, con un crucifijo de plata y de marfil encima de la cama, y para Eusebio otro muy limpio, adonde él, irreverente, se permitió cierta noche zampar a una pastora de aquellas con quienes, libre de enojosos miramientos señoriles, consolábase mejor el infeliz. Descubierto el lance por Orenca, luego

<sup>8</sup> *Quinto*: parte de dehesa o tierra. El término se repite unas líneas más adelante en cursiva pues es utilizado con otra acepción: «quinta parte de la herencia que, aun teniendo hijos, podía el testador legar libremente, según la legislación anterior al Código Civil».

que el olor cabruno la hizo encontrar unas horquillas morroñosas en las sábanas, le riñó; y le riñó asimismo Pedro Luis, a la hora del almuerzo. «Hombre, Eusebio, esas aventuras se tienen fuera, por los chozos. Ya ves qué educación le vas a dar, si no, a los niños.» Eusebio casi lloró de vergüenza y de dolor, no obstante lo comedido de la reprimenda de su mujer y del padrino. Una perfecta armonía. Se debían guardar las apariencias. El propio Eusebio se encargaba de entretener a los muchachos a fin de que por las mañanas no entrasen en la alcoba suntuosa hasta haberse levantado, o vestido siquiera, Pedro Luis; y éste, siempre por las formas, disimulando también para con su propia mujer y sus dos hijas casaderas, hubo de cuidar que el *quinto* estuviese situado, con respecto de una dehesa suya, linde al medio. De tal modo pasaba con Orenca largas temporadas sin que nadie tuviese que decir.

No obstante, ¡claro! toda La Joya, desde casi al mismo tiempo que el marido, sabía las relaciones. Hasta hubo habido, en la primera época, un conato de desprecios y rechazos de las reparosas amigas para Orenca antes de casarse. Y la boda, que empezó a rehabilitarla; la pública seriedad de ella, después; su místico fervor en las iglesias, y sobre todo, los respetos al formidable poderío de don Pedro Luis Jarrapellejos, que dio para la joven ejemplo de consideración haciendo que sus mismas hijas la siguiesen visitando... restituyéronla plenos los decoros que aún la hubo de acrecer el verla propietaria de un *quinto*, con borregos y con coche. Querida o no de su querido, y por él enriquecida o no, que esto allá ellos lo verían, Orenca, pues, por fueros de belleza y de decencia y juventud, quedaba en La Joya como una institución de amistad y de simpatía entre las muchachas. Se reunía con ellas y las damas honorables; las guiaba; oíanla sus consejos; era ella constantemente la que llevaba iniciativas con las monjas y los curas en las fiestas religiosas.

Por cuanto a la mujer de Jarrapellejos, la pacífica doña Teresa, burguesamente gorda a reventar y tullida de reumas, limitábase a no estar muy amable con la rival, cuando la recibía en su casa entre las jóvenes, y a implorarle a Dios, en sus continuos rezos, indulgencia para las incorregibles faltas del marido.

Y así, de una desvalida huérfana, que otro en la situación de Pedro Luis, sin reparos al difunto, hubiese convertido en una pública y

deshonrada amante sostenida a poca costa, él, hombre de nobleza y corazón, había ido haciendo una señora por todos los conceptos.

-¡Ah! ¿qué es eso? -dijo Orenca-. ¡Cuánta gente!

Doblado el camino sobre una loma, aparecía la carretera. Llenábala una extraña muchedumbre. Carros, mulas, borricos, hombres y mujeres, con toda clase de artefactos. Eran los perjudicados por la plaga. Desde el día antes no cesaba la peregrinación desesperada, inútil, tratando de defender sus fincas cada cual como podía.

Un horror, el gesto de tanto extenuado por la angustia y la fatiga. Cuando Orenca se vio entre ellos, sintió una pena que la ahogaba. Saludaban, dejando paso al cochecillo, sombrero en mano, y componiendo una sonrisa. «¡Vaigan con Dios!» «¡Dios los guarde!» Algunos atrevíanse a preguntar, con un afable servilismo que ocultaba los rencores:

-Don Pedro, qué, ¿se trae, o no, la gasolina?

-Ya está encargada a Madrid -respondía el interrogado.

Y para desentenderse de la verdadera manifestación de quejas que no habría tardado en rodearle, excitaba al potro con la fusta.

-Qué, don Pedro Luis, ¿y la gasolina? -le gritó como con irritada insolencia un viejo.

-¡Para llegar, Quico, para llegar!

-Sí, para llegar... y si allega, cuando allegue, no quea raspa en los sembrao.

Se amostazó Jarrapellejos:

-Pues eso, al alcalde. ¿Por qué a mí?

Atrás el viejo, un hombretón que precedíale, menos exasperado, rindió también en aduladoras suavidades su reproche:

-¡Qué alcalde, don Pedro Luis, vaigan con Dios y con salud; qué alcalde de mi arma! ¡Bien sabemos que sin la voluntad de usted no se menea por toa esta tierra ni un mosquito!

El piso de la carretera desaparecía bajo un tapiz de langostos pequeños, oscuros. El tílburí rodaba sin ruido al aplastarlos. Toda en repugnancia Orenca, viendo voltear junto a sí las ruedas aceitosas, tuvo el valor de sobreponerse a su impresión por otra impresión de caridad:

-¡Mira, mira: van llorando aquellas dos!... Si les ha de servir la gasolina, ¿por qué no la traéis?

El amante sonrió. Siempre debería haberla en La Joya y los pueblos inmediatos, puesto que cada dos o tres años sufrían el mismo azote; pero los alcaldes (sin que, por ser amigos, pudiera evitarlo Pedro Luis) no atendían más que a robar. Afortunadamente, los langostos, levantados de las dehesas próximas, las suyas entre ellas, que era donde aovaban, se iban lejos esta vez, no habiendo caído sino aquí con verdadera profusión.

Sonaron gritos. En dirección contraria venía una mujer descompuesta, con las ropas chamuscadas, negra de humo y de sudor, y seguida por tres niños, que también lanzaban agudísimos clamores.

-¿Qué pasa? ¿Qué os sucede? -les preguntó Jarrapellejos al cruzar, parando el coche.

-¡Qué ha de sucedé! -lamentó la mujer sin detenerse y sin quitarse las manos de los ojos-. ¡Maldita sía mi suerte, y premita Dios que estallen cuatro señorones!...

Advirtió con quién hablaba, y, sin detenerse tampoco, corrigió en súbito temor a su imprudencia:

-¡Qué ha de sucedé, sino que nos quean sin pan los bicho, que to l'han repelao!

Perdióse carretera arriba, con su fúnebre coro de criaturas y su himno de miseria. Dominando Jarrapellejos el impulso de favorecer a la rebelde, hizo que también continuase el cochecillo. Junto a él, la bella amiga pedíale a Dios clemencia para tantísimo infortunio. Los tules que cruzaban el cielo eternamente, habían dejado de parecerla los que ella poníase en los sombreros. No caían los langostos, no, para que jugasen sus niños clavándoles alfileres en los ojos. Eran el hambre, la ruina, la muerte<sup>9</sup>.

<sup>9</sup> La plaga de langosta era un mal endémico de la región que la prensa abordaba con frecuencia. Véase la descripción que la *Revista de Extremadura* (nº III, junio de 1900) hacía de ella: “Cógese por arrobos y hay quien cobra dos, tres, cuatro pesetas por los costales que de ella presenta, como escriben de Badajoz; para extinguirla se pensó en el envío de 8000 soldados que ya no vendrán según parece, por no poderles ofrecer los ayuntamientos siquiera una mejora en la alimentación, pues los recursos los han gastado en las elecciones, al decir de algún periódico; el gobierno presta además auxilios de dinero para la compra de gasolina; se ha hablado de trenes que no han podido marchar sobre los rieles, engrasados por el insecto que aplastaban, y ha habido necesidad de polvorear los carriles con arena para el avance”.

Se convenció más en cuanto, dejados atrás los olivares, dio vista el tílburí al pleno cuadro de tragedia. Llamas, acá y allá; columnas de humo que levantábanse pesadas por las cuestas en la luz de eclipse del espacio; hombres y mujeres en fila, rodeando los cuadros de las siembras, y chillando y agitando su desesperación como energúmenos. Decoración dantesca, de infierno, cerrada al fondo y a los lados en la angostura negra de unos montes. Los humanos alaridos resurgían a ratos en tristísimo concierto, tal que si los contorsionados trabajadores que se retorcían por todas partes se estuviesen abrasando en las hogueras.

Ya no rezaba Orenca.

-¡Ooooh! -había sido su única estupefacción de comentario.

Y como, al llegar al río, rígida de espanto, tendía una mano sobre las de Pedro Luis impidiéndole guiar, él detuvo el coche.

-¡Para! ¡Sí, para! ¡Qué horror!

Estaban al final del viejo puente de tres arcos que salvaba al Guadalmina<sup>10</sup>. Dominaban el vasto y lúgubre escenario. Orenca lo miraba todo. Asombrábala que hubiesen podido cambiar de tal manera a la desolación y la fealdad aquellas paradisíacas vegas donde poco hacía estuvo ella pescando con los niños. No se veían en el remanso los nenúfares. Las margaritas y los musgos de los canchos ocultábanse también por las riberas, bajo lo gris, bajo lo sucio. Roña viva e infinita que nada respetaba, que invadía las aguas lo mismo que las tierras y los aires.

Campos de pobres expuestos a las inundaciones torrenciales en invierno, y a los cuales la fatalidad quería ahora infligirles su máximo rigor, el verde de los centenos, de las cebadas, de los trigos, ennegrecíase asimismo por la turbia irrupción devastadora. Las espigas doblegábanse al peso que tenían que soportar, o caían segadas por las sierras de los voracísimos insectos. Cortaban lo que no podían comer; manchábanlo con la baba sepia de su boca. Sin medios ni para mal defenderse contra ellos, abrumados cada vez más por los que les iban entrando incesantemente desde fuera, a saltos, en sábana, en montón, los dueños de las siembras cejaban de rato en rato en la tarea para alzar los brazos

<sup>10</sup> *Guadalmina*: riachuelo de la provincia de Málaga que nace en Sierra Bermeja.

al cielo y proferir en maldiciones...; pero pronto, luego, tenaces, proseguían con más ahínco.

Dijéranse los locos de un inmenso manicomio suelto por el valle. Orenca y Pedro Luis, cerca, lejos, en todas las ondulaciones del terreno y a todas las distancias, los veían correr medio sepultados en las mieses, agitando palos, cuerdas, látigos y mantas..., al mismo tiempo que daban grandes voces. Tan ciegos se empeñaban en la lucha que algunos, ya desesperados, con sus furiosos trallazos a diestro y siniestro causábanse más daño que el que intentarían evitar. Felices los que para el ardor de su trabajo contaban con familia numerosa. Las hijas y las mujeres, despojadas de sus faldas, a falta de otra cosa, sacudíanlas por el aire. Los niños, hasta los de tres años, con tal que supieran tenerse en pie, corrían y chillaban también en ala levantando polvaredas de langostos.

Habían abierto zanjas en las lindes. El ansia de los desdichados cifrábase en contener en ellas la invasión. Los que no tenían quienes les ayudasen a manejar azadas y esportillas, tendían barreras de lienzo firmes en estacas. Pero llenábanse las zanjas, rebosaban pronto igualmente los rimeros de langostos por lo alto de los lienzos, y antes que los denodados luchadores lograsen aplicarse a sepultarlos con tierra o a abrasarlos con fogatas de retama, ya nuevas oleadas de la marea terrible, inagotable, estaban saltando por encima. Algunos, en sustitución de aquella suspirada gasolina, empleaban el petróleo. Trabajo y gasto estériles, perdidos, sin tregua ni esperanza. Un minuto sobraba para volver a llenar del infesto lo que se había creído limpiar en una hora. Extenuados, tenían que volver a empezar, sin haber tomado aliento más que en aquellos segundos angustiosos de las baldías imprecaciones. Miraban entonces, observaban el estrago, consideraban lo poco, lo cada vez menos que les quedaba por salvar, y muchos, viendo totalmente segadas o comidas sus cosechas, tronchados los verdes tallos sin espigas, abandonaban al fin las tierras sombríamente. Las mujeres y los niños los seguían, llorando, en una congoja de alaridos que perdíase hacia la altura con el humo y las cenizas...

Eran las familias enteras, eran los tristes derrotados, en éxodo hacia el pueblo, en éxodo hacia el hambre... Cruzábanse entre los que seguían enloquecidos la batalla, sin que unos a otros concediéranse atención en la urgencia o el dolor de su egoísmo, y cruzaban igual el puente, al

pie del coche, sin notarlos, muertos de pena, y sin que tampoco el contristado y poderosísimo señor Jarrapellejos osara turbarles con vanas frases de consuelo la majestad de aquella angustia.

Orencia rezaba nuevamente, con gran fe. Persuadida de la ineficacia del humano auxilio ante la magnitud de la catástrofe, y pensando que debería irse a La Joya para organizar a escape rogativas, se lo dijo a Pedro Luis: -«Bien, sí, bueno; como quieras. Aunque creo que eso es mejor para la lluvia...» -repuso él, muy preocupado en contemplar algo que Orencia no podía ver por la situación del cochecillo, alguna suelta escena del cuadro de desastre.

Ella, en cambio, contemplaba otras escenas. A cien metros del tílburí, un hombre, atacado de súbita demencia, arrancábase las canas a puñados y quería matarse a golpes de azadón en la cabeza; dos hijos suyos lograron dominarle y llevársele sujeto: -«¡Padre, padre, por Dios!...» El anciano sangraba por la nariz y expulsaba por la boca cien duras blasfemias contra aquel Dios que los hijos le invocaban. Orencia acreció sus oraciones en fervor. Tal vez la plaga justificábase como un castigo divino a la maldad de estas gentes descreídas, de estas gentes soberbias e inmorales. Era notable el olvido de pudores femeninos que por todas partes se advertía; quitadas las faldas y las chambras, a lo mejor, para carear a los langostos, muchas mujeres, negras por el calor, enteramente desgreñadas, maldito si en la angustia del trabajo percatábase siquiera de estar luciendo los hombros y las piernas. Pero reparó, reparó la delicada, salvando la indignación que siempre la deshonestidad la producía, el ansia estéril de tantos infelices. Un grupo, cerca, en una hoja de centeno, se obstinaba en defender las últimas espigas. A enjambres volaban delante de ellos los langostos, dirigidos a la zanja hecha al borde del sembrado. La zanja se llenaba; otros langostos, saltando en contraria dirección, caían a ella por millones de millones. Entre los que venían de dentro, rechazados, y los que llegaban de fuera sin cesar, formaban remolinos que ocultaban a los que en vano intentaban detenerlos... ¡Ah, sí! comprendía Orencia la imponente magnitud de lo espantoso. El suelo todo, por todas partes, no era más que un densísimo y movable manto de la plaga ambulatoria. Algo así como si la propia tierra, cansada de su quietud en su esplendor primaveral, viva ella también,

se hubiese ido pudriendo en una vida de miríadas de átomos de horror de lo sucio y lo siniestro para ahogar las hierbas y las flores. Y emigraba, emigraba aquello a saltos de los minúsculos seres que formaban la eterna sábana infinita del monstruo inagotable. Una vibración, el suelo. Una ebullición de chispas grises, como de moscas, en que cada cuerda de langostos brincase huyendo de la legión que en un solo instante de reposo pudiera atropellarlos y envolverlos. Así, microscópicos payasos infernales de una tropa colosal, Orenca, desde el coche, veálos por su izquierda subir, subir al terraplén, cruzar la carretera, bajar al lado opuesto..., continuar, en fin, aquel trémulo avance de marea, de inundación eternamente inacabable y destructora. Seguían su paso, seguían sus saltos, seguía el conjunto de la horrenda marea su reptación, orientada exactamente igual que aquella otra que nublaba al sol pasando con su lúgubre rumor de sedas por la altura, y nada ni nadie era capaz de contenerlos. Colmaban los huecos de las piedras, llenaban los baches y barrancos, acumulábanse y se removían en las desigualdades del terreno enredados unos sobre otros, lo mismo que viscosos manojos de imperdibles, y los que por hallarlos a su paso precipitábanse en las zanjas o en el río, formaban el montón o la flotante costra por donde seguían cruzando los demás... ¿Adónde iban? ¿Qué fatalidad o qué maldito designio misterioso los guiaba?...

Tal fue la curiosidad de Orenca, de improviso. Quiso que se lo explicara Pedro Luis, y se lo preguntó, turbándole su abstracción. Él no lo sabía tampoco. Hipótesis y nada más. Era de suponer que la plaga, al alzar el vuelo los primeros bandos, tomase entera la misma orientación. Esto sucedíales a las ovejas, que, por donde corría una, corría todo el hatajo. Por lo demás, y calmando a la afligida, que no acertaba a vislumbrar cómo las pobres gentes pudieran verse libres del azote, él expuso su esperanza, su casi seguridad de que las falanges sueltas, desprendidas de la inmensa nube, o que tal vez desde las dehesas inmediatas venían saltando, sin haberse lanzado a los aires todavía, de un momento a otro levantaríanse también y seguirían el rumbo general hacia Dios supiese qué parajes. El mal, ¡claro!, para los infelices que no tenían otras cosechas estaba en que veríanlas destruidas, por pronto que

ya se marchasen los langostos; pero él, y Eusebio y los grandes propietarios, podían estar relativamente tranquilos con respecto a la extensión...

-¡Oh!

-¿Qué?

Orencia, repentina, había saltado en el asiento. Advertida de las plácidas miradas que él seguía lanzando allí cerca, allí afuera, sin cesar, habíase doblado curiosa a investigar por delante de la capota, que a ella la estaba ocultando lo que fuese.

-¡Ah, hombre, vaya por Dios! -volvió en seguida a recogerse, lívida, temblando-. ¡Vamos, hombre, por Dios! ¡Qué poca vergüenza!

Un segundo hubo de sobrarla para divisar a quince metros a la Isabel, a la *Fornarina*, a aquella aborrecible muchachota de ojos negros que era en La Joya la preocupación constante de los hombres. La reconoció, la había reconocido su corazón, todo en celosa ira, a pesar de su apariencia de furia desgredada y de su congestionado rostro cubierto de chafarinoses de sudor y de tiznotes. Medio desnuda, casi haraposa, con una faldilla corta, ayudaba en un trigo a su padre y a su madre. No habíala visto Orencia, en verdad, durante aquel breve segundo, sino empeñada como una leona furiosa en el trabajo, nada atenta a Pedro Luis, al parecer...; pero éste, ¡oh, sí, sí!, con la atención o sin la atención de ella, era lo innegable que se había estado complaciendo en contemplarla las piernas y los brazos...

El impudor de estas mujeres tornó a herir a la Orencia delicada tanto como el descaro y la desconsideración de Pedro Luis.

Se irguió, más pálida, ganada por el desaliento rabioso y dulce que habíala sido inútil con el infiel ya muchas veces:

-Di, hombre; dime, Pedro Luis... ¿para esto me has traído?

-¿Para qué, mujer? -trató él de disimular en vano todavía.

-Para ver a esa indecente, a la Isabel.

-¿Yo?... ¿Está ahí?... Pero hija, niña, por favor..., ¡qué culpa tengo yo de encontrarla! ¿Soy yo, tampoco, o tú, quien hubo de empeñarse en que viniéramos?

Le miró ella, dura, blanca, muerta, a punto de llorar o caer en un ataque:

-¡Bien! ¡A casa! ¡A escape! ¡Vuelve el coche! -decidió.

A menos del ataque, no había más que callar y obedecerla.

Pedro Luis hizo al caballo revolverse, y lo puso al galope de un fustazo. Sonreía. Sentíase halagado en el orgullo. Sabía cuánto más enamora a las mujeres la aureola tenoriesca.

Silenciosa al lado suyo, aparte lo posible, en el rincón, sollozaba Orenca contra el perfumado pañolillo sujeto con ambas manos a los ojos.

## II

**D**omingo; y en este mayo de las Flores a María, que ya iniciaba las animaciones de La Joya. Las muchachas habían invertido la mitad de la mañana al espejo, peinándose, pintándose, vistiéndose; habíanse lanzado con sus primaverales galas a la misa de once en San Andrés; habían ido después a dejarse ver de los muchachos y continuar admirándose las unas a las otras en «Los Fenómenos» y demás tiendas de la Calle de las Tiendas, y ahora, por la tarde, esperando la novena, anochecido, juntaríanse en casa de las Rivas, donde hoy era la reunión. Orenca entre ellas, porque al mismo tiempo que a charlar y a divertirse iban a reorganizar la Asociación de San Vicente de Paúl, por si había que socorrer con leche a los enfermos de las muchas familias arruinadas por la plaga.

Altas las faldas (excepto Purita Salvador), ocupada la otra mano en las sombrillas, y silenciosas y en fila y sobre la punta de los pies para destripar los menos langostos posible, Orenca, Pura y Ernesta tenían que cruzar heroicamente el pueblo. Vecinas puerta al frente aquellas dos, y casi vecinas de la tita Antonia de la hermosa forastera, de intento habían pasado temprano a recogerla con el fin de sorprenderla de trapillo y comprobar si fuese cierto, según tanto

repetíase, que no se pintaba, que se bañaba y que de su tocador, bien a diferencia también que todas en La Joya, no le hacía ningún misterio a las amigas. Y... ¡oh, sí!, destruida la duda en toda su extensión. Admiradísimas la linda boticaria y la especie de rubio payasito lleno de albayalde que era Pura Salvador, marchaban procurando fijar en la memoria los detalles de las limpiezas exquisitas que habíanla visto en los dientes, en las manos, en los pies, en las uñas de las manos y los pies, con unas cosas a que la brava así capaz de recibirlas a plena confianza decíales *polisiar* o *polisuar*<sup>11</sup>, y con unas raras pastas y esmeriles de cuyo uso y marcas tomaron notas por si ellas decidieran cuidarse igual... las uñas de las manos, cuando menos.

¡Qué uñas, Dios, las de Ernesta! ¡Qué pies!... ¡Descalza pudiera ir a las visitas!... Ahora sí, comprendíase que una mujer no se lavotease y perfilara tanto, a no ser para... desnudarse con los novios..., lo que venía a corroborar, si no el embarazo de Ernesta y que hubiésenla traído a sacarla del apuro (puesto que la vieron el vientre en el baño), que fuese verdad la historia aquella del tejado. La misma tita Antonia, tonta de remate, contábale a quien quisiera oírlo que su sobrina estaba como desterrada de Valladolid para hacerla olvidar a un capitán muy guapo, pero pobre; y puesta a decir sandeces, añadía que, aunque no fuese rica Ernesta por su padre, célebre abogado, viudo, que ganaba un dineral con la misma sencillez que lo tiraba en lujos y mujeres, ella iría a dejarle un pasar con su dehesa y sus dos viñas. Además, conocíase el lance por Gil Antón, el primo y medio novio de Pura, cadete de Caballería: el capitán, a cuyas relaciones oponíase tenaz el presunto suegro, se mudó a una casa de huéspedes contigua a la de Ernesta; desde la azotea pasaba a un tejado inclinadísimo y charlaban en una reja de guardilla; y una noche se descuidó, rodó, y fue a parar al patio de la novia, rompiéndose una pierna; tuvieron que auxiliarle y recogerle la propia novia, el papá de ésta y las criadas... Trasladado al hospital, el hombre se ofreció a acallar el escándalo de la ciudad entera con la boda... Pero ya el orgullosísimo abogado, que querría algún rey para su hija, tenía la prisionera a doble llave; y cuando el de la pierna rota se curó y fue a verle y reiterarle sus ofertas, ni le quiso recibir, y le dio

<sup>11</sup> *Polisiar* o *polisuar*: *polissoir*, cepillo de uñas.

a manera de firmísima respuesta este viaje de la loca. Orenca le había oído contar todo esto, con el añadido de la sospecha de embarazo, a Pura directamente, a la rubita recién salida del colegio de las monjas, y más tímida y callada cada vez.

Juntamente, toda la impresión de dudas y reservas que la forastera la inspiraba, trocábase en una especie de galante compasión a la rubita, siempre alerta en mudas curiosidades infantiles así que veíanla junto a don Pedro, y siempre melancólica bajo las tiranías de la educación monjil y de su madre. Si las monjas del colegio, por sistema y garantía futura de virtud enseñándola a prescindir de las limpiezas, teníanla ahora condenada a no reír, a esconder las manos con vergüenza, a no mover mucho el pescuezo en la gorguera de rizados, para no lucir con los blanquetes de la cara lo sucio del cogote, y de las uñas, y de los dientes amarillos..., la madre, la alcaldesa, la más que experimentada doña María del Carmen, querida del párroco don Roque, por mayor y aun más eficaz garantía de castidad, sin duda, obligándola a llevar viejas las medias y enaguas y camisas remendadas, impedíala bailar en los bailes, a la pobre, y correr con las amigas en el campo, y hasta sentarse a plena despreocupación de las cortas faldas de moda en las visitas, para no lucir las piernas y los bajos... ¡Oh, sí, sí, bah!..., pensaba Orenca, pensaba que entre la gorrinería de Pura Salvador y de la mayor parte de las señoritas de La Joya, y los aseos, ya equívocos de tan exagerados, de esta Ernesta fanfarrona y «ciudadana», estaba el justo medio de colonias y dentífricos y lavoteo general todos los sábados que ella venía poniendo en práctica de antiguo.

Desembocaban a la Ronda del General Rivas, sin nadie aún, por el sol de siesta que abrasaba, y amparándose más en las sombrillas y redoblando cautelas entre la abundancia de langostos, cuesta abajo, pudieron la muy bella forastera y la farmacéutica gentil (claro es que no la pobre Pura) llegar a casa de las Rivas alzándose las faldas un buen poco.

Fueron acogidas regocijadamente en la reunión, donde todavía se quitaban los sombreros, recién acabadas de entrar, Luz, Remedios y Gertrudis Jarrapellejos, de negro, sobrinas de don Pedro Luis, bizca la mayor y fúnebres y largas como mangas de parroquia. «¡Hola!» «¡Hola, nenitas!» «¡Qué elegantona, Ernesta!» «¡Qué mona, Encarnación!» «¡Qué peripuesta, Orenca, tú, y qué bonita! ¡Anda, anda, más que una soltera!»...

Igual que siempre, las mudas envidias acabaron concentrándose en las distinciones de Ernesta, de la exótica, que vestía esta tarde un traje seda topo. Tenían de par en par las dos ventanas. El salón lucía un retrato al óleo del general, gran cazador, padre de las niñas, que daba nombre a la Ronda, y que poco antes de morir ascendió de coronel pasando a la reserva, y unos medallones antiguos con sendos relieves de pasta de marfil, en fondo jaspe, de Nerón y otros césares romanos.

Con motivo del crema traje de *étamine*<sup>12</sup> que estrenaba Orenca, y del asombro causado en Ernesta porque todas a aquélla la extrañasen su gusto juvenil para vestirse, lanzáronse a discernir si hacía bien o mal la mayor parte de las casadas de La Joya abandonándose en su adorno. Contra ello protestaban muchas, adictas de la vallisoletana hermosa y de la farmacéutica; mas no faltó quien apoyase la nota de orden, dada con medida por Luz Jarrapellejos, y estalló la discusión.

Reían. Cruzábanse en aguda música de gritos los varios argumentos. No lograban entenderse. A más de Joaquina y Petra, las dos alegres y nada feas dueñas de la casa, y de las seis que acababan de llegar, estaban Nieves y Piedad Jarrapellejos, hijas de don Pedro Luis, de luto siempre por cualquiera de su parentela dilatada, altas como él y con la misma cara leonina del padre, aunque con ojos azules; Encarnita Alba, preciosa miniatura de humor jovial, y que cojeaba algo a consecuencia del tumor blanco<sup>13</sup> sufrido en la niñez; Dulce Marín, fresca morenucha bien metida en carne y desparpajo, y su hermana Jacoba, guapa también y buena moza, pero insignificante de puro simple, lo cual la hacía cargar perpetuamente con los vales del piano para que las otras bailasen.

Estaban, además, la comedia y simpática Eduvigis Porra y su novio, desde que tenían los dos once años, Cleofé Buenaventura: un joven pálido, abrumado de premios en la recién concluida carrera de Derecho, y sólo atento a los estudios para hacer oposiciones a

<sup>12</sup> *Étamine*: estameña (traducción literal), pero aquí “vestido elegante que tiene la urdimbre y trama de la estambre”.

<sup>13</sup> *Tumor blanco*: artritis tuberculosa de un miembro, caracterizada por la tumefacción pálida de la articulación.

Registros y casarse cuanto antes. Cleofé constituía el modelo de virtud señalado por las madres del pueblo a sus hijos, generalmente borrachos y gandules...

Sino que estos dos, como si no estuviesen. Apenas cambiados los saludos, se habían vuelto a su rincón, detrás de una latania<sup>14</sup> (fieles a la costumbre de todas las parejas de novios de La Joya), y maldito si les llegaba a interesar ni estorbarles el fragor de la polémica. -«Pues, isí señor!» -«Pues, ino señor!» -«Las casadas se deben a sus hijos y su hogar!» -«Pues, ino señor!» -«Pues, isí señor!» -«Aparte de que se pueda atender a la casa y los pastores compuesta igual que de trapillo, las casadas les deben conservar la ilusión a sus esposos!... ¿Por qué se ha de hacer de novias la farsa de engañarlos? ¿Por qué ellos después buscan fuera devaneos?» -«¡Porque sí, porque son hombres, y es lo natural!» -«¡No, hija, no; no veo lo natural! ¡Porque ven a las otras más bonitas!»...

Trajo un recado el sacristán de San Andrés. Al señor párroco don Roque le impedían venir dos bautizos y un entierro. Veríalas en la Iglesia después de la novena. Partió, dejándolas el frío como sepulcral de su presencia, y la boticaria anticipó algo de sus planes: reorganizar la hermandad de San Vicente, y dedicarle un trisagio en Las Flores, ya que las rogativas parecían mejor para la falta de agua, a la plaga de langostos. Eran un horror. Referíalas el cuadro por ella en los Valles presenciado.

Cortada así la discusión, que de sí propia, por otra parte, había ido agotándose, no supieron de qué hablar. Arrastraron a Jacoba a la banquetta del piano. Ernesta, con su bella voz de contralto, cantó *La Matinata*, de Folchi, y la *Plegaria* de *La Tosca*. Cantaron después a coro el *Ven y ven* y el vals de *La viuda alegre*. Los de Chopin, últimamente, aunque bien ejecutados por Ernesta, fraccionaron las conversaciones por las sillas, engendrando algún bostezo. Un espíritu muerto empezó a volar, con las moscas, sobre aquellos rostros aburridos de rígidas caretas de albayalde y bermellón. Las Jarrapellejos referíanle a la boticaria los progresos del manto que le bordaban a la Virgen. Purita

<sup>14</sup> *Latania*: palma de la isla de Borbón (en la actualidad, isla Reunión, perteneciente al grupo de las Mascareñas), y que en Europa se cultiva en invernáculos, con hojas en forma de abanico.

Salvador, al otro lado, contábale a la despreocupadísima Dulce que había estado viendo a Ernesta bañarse y arreglarse. -«¿Bañarse?... pero ¿bañarse?» -«Sí, en una bañera». Asombro. En La Joya, quitando la gentuza que por julio se tiraba al río, y salvo el orgulloso de Octavio y el conde de la Cruz, que tenían baños de mármol en sus casas, no se bañaban más que los enfermos de mucha gravedad. Ernesta, además, no se pintaba. Sus manías, las uñas, los dientes y los pies... -«¡Oh, bah! -exclamó Dulce, mirándola de reojo, y al oído de Purita-. ¿Me quieres decir para qué le sirve tanto limpiarse a una mujer, y especialmente si es soltera?»...

Voces en la Ronda. Excepto Eduvigis y el novio, fueron todas a las rejas. Un borrico respingaba, escapado a unos gitanos. Entretúvolas buen rato su captura. Luego, disimulando en los abanicos los bostezos, vieron cruzar un galgo, al trote; vieron regar el suelo al dueño de un kiosco y vieron acercarse a una desmelenada gitanilla, que las pidió limosna, llena de churretes. Lo único que no veían, por mucho que miraban, era a los muchachos. Ernesta comprobaba una vez más el cruel aburrimiento que acometía a las infelices en cuanto llevaban juntas y se habían admirado los trapos diez minutos. No las trataban los señoritos de La Joya, salvajes y como cazados a lazo casi todos. En las tiendas y en la puerta de la iglesia, cruzaban de largo, o las observaban en grupos desde lejos. Incapaces uno a uno de acercárseles, por un recelo de barbarie que no supiese qué decirlas, únicamente osaban hacerlo dos o tres reunidos. Y para esto esperaban ellas los tan ansiados domingos, luego de pasarse la semana reformando trajes y sombreros.

Bostezaban, bostezaban, mirando hacia la Ronda.

Era la Ronda del General Rivas el orgullo de La Joya; pueblo casi ciudadano, y orgullo a su vez de los demás de la región por muchas cosas importantes, como los comercios de escaparates con pistolas y molinillos de café, el eléctrico alumbrado, los gramófonos del juez y del jefe del telégrafo, las bicicletas y los caballos de Octavio, Julio Pérez, Luis González (*el Brocho*), el tílburí de Orenca, los otros siete coches de siete ricos, y la berlina, el landó y el automóvil del conde de la Cruz de San Fernando.

Todos los joyenses, aunque al llegar sus parientes y amigos forasteros hubiesen tenido en la diligencia que cruzarla, ya que

abríase desde la misma glorieta del gran puente árabe sobre el Guadiana, les volvían a mostrar y les hacían fijarse en las bellezas y amplitudes de la Ronda: al centro la carretera, bordeada de acacias a cuya sombra acampaban las tribus de gitanos; a los lados, jardines con arboleda, con girasoles, con malvas reales, con tres kioscos amarillos de agua y aguardiente; un enorme pilar, con fuente de tres platos, restaurada en una juvenil y alcaldesca dominación de don Pedro Luis Jarrapellejos (según decía una lápida, por más que, naturalmente, la construcción fuese árabe), y aún sobraba sitio para instalar durante el estío un cinematógrafo, que, a partir de media tarde, le añadía el estruendo de su órgano al ruido y a la animación de los carros que cruzaban, de los bravos herradores que sudaban trabajando a las puertas de sus tiendas, y de las gentes que iban o tornaban de paseo o de San Andrés, templo en moda para todo y que regía y tenía con grandes lujos el riquísimo párroco, primo de don Pedro Luis, don Roque Jarrapellejos.

Los forasteros, una vez admiradas tantas cosas de la Ronda, solían oírle al feliz indígena a quien hubiérase cabido la suerte de mostrárselas, este apóstrofe, en sorites<sup>15</sup>, que se le achacaba a don Pedro Luis, de cuando estudió Lógica y Ética: «La Ronda del general Rivas es lo mejor de La Joya; La Joya es lo mejor de Extremadura; Extremadura es lo mejor de España; España es lo mejor del mundo; luego La Joya es lo mejor del mundo.» Es decir, que La Joya, aunque pequeño, era la *verdadera joyita* de España. «Cuando menos -añadían, dejándose de exageraciones-, aquí en La Joya, pueblo que guarda cuidadosamente todas las puras españolas tradiciones de virtud, en religión, en costumbres, en política y en todo, es donde los extranjeros debían venir a conocer la raza. ¡Oh, si aprovechando las ruinas árabes y los bellos panoramas, se decidiese a favorecer el turismo nuestro gran Jarrapellejos!»...

-¡Contra; vaya un nombre! -solían los forasteros exclamar, abrumados de tanto oír Jarrapellejos-. ¿Es un mote?

<sup>15</sup> *Sorites*: raciocinio compuesto de muchas proposiciones encadenadas, de modo que el predicado de la antecedente pasa a ser sujeto de la siguiente, hasta que en la conclusión se une el sujeto de la primera como el predicado de la última.

Claro es que no lo preguntaban si no fuesen de muy largo; porque, en otro caso, conocíanlo demás, y les sonaba a maravilla. No; ¿qué iba a ser mote?... Apellido, y orgullo y timbre de la familia poderosa, aunque chocara, hasta habituarse a su grandeza, como *Recaredo*, *Fredegunda*, *Doña Urraca* y varios de la Historia. Según unos, provenía del gobernador de la alcazaba de Alajar<sup>16</sup>, Arap-el-Yej, o Ara-pe-Iej; según otros, de un caudillo, ascendiente de don Pedro, que a sablazo limpio (1808) les *desgarró la piel* a muchísimos franceses; y no faltaban, en fin, quienes rebajaban su origen (los enemigos del cacique, y entre ellos Gómez, el director de *La Voz de La Joya*), achacándoselo a un célebre bandido de caminos que, no haría un siglo, se enriqueció a fuerza de robar y matar por la comarca.

-¡Oh! ¡Ya vienen! ¡Ya vienen! -anunció Jacoba de improviso, cortando los bostezos-. ¡Ahí están!

Referíase a los muchachos... y inada! Decepción. El *Curdin-Club*. El grupo de borrachos que, al verlas, torció hacia los paseos de enfrente. Cruzaban el pueblo a todas horas, mudos y solemnes, tal que una permanente comisión de pésames y entierros, y no iban más que recorriendo las tabernas. Delante, Exoristo, imuuú!, grande, el jefe, el más grave, rubio hipopótamo, que mugía e iba perdiendo la facultad de hablar, de tanto vino y aguardiente; detrás, y entre otros, Saturnino, con su aire chulapón y su sombrero cordobés, sobrino nada menos que del conde de la Cruz, con el cual vivía; iuna lástima de chico!; y el que aún era mayor lástima, Mariano Marzo, guapo, listo, concejal, de la familia de don Pedro Luis, y que en llegando la ocasión sabía enjaretar un discurso como un ángel, y ponerse como nadie la levita.

Volvió la Ronda al abandono. Pero declinaba el sol y tardó menos en aparecer alguna gente. Don Atiliano de la Maza, caballero setentón, de nariz enorme, siempre llena de rapé, y poeta, con varios amigos se

<sup>16</sup> *Alajar*: nombre que recibe el caserío de Jarrapellejos a donde llevará de cacería al ministro de Fomento. En realidad, es un municipio formado por la villa de este nombre y otras aldeas en la provincia de Huelva, en el partido judicial de Aracena, lugar de retiro de Arias Montano, en donde escribió los *Comentarios sobre la Biblia*. El nombre del pueblo significa en árabe «piedra» (por un gran peñasco que domina la población).

detuvo a anunciarle a Ernesta que la estaba componiendo tres sonetos para su cuarta colección de cien sonetos. Continuaron, y las saludó y piropeó el grupo del juez. En defecto de los jóvenes, los viejos florecían a las chicas. Otro asustado, de pronto: Manolo Alba, a pesar de que estaba su hermana en la reja; detúvose, y hubieron de salvarle dos que venían detrás. Juntos, acercáronse y entraron.

Tornó la reunión al alborozo. Uno de los llegados, Gómez, rechoncho solteroncete ya maduro, de fuerte bigote negro, de barba tan recia que al afeitarse quedábale la cara azul hasta cerca de los ojos, y director y redactor único del quincenario católico y conservador *La Voz de La Joya* (de brava oposición perpetua a la política local, a la de los Jarrapellejos, por cuestión de unos pleitos larguísimos sobre una cuantiosa herencia que no le pudo Gómez ganar al párroco don Roque, a causa de lo cual dijo en el periódico que a éste «le habían hecho cura sin vocación, en la época de los apuros pecuniaros de su casa...»), traía un número de *La Voz* con un artículo dedicado a Ernesta en saludo ditirámico; el otro, caballista, cazador, bastante torpe, pero buenazo, solo, rico y, por lo tanto, «buen partido» para las más de cuatro que le pescarían de buena gana, no cesaba de sentarse y levantarse, y cada vez que se levantaba arreglábase con un golpe de mano y con unas genuflexiones leves, que le ponían las piernas en paréntesis, la cruz del pantalón. Usábalos de punto, siempre, y era aquella una costumbre que hacía sonreír a las muchachas. En una viña tenía una querida con tres hijos; en un cortijo, otra querida con cuatro; en una dehesa, otra con dos, todas de lo más florido que salía entre las pastoras. Le daba ello fama de conquistador, aunque por timidez no lo hubiese probado aún con señoritas; y ellas, en la intimidad, igual que sus amigos, llamábanle el *Garañón*<sup>17</sup>, aunque llamábase Gregorio. «¡Gregorio, hijo, hombre!, ¿por qué no te estás quieto?» -decíale alguna vez alguna, en confianza, y en particular Dulce Marín, no desesperada de llevarle pronto o tarde al matrimonio-. No podía ser; sudaba, sentía comezones y hormiguillos por la sangre, y andaba que saltaba de los nervios.

<sup>17</sup> *Garañón*: asno o caballo semental, y de aquí, hombre sexualmente muy potente.

Manolo Alba, en cambio, parecía un mosquito muerta, con sus húmedos y largos ojos de ciruela y su sonreír de colegial en la cara palidísima de orejas transparentes, y era un cazurro de cuidado. Acostado hasta la una, traía con las sirvientes de su casa un trajín de mil demonios. No había quien le hiciera aplicarse en sus cursos libres de Derecho. El colmo de la dejadez, de la pereza. Se tumbaba en un sillón, por pereza tocaba la guitarra, y ni a tiros lograban levantarlo. De niño lindo, poco menos que anteayer, había dado un estirón y había echado un bigotillo que no importaba para que las amigas de su hermana le siguiesen tratando maternales. Reñíanle con frecuencia, y le reñían ahora, pasados la lectura y el comentario del artículo. -«Pero, niño, Manolito, ¿por qué estás siempre tendido? ¿Por qué te estás tanto en la cama?» -«¡Aer! ¿y dónde se está mejor?» -«Pero, niño, Manolito, ¿por qué no estudias? ¿No ves Cleofé?» -«¡Aer! ¡Es uno un perro, lo comprendo! No puedo estudiar porque estoy débil, tal vez de haber crecido mucho». Tenía gracia la resistencia pasiva de Manuel, que, a lo tonto a lo tonto, sin hablar, por menos de dos cuartos, largábase en blando un disimulado sobón de codos a la primera de estas reensoras que llegara a descuidarse. Luego relamiéndose, les decía con plena franqueza a los amigos: -«¡Aer! ¡Si vieses qué duras las tiene la Fulana!» Y, naturalmente, cuantas presumían de hallarse en caso tal, excepción hecha de la Orenca severísima y la encopetada colección Jarrapellejos, prestábanse a los descuidos con el fin de que Manuel lo pregonase...

Dejaron a Manuel.

-¡Octavio! -había saltado como un grito triunfal de Petra en una reja.

Resonaban los cascos de un caballo. Corrieron todas, y Gregorio, y Gómez -éste contrariadísimo por la fulguración de alegría de la hermosa forastera a la magia de aquel hombre, después que pareció agradecerle tanto los elogios del artículo.

Fanfarroneando destrezas de jinete en un magnífico alazán de levantado rabito de plumero, a la moda madrileña, Octavio se acercaba. Diríase un príncipe. Traía su consabido traje gris de montar, gorra pequeña, casaca abierta atrás y con traba, calzón de bolsa, ajustado a la rodilla por una serie de botones, polainas avellana y espolines. Alto, esbelto, pagado de su tipo inglés con bigote color paja y de la

blancura de sus dientes, tan blancos que hasta que vino Ernesta no habíanse conocido otros en el pueblo, ya sonreíala desde largo, por lucirlos. Llegó, saludando con la fusta y la enguantada mano, metió el caballo en la acera, y luego de repartir un ramo de rosas de su quinta, reservándole a Ernesta la mejor, bastó una indicación de Gregorio, como inteligente en caballos también, para que se pusiese a ejecutar con el suyo escarceos y evoluciones.

No se diría de La Joya, ni aun de Valladolid -pensaba la vallisoletana- este hombre de veintiséis años, finísimo, guapísimo..., divina pareja para ella. La hacía el amor, y desde que le hubo conocido, era la nueva intensísima ilusión que la borró los vivos recuerdos del capitán y del tejado, poetizándola la cómica tosquedad de todo lo demás de este pueblucho.

Con la rosa en la boca, insinuó:

-¿No entra?

¡Ah! Orden de miel. Se desmontó Octavio, y le encomendó la conducción del caballo a un guardia municipal que estaba entre los chicos que se habían juntado a verle maniobrar. Ya en la sala, leyéronle el artículo de Gómez. Lo ponderó. En seguida, su amena conversación de crónicas mundanas, de viajes y teatros, monopolizó en una de las rejas a Ernesta, a Orenca y a todas las Jarrapellejos. Selección aristocrática. Las otras, salvo las Rivas, habían viajado poco y no se entretenían con estas cosas. Chafado el periodista, empezó a hablarlas mal de Ernesta; y Dulce se llevó aparte a Gregorio. Pero hasta Dulce contemplaba celosa la pareja de preferencias mutuas que formaban Octavio y la muy bella forastera.

¡Oh, sí, Octavio, aquel Octavio de las principescas cortesías, y desesperación de sus paisanas! Buscábalas ahora diariamente porque estaba Ernesta. Hijo único, su padre, muerto tiempo hacía, fue gobernador de Tarragona y de Murcia. Emparentado de lejos con el conde, mas no tan rico que varias de ellas no le duplicasen y triplicasen en caudal, hubo de educarse, mientras siguió la carrera de Derecho (aquí, todos eran o intentaban ser abogados), en casa de otros parientes marqueses y ganaderos de Sevilla, que le aficionaron a la esgrima, al *tennis*, al *polo*, al tiro de pichón, a correr y derribar reses bravas..., a las genealogías y ejecutorias de nobleza y a la Historia y la política... Por esto, y a pesar de envidiarle con

cordial odio el automóvil, cultivaba lleno de digno y filial comedimiento las simpatías del conde de la Cruz de San Fernando, senador, a la mira de sucederle alguna vez.

Atormentado prisionero de las altiveces de su estirpe, Octavio, tan feliz en apariencia, sabíase lleno de contradicciones y zozobras. Aborrecía al pueblo, y les impedía a su madre y a él trasladarse a Sevilla la falta de medios para vivir con el mismo tren que sus parientes. Podía quizás estar siendo diputado, en lugar del botarate forastero don Florián, y ni lo intentaba por no mendigarle a nadie los sufragios y exponerse a una derrota. Abominaba lo plebeyo, y un poco por las ideas modernas de sus libros de Filosofía y Sociología, y un mucho por la burla del Destino, que no le quiso hacer hidalgo millonario, ya que no también, de paso, conde o marqués, detestaba de potentados y condes y marqueses, soñando con tremendas reivindicaciones populares. Sin embargo, no toda la culpa le correspondía a la suerte, sino a los recónditos orgullos que manteníanle en su altivez innata llenándole de perplejidad: pudo ser título y magnate casándose con Berta, la audaz y bella prima sevillana que llegó hasta provocarle en su alcoba algunas noches, y... no la tocó, de horror a que sus padres pensasen que con el escándalo forzaba un matrimonio no consentido quizá de otra manera; se pudo casar con Margarita, única hija y heredera de este viudo conde de la Cruz, rica, aunque no como la otra, si bien, al revés que Berta, mística y formal, y la escasa belleza de la joven contúvole su designio oculto en una vacilación de dignidades con sobrado espacio para que ella decidiese su vocación claustral y profesara en un convento. Hoy, pues, Berta, casada con un duque, y Margarita con Cristo. ¡Ah, sí, por digno, por orgullosamente digno e indeciso él!... Lleno de nostalgias dolorosas, todavía muchos ratos desde su casa contemplaba, en la vecina del conde, por encima del jardín, aquellos dilatadísimos corrales de graneros y laneras, aquellas manadas de mulas y bueyes de labor, aquel automóvil y aquellos coches que podían ser suyos.

Harto comprendida la propia situación, y necesitando el reflexivo Octavio, en todo caso, de una boda que a la vez que le dejase éticamente tranquilos el orgullo y la conciencia le acrecentase de considerable modo el capital, al objeto de lanzarse a sus grandes esperanzas en política... claro es que al *flirteo* con Ernesta sólo le otorgaba el valor de

un pasatiempo. Había venido, evocábanle sus lujos a la noble y loca prima sevillana, más sensualmente hermosa Ernesta que la prima, a la verdad, y...

«¡Gru! ¡Gru!»

¡Ah!

«¡Gru! ¡Gru! ¡Gru!»

¡Concho! ¡El conde!... El auto, la bocina. «¡Gru! ¡Gru! ¡Gru!» ¿De vuelta?

Cortada la conversación y lo que Octavio pensaba mientras hablábale a Ernesta sumiéndose en la luna azul de sus ojos negros y terribles, vieron acercarse el automóvil. El conde, al verlas, hizo que el *chauffeur* lo detuviese. Descendió, por saludarlas y por conocer y ofrecerse a Ernesta, de cuya tita Antonia era muy amigo. El coche y él venían llenos de polvo, de Madrid; y, sin embargo, don Jesús, según le nombraban cariñosamente las muchachas, no traía balandrán de dril<sup>18</sup>, ni gorro de automovilista, ni anteojos, y sí los mismos sombrerete hongo y trajecito y corbatita negros con que aquí andaba por las calles. Pequeño y recortadito, con sus vivos y redondos ojos y su bigote cano, movía las manos pálidas en eucarística lentitud de bendición; y más que un conde, pareciole a Ernesta, admirada de la lluvia de piropos que a ella y las demás las iba derramando, una especie de tieso empleadillo setentón de notaría.

Engañábase en diez años; el conde contaba sesenta nada más. Viudo tres veces, y la tercera de una bonita Socorro de veinte abril, bien que se volvería a casar indicaba su afición a las muchachas -las cuales, por su parte, correspondiendo amables a la suave cortesía de don Jesús, habíanse amontonado una tras otra a la reja-. Manolo, en la última fila, aprovechaba el barullo para estar metiéndole el codo por un lado del pecho a la simple de Jacoba. Gómez, indignado contra este conde del canasto, que de nuevo arrebatábale la atención de las amigas, le ponía de viejo verde y avaro, en tanto él las seguía encantando, extasiando, embelesando con sus flores. -«¡Bah, el mezquino... que había comprado automóvil para no gastar en los viajes a Madrid en diligencia y en tren!» -«¡Pero, hombre -replicaba Petra

<sup>18</sup> *Balandrán de dril*: vestidura talar con esclavina, de tela fuerte de hilo o algodón crudos.

Rivas- si, siendo senador, en el tren viajaba de balde!» -«¡Bueno, por ahorrar la diligencia!...»

Marchose don Jesús, al fin, con un adiós predilecto para Octavio, con una última mirada para Ernesta, dejando atrás una estela de admiraciones entre el polvo de su auto; e inmediatamente, a una frase despectiva de Gómez, surgieron halagüeñas otras frases:

-¡Qué fino!

-¡Qué galante el conde!

-¡Qué cortés!

-Pero... ¡por Dios! iniñitas!

-¡Bah! ¡Más simpático y amable cien veces que vosotros!

-¡Ya lo creo!

-¡Claro!

-¡Claro, claro, sí!

-¡Vamos!... ¿que os casaríais con él?

-¿Por qué no?... Como Socorro.

El colmo. Oyéndolo, a Gómez se lo llevaba Lucifer. Había huido asqueado hacia el piano, y le acosaban a protestas. ¿Qué más daba la edad?... Educadísimo, agradable, guapo todavía el conde. Orenca, con su grande autoridad, y las Jarrapellejos, con la suya, llevaban la voz cantante en el coro femenino de alabanzas. Por suerte, Gómez vio aliársele a Octavio y Ernesta, quienes opinaban también, e intentaron razonarlo, que por muy bella persona que fuese el conde para amigo, era ya imposible que pudiera hacer la ilusión y la amorosa felicidad de una muchacha. Nuevas protestas, nuevo ardor de todas sosteniendo lo contrario; y como arremetían contra Gómez, cuya voz penetrante de corneta las exacerbaba, Ernesta y Octavio fuéronse a un sofá, lejos de donde Dulce charlaba con Gregorio, y del rincón de la latania, en que seguían comedidos departiendo Eduvigis y Cleofé.

-Comprenderá usted, Ernesta -dijo Octavio, jugando con los guantes y la fusta, y después de atender los dos otro momento al griterío- que antes prefiera uno morir de santa soltería que cargar con mis paisanas. Idiotas, llanamente. Vea su moral. Las almas amarillas, igual que los dientes y el pescuezo. Una tal carencia de ideales, una tal confusión de la poesía de la vida con los más toscos intereses, que de buena fe, ide buena fe, créalo, las conozco!, piensan

que pueda ser lo mismo un trovador el bruto de Gregorio, porque es rico, o un viejo, porque es conde.

-¡Qué horror! ¡Repugna eso! Y es cierto, y lo que me ha chocado más, ya que se pintan así, ¿por qué no se limpian los dientes?

-Porque no tienen sentido común, Ernesta; porque son en todo la incongruencia y la inconsciencia. Tropa de payasos. Se educan en las monjas, unas monjas cristianamente puercas y cerriles que gastamos por aquí, y éstas las enseñan que la excesiva limpieza es pecado de impudicia. No obstante, se pintan, se embadurnan lo mismo que demonios, sin que a ello tengan las monjas nada que oponerle. Cumplen la regla de la orden, que a las hermanas prohíbelas los cuidados del cuerpo y de la boca, y basta..., aunque el pintarse, en realidad, constituya la infracción más torpe de aquellas honestidades que hacen radicar en la falta de limpieza. Va con el aseo, en razón inversa, la virtud de La Joya, desde el punto de vista, al menos, religioso...; ¡y usted, Ernesta, porque se baña, se encuentra en muy propincuo riesgo de ser conceptuada terrible pecadora!...

-¡Qué gentes! ¡Qué barbaridad! -rió ella, torciéndose hacia él como a un refugio de ideal, y así ciñéndose más la opulencia de los muslos en las dóciles sedillas de la falda.

Octavio se estremeció, tan cerca envuelto en la ola sensual de vida bella y de perfumes. Queriendo disimularlo, porque siempre habían sido la fuerza suya el dominio y la frialdad, era lo cierto que se le iba metiendo demasiado adentro el esplendor de pagana gracia que efluviaba<sup>19</sup> esta mujer. Fue ella, pues, mostrándole el blanco-azul luna de sus ojos en lánguidas miradas, y el blanco nieve de los dientes en sonrisas de la roja flor amplia y fresca de su boca, la que guió ágil al pobre deslumbrado por los escabrosos derroteros a que la conversación los conducía...

<sup>19</sup> *Efluviaba*: efluía (el Diccionario recoge la forma «efluir», no «efluviar»), emanaba, irradiaba.



### III

Las Hijas de María<sup>20</sup> estaban muy contentas del trisagio. Al sexto día de la novena un ciclón barrió la plaga de langostos. -«¡Milagro, milagro!» -decían en gracias a la Virgen, repitiendo lo que los señores sacerdotes demostraban desde el púlpito-. Algunos escépticos explicábanlo de un modo natural: lo mismo que cualquiera medianamente observador, en este pueblo de las moscas, podía notar que las moscas, y las mariposas también, disminuían notablemente después de los fuertes vendavales, el ciclón, que tras una tremenda granizada estuvo soplando treinta horas entre remolinos de polvo, de tejas y de ramas desgajadas de los árboles, habría arrastrado a los voracísimos insectos. El hecho, milagro o no de la piedad divina, era que desaparecieron. No quedaba uno.

Cierto que el ciclón arrancó chozos, descuajó encinas y asoló huertas y olivares. A los arruinados por la langosta, uniéronse casi en doble número los nuevos damnificados, para pedir limosna o manifestar por las calles su sorda irritación. Véíanse negras las damas de San

<sup>20</sup> Congregación mariana formada por jóvenes que ejercían el apostolado entre los círculos de amigos y en el entorno familiar.

Vicente de Paúl, presididas por Orenca, repartiéndoles raciones, y Gómez, maligno, pronto a hacer arma política de todo, enumeraba los destrozos en *La Voz de La Joya*, y fomentaba la protesta.

Dos emisarios del gobierno, llegados tres semanas antes, recorrían los campos, en no se supiese qué estudios o qué posibles problemas de socorro. Ignorábase si su viaje obedecía al clamor de La Joya, o al de la provincia entera, y al de las próximas, castigadas más cruelmente, según la prensa de Madrid, por la plaga que aquí tenía sus perennes focos de reproducción. Vivían en la posada, y hoy, acompañados por el alguacil, que era al mismo tiempo sacristán de una parroquia, se dirigían plaza abajo a la reunión de autoridades que iba al fin a celebrarse. Junto al Ayuntamiento estacionaban grupos de braceros, al sol, sudando, con sus chaquetones pardos y sus fajas encarnadas. Al ver a los delegados, última esperanza del pobre en este rincón del mundo desamparado de justicias, hubo un conato de rodearlos e informarlos de sus quejas; pero desistieron, porque el *Mochó*, el alguacil, ex presidiario además, hombre de malas pulgas, era uña y carne de caciques.

-Si quien'ostés -dijo el *Mochó*- puen tomá café despacio en el Casino, y así lo ven.

Aunque la cita era a las cuatro, nadie empezaría a acudir hasta las cinco. Cómodo, nuevo, una joyita el Casino, con sus adornos de yeso y sus amplios ventanales. El *Mochó* les enseñó la sala de juego, espléndida. Mesa de ruleta; mesa de monte. -«¡Aer, de noche, si les tira a ostés la timbirimba!»... -«¿Quién lo ha hecho?» -«¡Aer, quién quien'ostés que l'haiga hecho: don Pedro Luis!» Veían después por la ventana los edificios, también nuevos, del Ayuntamiento y del Teatro, discordantes con los demás de la vieja plaza, e informándose acerca de quién hubiese realizado aquellas obras, obtenían igual contestación: -«¡Aer, don Pedro Luis!» La luz eléctrica, los rótulos de las calles, el uniforme de los guardias... -«¡Aer -insistía el *Mochó*, admirado de que pudieran tales cosas preguntarse-, quién quien'ostés que haiga hecho na, más que don Pedro Luis Jarrapellejos, el que lo hace to, el que pue to, el amo!» Tenía razón. A pesar de que el conde de la Cruz fuese el alto inspirador de la política, y de que sus consejos, y aun en cierta manera los de Octavio, como joven serio y orientado a la moderna, se oyesen en determinadas ocasiones, don Pedro Luis, campechanote,

era el que mandaba, en íntimo contacto con el pueblo. Sin haber querido serlo nunca -«¿pa qué?», contaba el *Mochó*-, él hacía y deshacía los diputados y traía los de coronilla... Un tanto molestos por la omnímoda autoridad del cacique, ambos delegados, en su condición de representantes del Gobierno, burláronse ligeramente del uniforme de los guardias.

Y, sin embargo, dos personas que cruzaban la plaza entonces, Octavio y Juan Cidoncha, iban precisamente lamentando la insignificancia de aquella comisión a que el Gobierno, y como siempre, encomendaba la tardía salvación de la catástrofe. Ni ingenieros, siquiera. Pobres diablos de peritos agrícolas con los que no sabrían qué hacerse en la capital de la provincia y se ganaban unas dietas.

Los grupos de trabajadores le abrían respetuosa calle de saludos a Cidoncha:

-¡Don Juan, que lo diga osté!

-¡Don Juan, que no nos abandone!

Medias palabras. Ansias contenidas por temor a Octavio.

-¡Descuidad, hombre, descuidad! -calmábalos Cidoncha, con un gesto de firmeza en que refulgía la serenidad de la razón.

Entraron en el Ayuntamiento. El portero les pasó a la desierta sala de sesiones. Sentáronse, a esperar. Cidoncha habíales hablado a aquellos infelices en el Liceo de Artesanos varias noches. Próxima la siega, venía recomendándoles que se uniesen al objeto de impedir la desastrosa competencia de sus propias hijas y mujeres. Ellas, según costumbre inveterada, iban a segar, a reventarse al sol los días enteros por una peseta, y ellos veíanse precisados a emigrar durante esta época del año, en busca de un jornal de cuatro o cinco. Le habían pedido a Cidoncha que les representase en la reunión, para esto y para todo.

-Sí, hombre -le animaba Octavio- aprieta bien. Y, además, los debías organizar en Sociedad de Resistencia. ¡Pobre gente!

No podría ayudarle él, por su especial posición entre amigos y parientes; pero vería complacidísimo que se empezase a quebrantar el régimen de feudo. Íntimos los dos, con el alma abierta a las noblezas de la vida, siguieron abominando de las arcaicas miserias de La Joya y de España. Mientras moría de hambre y suciedad la mitad de la

nación, el Gobierno, heroicamente enfrascado en discutir en las Cortes si era constitucional o no la última crisis de las cuatro habidas en un mes, creía cumplir con comisiones o bromas de Gaceta. Pan y duchas, he aquí la fórmula de la general redención para Octavio.

-Sí, sí, Juan -insistía, reforzando su argumento, a la vez que le informaba de cosas de esta Joya, donde Juan llevaba pocos meses-; un país de idiotas, de famélicos, de sucios. No se come. Lo mismo que ves ahí fuera a esos extenuados de fatiga, acartonados por el aire y por el sol, fíjate y advertirás que hasta la mayor parte de los ricos llevan crónico en la cara el rastro de la debilidad, del *salón*<sup>21</sup> de oveja muerta que consumen. Crían ganados excelentes y los venden en Madrid. Guardar, atesorar, ochavo a ochavo, o jugar a la ruleta. Nos diezman las epidemias y nos abruman las plagas, con gran contento de don Pedro Luis y de sus bravos corifeos, que así afirman el dominio. La miseria sirve para prostituir a las mujeres y para volver a los maridos borrachos y gandules. Régimen de servilismo, en fin, que envejece los cuerpos y las almas de pura hambre y porquería, mal disimuladas por las *cloróticas*<sup>22</sup> muchachas con caretas de albayalde; y, ya ves tú, porque soy un poco independiente y tengo cuarto de baño en mi casa, y porque tú te bañas y han averiguado que se baña Ernesta, nos juzgan raros a los tres, y a ella punto menos que una...

Se irritó; sabía que circulaban soeces comentarios acerca de los aseos de Ernesta, acerca de ciertos detalles de sus íntimos cuidados, sobre todo, pues nadie al parecer entendía que una joven necesitase ser tan absolutamente limpia desde el pelo hasta los pies, y vestirse al interior con tan rabiosa pulcritud, como no fuera... «para dejarse desnudar», y olvidó sus dolores sociológicos lanzándose a charlar de la hermosa calumniada.

Sólo con Cidoncha permitíase tales confianzas el prudente, el altivo Octavio. Se conocían desde pequeños, de haber estudiado juntos en Sevilla; y si bien la distinta posición los apartaba, porque Cidoncha no era más que el hijo de un humilde labrador de Grazalema, habíalos unido con viva simpatía el talento y la afición a los estudios. Cidoncha

<sup>21</sup> *Salón*: carne conservada con sal (salazón).

<sup>22</sup> *Cloróticas*: anémicas, pálidas (una palidez producida por la deficiencia de hierro en la dieta).

siguió la de Ciencias, a más de la carrera de Leyes. Se fue a Madrid, ganoso de horizontes, lleno de esperanzas, y su pobreza y su rígida honradez, que repugnaban los medios de indecoro, le hicieron fracasar en el intento de meterse, por recomendación de un caciquillo de su tierra, a periodista. No había perdido la relación epistolar con Octavio, y éste le proporcionó la cátedra que ahora desempeñaba en el colegio de La Joya, adjunto al Instituto.

Modesto, con modestia de perdones y condescendencia para todo, encastillada en su filosófico concepto de las cosas, a plena fe creía en el poder virtual de las ideas y en un porvenir mejor del mundo hecho por la ciencia y por la higiene. Habíase instalado aquí en un blanco cuartito limpio, de los abuelos, por cierto, de la famosa Isabel, de la famosa *Fornarina*, y lejos de envanecerse con la amistad de Octavio, redujo su vida desde luego a las obligaciones del colegio, donde explicaba Agricultura y procuraba aficionar a los alumnos con un pequeño campo de experimentación; a organizar en el Liceo clases de dibujo y artes aplicadas, siendo él el profesor de casi todas, con gran sacrificio de su tiempo; a la gimnasia sueca y a pasear solo fortaleciéndose con el metódico ejercicio al aire libre, cuando no le buscaba Octavio, distraído en los deportes y tertulias, y a conversar y bromear con Isabel, admirando su belleza, en las frecuentes ocasiones que iba a visitar a los padres de su madre la alegrísima muchacha. Una gloria verla tan lozana entrar, llena de harina: cerraba el libro *Cidoncha*, y de extremo a extremo de la mesa reían y charlaban largamente, en tanto trajinaba fuera la abuelita. Al principio, estas visitas de la joven habían sido raras y sin orden; ahora, cada noche, novios ya; y por nada de la tierra dejaba de esperar a Isabel el profesor.

Las señoritas, que habían acogido indiferentes la llegada del humilde forastero, acabaron por fijarse en sus corbatas, en sus cuellos limpios, en sus empaques de hombre no vulgar y en el absoluto desdén que las mostraba: ni una vez intentó acercarse a ellas. Los señoritos, los hombres, por su parte, rectificaban, enteramente desorientados, con motivo de Isabel, el concepto de fatuo apóstol con gravedad de burro que les hubo de merecer el catedratiquillo al contemplarle solo por los campos. No concurría al casino de señores, y de vuelta del paseo solía tomar cerveza en el Liceo con la gentuza. ¿Era posible que un

tipo así hubiera venido a que se le entregase sin más ni más la *Fornarina*, incluso buscándole en su casa, inecia!, cuando había sido y seguía siendo la de ella el paso de procesión de tantos como la acosaban ofreciéndola dinero, collares y sortijas, hasta fincas y matanzas?

Acerca de estos asuntos del corazón, tanto o más que de sociologías, placíanles a Octavio y Juan las confidencias. En el profundo abandono de algunas noches de luna por el puente, oyendo cantar los mirlos en los sauces, aquél había llegado incluso a contarle al discreto amigo su aventura con la prima sevillana. Ahora se empeñaba en la no fácil tarea de describir física y moralmente a Ernesta; evocaba de ella encantadores gestos y audacias a que la conversación parecía arrastrarla sin querer. Creía Octavio en la complejidad de las almas femeninas. Ardua cuestión la de fijar por apariencias los quilates del fondo de virtud de una mujer, y de una mujer a la moderna, especialmente.

-Bueno, pero, ¿estáis en relaciones?

-No, Juan; aunque como si lo estuviéramos, de hecho. No debo proceder con ligereza. Es demasiado guapa para que pueda uno estar cierto de no llegar hasta la burrada de casarse, con tal de verla suya, si no cediera de otro modo. Exponerme a un riesgo así, sería insensato. En primer lugar, porque Ernesta, a pesar de que yo no creo que se comprometiese irreparablemente en su valisoletano lance del tejado, pues que no hubiese olvidado por mí tan pronto al capitán, ni fuese su padre tan tonto que con él opusiera a la boda, es al fin y al cabo una mujer frívola, acaso un poco bruta, y sin duda de mucho menos valor espiritual que plástico. En segundo lugar, tampoco su posición me convendría; le falta capital; y aparte mezquinas ambiciones, y no tratándose de quien con sus cualidades ofreciese la garantía de una sólida ventura, lógico es que busque una esposa que aporte al matrimonio siquiera lo que yo. La vida impóneseme con grandes exigencias, so pena de renunciar a ser diputado algún día..., gobernador, como mi padre...

«Ministro, quizás... y con harto más motivo que los tantos que lo son en este desgraciadísimo país de los ministros botarates» -iba a haber dicho.

Pero se contuvo ante el ecuánime Cidoncha, que de puro servil ni adulator limitábase a escucharle sonriendo; y con otra pregunta,

recíproca de la que le había hecho él, volvió a las cordialidades su ímpetu altanero.

-¿Y tú, Juan, y tu Isabel?... ¿marcha la cosa?

-Sí; desde anteayer... ¡no! ¿Cuándo fue la última vez que estuve a verte?

-El lunes.

-Justo. El lunes. Desde el día siguiente, hace tres, va también por las siestas a mi casa. ¡Oh!

Reflejó tal inefable dicha la frase, cortada por el dichoso para engomar y encender un cigarrillo, que Octavio palideció, mirando con envidiosa ira al buen amigo que, no obstante su faz de inteligencia, lucía en la angulosa cabeza pelada a rape la estirpe del patán. Por él había ido sabiendo cuándo Isabel le consintió cogerla una mano, besarla una mano, besarla en la cara una vez..., una sola vez y con juramento de no volver a consentírselo... ¿Era ahora el triunfo, la entrega total de aquella incomprensible *Fornarina*?... Sin que se pudiese decir que Octavio había formado nunca en la grotesca turba de sus asediadores, no dejaba de ser cierto que la había mirado al pasar a caballo por la ermita, que por hacerla su amante hubiera dado un mundo, que a ella no habíala parecido mal la rubia gentileza del jinete..., y que él, por el vanidoso temor a un desaire, nunca la dijo nada, así dejándosela a este bueno de Cidoncha. ¡Ridícula, bien ridícula, a la verdad, la indecisión, la perplejidad orgullosa que hacía andar rematadísimo mal de todo, hasta de *lumias*<sup>23</sup>, en un pueblo donde a puntapiés teníanlas cada títere, y las criadas y pastoras parían más que las ovejas!

Prolongábase la pausa del cigarrillo, cual si Juan, tendido en la butaca, saborease el humo y los recuerdos, y Octavio le excitó:

-¡Bien! ¡Qué! ¿Todo? ¿Yá?

-¡Oh, no! -repuso Juan-. Va por las tardes... ¡Verás! Tú sabes que soy aficionado a la pintura; no habrá otro, ni mejor ni peor, por lo visto, en La Joya, y enteradas las Hijas de María, me escribieron, aunque no debo de serlas agradable, enviándome un cromo y rogándome una copia al óleo para un estandarte de la Virgen. Accedí,

<sup>23</sup> *Lumias*: prostitutas.

y de acuerdo con Isabel estoy haciendo, en vez del cromo, su retrato. A Isabel, que no debe de serlas tampoco muy simpática, le divierte eso de que, como los señoritos la veneran a prueba de desdenes por su puerta, ellas y todo el mundo tenga que adorarla en imagen por las calles. Llega a las dos. Trabajo hasta las tres. ¡Una morena virgen graciosa, ciertamente, con la bella faz de todas las purezas en su misma travesura juvenil!

-Pues... que dure, Juan, que dure... O, mejor dicho, ¡perdona! que no dure.

-¿Cómo... que no dure? ¿Qué?

-La virgen, en persona, para el pintor que va consagrándola en efigie.

Tardó Juan en comprender. Se incorporó, con un gesto de respeto:

-¡Bah, no!; te digo que... al contrario. Cada vez más cerca de mí, en la confianza de mi cuarto, y cada vez más lejos. Sigo rectificando mi juicio de Isabel. Se la juzga una loca complacida en agrandar, a la espera de la venta de su honra en la elección más acertada, y, ni yo mismo, engañado también por su fama y por su corpachón de mujerota, acababa de entender que no es más que una candidísima niña de diez y ocho años, rebosando la alegría de la juventud, de la salud y del triunfo en que la tiene el perpetuo asedio de los hombres. «El señorío de La Joya me ha espantado los novios de mi clase» -decíame la otra tarde, tratando de justificar «por qué era novia mía, la novia del señorito menos señorito y menos antipático»-. Quise abrazarla, y lloró. Estaba divina de honradez y de belleza. Sincero, la dije entonces que yo no era un «señorito», sino el hijo de unos pobres, como ella; y por su madre y por mi madre, la juré el respeto que a una hermana. Tan sincero, Octavio, brotó este sentimiento de mi alma, que aquella noche no dormí, ni duermo a gusto desde entonces, a fuerza de pensar si no estará pasando la felicidad a mi alrededor, en esa sola vez que se nos brinda en la vida, con Isabel, con la delicadísima criatura digna de todo sacrificio, a trueque, como tú decías, de *la sólida ventura* que acaso sea capaz de forjarle al hombre que la cautivó en un poco de delicadeza (aunque torpe yo para otras empresas creyese lo contrario), entre tantos como ofrécenla billetes y sortijas.

Octavio se le quedó mirando fijamente. Era él quien tardaba esta vez en comprender, a pesar de la claridad de lo que oía.

-¡Chiquillo!... pero... ¿casarte? ¿Hablas en serio?

-¿Por qué no?... De pobre a pobre, vale más Isabel, y es más inteligente y discreta que cualquier pobre señorita a la cual yo hubiese de aspirar como una carga de estultez y de cintajos. Señorita también, sólo con vestirla, hay en ella la sana bondad de corazón y los hábitos de laboriosidad, de que tú y yo hemos hablado tantas veces, y tan importantes para las madres que hayan de empezar a darle a nuestra patria los futuros ciudadanos.

-¡Bravo, Juan! -no pudo menos Octavio, caluroso, de aplaudirle.

Y como Juan guardó silencio, solemne de serenidad, él, Octavio, sobre Juan vertiendo en admiraciones y respetos su sorpresa, enmudeció asimismo con una emoción compleja de íntima alegría por aquellas inesperadas honradeces de Isabel que le libraban del dolor de verse arrebatada por otro una posible y guapísima querida. No fue torpe, pues, sino avisado, no intentándolo siquiera...; y los torpes y los tontos serían estos que seguían acosándola para quedarse con un palmo de narices...

-¡Bravo, Juan! -repitió-. Siempre también creí notar en esa *Fornarina*...

Hubo de callarse. Abierta la pesada puerta con estruendo, entraron al salón los dos comisionados y cuatro o cinco concejales. De éstos, borracho, alegrito cuando menos, uno, Mariano Marzo, del *Curdin-Club*. Se acercó a saludar a Octavio y a Cidoncha, con su flamenca simpatía que llenábalo todo de sonrisas y de ademanes desenvueltos.

Minutos después llegaban el juez, el registrador y unos cuantos propietarios. Luego, más concejales, el síndico, el alcalde, cinco curas. Pasada la hora de plazo que a la pereza de los joyenses se le solía conceder en toda cita, iban acudiendo *puntuales*. Dos médicos. Detrás el capitán de la Guardia Civil. En seguida otro grupo de respetables contribuyentes; y solo, desafiador con su áspero bigote y su rechoncha traza de limpio zapatero, Gómez, que, luciendo un número de su periódico y lápiz y cuartillas, fue a aislarse en un rincón, como al *banco de la prensa*. Llenábase el salón. Oblicuo el sol, entraba por los tres balcones. Un horno aquello. Empezaba a oler muy mal. Últimamente, con su gigantesco y barbado *adlátere Zig-Zag*, apareció el no menos barbado y gigantesco señor Jarrapellejos, haciendo al

concurso levantarse entre un murmullo de saludos. Subió al estrado. Le desparramó a uno encima, sin querer, la lumbre de su puro. A Octavio le dio un apretón de manos. El alcalde le brindó la presidencia. Él, modesto, sonriente («¡Nada de molestarse, señores, señores! ¡Y vamos a empezar!»), prefirió un lado de la mesa, junto a Gregorio, el *Garañón*, que, al volver a sentarse, se arreglaba la cruz del pantalón, con las piernas en paréntesis.

-¡Aer! ¡Contra con don Pedro Luis! -decíase a sí mismo en la puerta el *Mocho*, admirando su llaneza-. Hasta para él había tenido una afectuosa palmadita. ¡Quién se lo hubiese dicho al furtivo cazador, cuando estuvo en el presidio justamente por matarle un guarda!

Y era lo que irritaba a Octavio, que no podía sufrir en Jarrapellejos esta especie de impúdico servilismo a la inversa con tal de asegurarse el de las gentes.

El alcalde tocó la campanilla.

-Señores: en vista de las circunstancias que atravesamos, se ha convocado a esta reunión con el objeto..., se ha convocado a esta reunión para... para...

Titubeó. No lo sabía.

Le acorrió don Pedro, a media voz:

-Hombre, Fabián... para dar cuenta de los trabajos hechos en la extinción de la langosta, para ver de remediar la situación y para oír a los peritos.

-Eso es... para dar cuenta de los trabajos de extinción de la langosta, para...

Repitió la frase, y en giros llanos, pero nada torpes, púsose a pormenorizar aquellos municipales trabajos de extinción. No, no, Fabián Salvador, el padre de Purita, no era torpe, sino, al revés, un despreocupado de los formulismos y responsabilidades de su cargo que, con hábiles improvisaciones, salía de atolladeros. Antiguo camarada de don Pedro Luis, el juego le arruinó, y don Pedro le hizo alcalde. No había más alcalde que él, desde que empuñó la vara, seis años atrás. Se le vio rápidamente reponerse... alzar la hipoteca de su casa, comprar tierras, lucir de nuevo a la familia por la carretera del puente en coche... Los fieles amigos achacaban tal prosperidad al simple hecho de haber perdido el vicio a la banca; Gómez, en cambio, portavoz del siempre postergado y pequeño grupo conservador, en su dichoso

periódico no dejaba de largar insidias sobre los trigos del Pósito, la venta y los arriendos de la dehesa boyal y los Consumos, las contratas de obras del Teatro y del mismo Ayuntamiento. Se le dejaba despotricar, a Gómez, hombre de puños. Después de todo, maldito si nadie hacía caso de *La Voz de La Joya*.

Puntualizaba, puntualizaba el alcalde la labor municipal. Gasolina, treinta y dos latas. Vigilancia de guardias rurales a caballo avisando a tiempo los sitios en que amenazaba la langosta. Ciento treinta y tres peones conteniendo la plaga con zanjas y barreras... -«Bien, sí; poco y malo -saltó del fondo del salón la voz metálica de Gómez-. Y aun ello, no para los Valles; para fincas, donde no hacía falta, en realidad, de cuatro paniaguados». -«¡Fuera!», se gritó; y siguió el orador, impávido. Dada la insignificancia del fondo de calamidades y lo difícil de aumentarlo, proponía una permanente asociación particular contra las futuras eventualidades de la plaga, por medio de suscripciones, o quizás, mejor, un recargo de las cédulas. Así tendríase siempre gasolina. «El municipio ha cumplido bien, dentro de sus medios, y... He dicho.» Una salva de aplausos sancionó la gestión del municipio. Surgieron algunas protestas de la gente que en el pasillo se agolpaba, detrás del *Mochó*, y se amenazó con mandar desalojar. Les fue concedida la palabra a los peritos..., sino que ya un cura, don Roque, habíase anticipado, levantándose.

Largo sermón de voces destempladas y tonos conminatorios. El público, al cuarto de hora, bostezaba. Entendía don Roque, adornándolo con citas en latín, *Trahit sua quemque voluptas*<sup>24</sup>, que todos los males del pueblo no eran más que un castigo de la cólera divina a la inmoralidad y la incredulidad. (-«Oye, éste -le inquirió a Octavio Cidoncha- ¿no es el querido de la madre de Purita Salvador?» -«Sí, de la alcaldesa. Ata esa mosca por el rabo.») Habló de «Gomarra y de Sodoma». (-«¿Gomarra o Gomorra?» -dudó el registrador. -«Hombre, no sé; me suena aún más Gamorra» -vaciló también el juez.-) Quería que, en vez de profanas suscripciones, y puesto que ya funcionaba la hermandad de San Vicente, constituyéranse para darle al culto mayores faustos que habrían de aumentar la religión... Se le aplaudió mucho.

<sup>24</sup> "*Trahit sua quemque voluptas*": A cada uno le arrastra su pasión.

-¡Pido la palabra! -gritó Cidoncha, indignado.

Le fue concedida, dejando a uno de los delegados sentarse nuevamente. En contraste con la hueca oratoria de don Roque, produjo expectación la del profesor de Agricultura, reposada, pero enérgica. Unas invocaciones suaves a la humana fraternidad, y pasó en seguida a proclamar que no debía concederse de limosna lo que debía otorgarse por derecho. La miseria presente se podía conjurar, en parte, evitando el mezquino y cruel ahorro que representaba el que las mujeres trabajaran y los hombres emigrasen en la siega. Solicitaba para éstos, además, el reparto del trigo comunal del Pósito y la condonación de arriendos de unas fincas, de la dehesa boyal o de las particulares, cuyas cosechas habían perdido por culpa de la ajena incuria. La langosta, según la frase consagrada, no era más que *la piojera de los pueblos*. La sufrían los que no querían limpiarse. (-«¡Bravo!» -aventuró Octavio tímidamente, si bien provocando murmullos de aprobación hacia la puerta-. El alcalde, sonriendo a Octavio, amenazó con la calle a los de fuera del salón.) Y, ahora bien, el modo de limpiarse, el único modo de limpiarse, dejando por siempre a un lado gasolinás e inútiles socorros, estaba en roturar las dehesas, donde desde tiempo inmemorial venían aovando los langostos. Esto era tan sencillo, tan breve, en la región, en España entera, vergüenza de naciones, como limpiar con un peine y un poco de jabón la cabeza de un muchacho. -« ¡Ay de los que, no haciéndolo -terminó-, fueran culpados de la tremenda responsabilidad cuando los humildes acabaran de enterarse!»

Hubo que acallar otra vez a los humildes. Fuerte rumor de contraprotesta en el salón. -«¡Ay, ay, anarquista! -glosó al oído del vecino un viejo propietario-. ¡Me parece que en La Joya te vas a caer con el equipo!» Y levantado, pudo al fin tirar de papeles el más gordo de los emisarios del Gobierno. Memoria. Ciñéndose a lo de su incumbencia, leía los técnicos datos obtenidos por las calas y sondeos. Más de diez minutos con la enumeración de las dehesas en donde aovaban los langostos, y que deberían ser roturadas: *Iboleón*, *Las Margas*, y *El Terrajo*, de don Pedro Luis Jarrapellejos; *Camuñas* y *Zorita*, de don Roque Jarrapellejos; *Las Pelas*, de don Romualdo Jarrapellejos Galván; *San Fernando* y *Piedras Blancas*, del señor conde de la Cruz de San Fernando; *Gorgorillas*, de don Andrés Rivas Falcón; *Zarzalejos*, de don Gregorio Falcón Jarrapellejos (saltaron Rivas y el *Garañón* en sus

asientos, poco menos de brutales); *Monterrubio*, del señor duque de Monterrubio, de Madrid; *San Beltrán*...

Siguió la lista. Acabó la lista. Octavio se tranquilizó. -«¡Estúpidos!» -pensaba, a pesar de su íntima alegría-. Habíanse limitado a la zona norte. No habían ido por su dehesa. Pero, irritadísimo el señor Rivas, con su respetabilidad de grueso y viejo propietario, y con voz torpe de cañón, acalló los «¡bravo, bravo!» y los «¡muy bien!» del mal bicho de Gómez, para afirmar que, siendo La Joya un pueblo esencialmente ganadero, sería una atrocidad meter los arados en las dehesas. La langosta, al salir, en abril o mayo, dañaba poco las hierbas; y, salvadas éstas, nada importaba que algún año se comiese los sembrados. -«¿Quiénes son labradores aquí?... ¡Cuatro gatos, cuatro gatos!... También yo y todos nosotros tenemos trigos y cebadas, y algunas veces se los comen. ¡Qué más da! ¡No seré yo quien se ponga a roturar, ni aunque me aten. Y de mi parte, al menos, pueden ustedes decirle al Gobierno, señores comisionados, que si quiere arar las *Gorgorillas* habrá de ser por su cuenta y mandando más ejército que al moro!» Se sentó, dando en el brazo de la butaca un puñetazo que le pilló un dedo a Gregorio.

Grandes aplausos. Gómez vociferaba inútilmente. Hízose la calma, y nadie más quiso intervenir. ¿A qué? Quedaba perfectamente manifiesta la voluntad de la asamblea. A Mariano Marzo, orador fluido, y a impulsos de sus borracheras rebelde en ocasiones, le habían reventado el discurso que traía dispuesto, acerca de la necesidad de roturar. Se levantó don Pedro Luis, y resumió, no sin sorpresa de todos; la roturación parecía lo único urgente e importante; se debía proceder de acuerdo con la Dirección de Agricultura, en vista de aquellos datos que presentarían los señores delegados, y que, por lo demás, ya existían de años atrás en los centros oficiales. Para lo restante, relativo a los socorros, una comisión de estudio quedaría nombrada *incontinenti*. Era don Pedro Luis, y nadie rechistó. La comisión fue nombrada: presidente, el señor cura, don Roque Jarrapellejos; vocales, otros dos señores curas, Mariano Marzo y Gregorio... que ya bajaba los estrados arreglándose la cruz del pantalón.

Con el alcalde, los últimos, permanecían don Pedro Luis y el grupo de parientes y altos propietarios. Rivas, bufaba. -«¡Lo que es yo no doy un real más a suscripciones; y creo lo de roturar un disparate!»

Calmábale el diplomático cacique. -«Pero, hombre, Andrés, pareces tonto; ¿qué suscripciones de Dios ni qué roturamientos? ¿Te piensas que de esa comisión resulte nada, ni que el Gobierno se acuerde de aquí a un mes de la langosta?» -«Pero... ¿y si se acuerda, tú?» -«Si se acuerda, con hacernos los suecos, como siempre, en paz. ¡A fe que el duque de Monterrubio no anda al medio, allá en Madrid, por si no sobrase con nosotros!». Se admiraron.

He aquí el hombre que sabía quedar bien con todo Cristo.

Efectivamente, en la puerta, cuando salía con *Zig-Zag*, los mismos braceros rindiéronle una ovación más grande que a Cidoncha.

*Zig-Zag* y don Pedro Luis se fueron paseando hacia la ermita, situada a medio kilómetro del pueblo, al lado opuesto del puente y de la Ronda. Reanudaban la conversación que habían traído antes, de Isabel. -«Y bien, ¿tú crees?...» Sí, creía *Zig-Zag* todo lo del profesor música celeste. Un pelagatos más feo que Carracuca. La chica fingía aquello para darles *guayaba*<sup>25</sup>, y nada más, a los que andábanla rondando. Visto el juego de ella y de la madre, como en todas: hacer rabiarse un poco, aguardando un buen postor.

-No, caramba, tú..., que ya llevan tres o cuatro años del juego; desde que Isabel tendría catorce.

-Y qué. ¿Quién la ha dicho nada formalmente? Mucho la gente en la cruz, frente a la ermita; mucho florearla y seguirla, pensando cada memo que por su cara linda la pueda conquistar, y poco ofrecerla más que algún billetejo de diez duros o zarcillos de la feria.

-Gregorio, sin embargo...

-¿El *Garañón*?... ¡Bah! Echarle a la *Cegata* con la pretensión de llevársela por tres pesetas diarias a una finca. ¡No es la Isabel mujer para alchahuetas ni esos precios!

Escuchaba atento Pedro Luis. *Zig-Zag* era una autoridad en la materia. Moreno bronceado, de rizada barba negra terminada en dos puntas, que le llegaban al pecho; guapo y arrogante como un guerrero moro, justamente le debía el mote a su exacta semejanza con el moro de los libritos de papel de fumar *Zig-Zag*. En cierta ocasión, habiendo ido con los prohombres de La Joya a cumplimentar al rey Alfonso

<sup>25</sup> *Darles guayaba*: darles largas (en América, “guayaba” es mentira, embuste).

XIII, al paso de éste hacia Lisboa, por la estación de Las Gargalias<sup>26</sup>, le dijo: «¡Caray, caray; su majestad estará cansada!»... y con motivo de tal frase, que dio mucho que reír, algunos llamábanle *Caray*; pero prosperó más y le quedó, en definitiva, aquel otro sobrenombre de *Zig-Zag*. Ex albañil medianamente enriquecido, jugaba al monte, organizaba las cacerías de los señores, acompañándoles no pocas veces para servirles de broma y diversión; buscaba minas, mentía bastante y, a pretexto de que acostándose primero su mujer hartábanse en ella los chinches y mosquitos, que luego, gordos y reventando de sangre en las paredes, a él no le picaban, pasábase solo las noches enteras recorriendo en alpargatas las calles de La Joya, y husmeando líos por tapias y por rejas. Lo notable estaba en que, tiernamente enamorado de su esposa (salvo en aquella egoísta desconsideración de los chinches y mosquitos), nunca trataba de aprovecharse de los secretos que iba descubriendo -dichoso, nada más, de podérselos participar a los amigos-. Él era el primero en saber las pastorcitas y artesanas que se echaban al raso, si no se le anticipaban los mismos que lograban deshonorarlas, y él garantizaba las purezas materiales de Isabel, hasta la fecha, por las calmas nocturnas de la ermita.

-De modo, que... tú opinas... -insistía don Pedro Luis, tornando al otro extremo de la conversación tenida antes.

-¡Que sí!... Que la langosta y el ciclón los ha dejado a perdone usted por Dios, que me consta que el padre ha ido a pedirle mil pesetas a réditos al *Zurdo* para atender a la tahona, que sé que el *Zurdo* no se las ha querido dar, sabiéndole arruinado..., y que están pasando *las morás*, y que esta es la ocasión de que usted le ofrezca a la madre lo que quiera.

Se habían sentado en la escalinata de la cruz. Miraban la puerta de Isabel. La pintoresca vivienda de ella, al borde de la carretera, aislada de las demás del pueblo por huertos y cercones, era una abandonada ermita que habían comprado y arreglado sus padres. El atrio, cerrado con tapias y convertido en jardín, por encima de las frondosas copas de una higuera y un nogal dejaba ver el cimborio de

<sup>26</sup> *Gargalias*: no existe como topónimo, aunque sí el cercano fónicamente “Gargáligas”, un caserío en el municipio de Puebla de Alcocer.

tejas renegridas entre una ruidosa volatería de gorriones, de vencejos, y la azoteílla del antiguo campanario, sin campanas. Otro campanario que había tenido un esquilón, a media curva del cimborio, tenía ahora un nido en que estaban criando las cigüeñas; y justamente, a pretexto de cuidar de los cigüeños, de darles de comer, todas las tardes subíase allí la *Fornarina*, sin más objeto, en realidad, que coquetear dejando que de lejos la admirasen los tenorios de la cruz.

-¡Mírala! -le dijo don Pedro Luis a *Zig-Zag*, largándole un codazo.

Acababa de aparecer en la azotea, armada del cestito y de la caña.

-¿Eh?... ¡La... niña! Nos ha visto, sin duda. Se anticipa. ¡Me parece, o yo estoy tonto, que la cosa significa algo para usted!

Se estremeció Jarrapellejos, se sonrió. Hombre listo, dudaba, sin embargo. En esta trabajadora familia, que con la tahona vivía desahogadamente; que, arrendada o no, disponía además de una labor de dos yuntas de borricas y de un carro, ¿serían verdad sus grandes apariencias de honradez, o entraría en sus cálculos vender a la muchacha?...

¡Ah, *Fornarina*!... Ni él ni *Zig-Zag* hablaron más, extasiados de belleza. Por encima de las tapias, por encima de los árboles, en la aérea azoteílla, la gentil silueta de arrogancia se recortaba contra el cielo. Tenía a la cabeza un pañolillo de seda azul, atado atrás, a la turca, y llenos de harina la cara y los arremangados brazos. Iba sacando del cesto pan o lo que fuera, prendiéndolo en algún alfiler de la cuerda sujeta a la punta de la caña, y dándoselo a los cigüeños... que abrían el pico, empinándose torpes en el viejo nido de pastos y malezas.

Aparentando no haber visto a los que allí abajo la admiraban, de espalda a ellos, así mejor podía lucir las esbelteces del talle y la poderosa redondez de la cadera al inclinarse a la baranda.

-¡Qué mujer, Virgen Santísima! -ponderó *Zig-Zag*-. ¡Parte un napoleón<sup>27</sup> de un cuesco!

«¡Guarro!» -pensó don Pedro Luis, a quien la hermosura delicada de Isabel inspirábase poéticas ideas.

<sup>27</sup> *Napoleón*: moneda de plata de cinco francos, que tuvo curso en España con el valor de diecinueve reales.

Volvió a dudar. ¿Justa la fama de honrada irreductible de su madre o estrategia para explotar mejor a la chiquilla?... Un pensamiento, de pronto, púsole de pie: «En todo caso, bueno fuera no desperdiciar la ocasión de sus apuros para obligarla con un préstamo..., con un préstamo que tal vez no le pudiese pagar, al fin, más que con la niña».

-¡Espérame! -díjole a *Zig-Zag*, sin más explicaciones.

Y con la urgencia de dejarlas, siquiera, obligadas cuanto antes; de que otros, Gregorio tal vez, no le ganasen por la mano..., pasó junto al pilar, cruzó la carretera, y llamó a la puerta de la ermita.

Dejando su distracción en la azotea, le abrió la propia *Fornarina*, a quien la tapia y las ramas del nogal habíanla impedido mirar quién fuese.

Al verle, púsola encarnada la sorpresa. No ignoraba que le debía su apodo, grato al fin, a este viejo galanteador que siempre decía cosas por las calles.

-¡Hola, don Pedro! -sonrió.

-¡Hola, Isabel! ¿cómo estás?

-Bien, ¿y usted?

Entraba él, venciénola la pasiva y leve resistencia.

-Muy bien, gracias -respondió; y hubo de añadir, dándola *paternales* palmaditas en el hombro, según costumbre suya con las jóvenes:- Tú, tan guapa, tan ingrata, digna de ser la reina de España. ¿Y tu madre? Querría hablarla.

-Ha salido.

-¡Oh! ¿Estás sola?

Ella, alejándose, sacudiéndole de un manotón el brazo, porque tocábala la cara, repuso:

-Está mi padre. ¿Le llamo?

-No, mujer; no es igual; querría hablar con tu madre y contigo. ¡Qué arisca eres! Y qué simple, además; ¡mira que haber ido a enamorarte, según dicen, de ese tonto de Cidoncha!

-¿Tonto?... ¿Cree usted, don Pedro?

Sonreíale, pícara, habiendo dejado al medio, por defensa, unas cubas de azucenas. El hábil camastrón<sup>28</sup> confirmaba el gusto de

<sup>28</sup> *Camastrón*: persona disimulada y doble que espera la oportunidad de hacer las cosas.

señoríos de la hermosísima muchacha en sus botas finas, de punta de charol, y en el corte de aquella ceñida y vieja falda que se ponía para el trabajo. Nada de refajos ni *aparejos redondos*.

-Y si no es tonto... peor para ti, Isabel. ¿Qué vas a sacar de un hombre así? Tú, con ese cuerpo, con esa cara, con sólo que lo quisieras, podías tener... hasta coche en La Joya..., como otras que lo tienen.

Fue recogida por la singular burlona ruborosa la alusión a Orenca. Sonreía, sonreía..., y acercábase don Pedro. Pero ella dio otra media vuelta a las macetas, prestamente.

-Qué, ¿aviso a mi padre?

Con una mano le estaba indicando la puerta, con la otra, el sitio de atrás, de los corrales, en donde su padre estaría. Era una alternativa, tan suave como firme que desarmó al tenaz.

-Bien; avísale, mujer.

Pero al verla ir, en un revoleo de faldas que la descubrió un poco de la prodigiosa pierna por encima de la bota, la llamó:

-Oye, oye, niña, Isabel, ven, primero..., te iba a decir...

-¡Qué!

-Ven... ¿Qué prisa tienes?... ¡Acércate!

-¿Para qué?

-Para que sí; ¡escucha!... ¡Voy a comerte, quizás?

-No -dijo ella, volviendo-; a mí no me come nadie, y bien lo sabe usted, don Pedro. ¿Qué quiere?

Cauta, no obstante, dejaba ahora entre los dos una especie de estanquillo que estaba al pie del pozo. Y como su sonreír de burla y seguridad acabó de desconcertar al cacique gigantesco, éste se limitó a divagar, hundiéndose las negras uñas en la gris maraña de las barbas.

-¿Qué prisa tienes, chiquilla?... ¿Qué estabas haciendo?... ¿Qué les das a las cigüeñas? ¿Pan?

-No, esto: renacuajos.

Señalaba al pequeño estanque, en cuya agua verde pululaban los panzudos y viscosos renacuajos a millares.

-¡Ah! ¿Los crías aquí?

-Aquí los crío.

-Y los comen bien... las cigüeñas...

-Regular.

-Claro... idados por ti! ¡Capaz sería yo de pagarte cada uno a cinco duros!

Un nuevo intento de aproximación de él, la hizo partir ligera, riendo, en busca de su padre.

Risa de coquetería extraña... ¿Le *trasteaba* Isabel?... Orenca tendría razón. A su edad, acaso, las demás mujeres le iban queriendo ya para explotarle. ¡Qué más daba! No por eso gozaba él menos a la que caía de su cuenta, y que se despidieran los otros, jóvenes o no, cuando él se proponía. La riqueza era un don que Dios concede, como la misma juventud. Puesto, ¡bah! ¡sería suya esta muchacha! Miraba la casa, la ermita. A la izquierda el horno y las paneras. Todo limpio. Sillas buenas. Jaulas de grillos y jilgueros. ¡Iba a costarle!... Nada respiraba la miseria en el jardín.

-Don Pedro..., pero don Pedro, tanto güeno por aquí... ¿Cómo no ha entrao?... ¡Qué tonta la chiquilla! ¡Pase, pase usted!

Afeitado el padre, en mangas de camisa, con la cara inexpresiva de otro cualquier labradorcete, y ajeno, sin dudas, a aquellos trapicheos de novios profesores y a aquellas ínfulas de grandeza de la hija y la mujer, vendría del pajar y sacudíase los zapatonos.

Le condujo al interior. La nave de la ermita hallábase dividida con techos y blancos muros que habíanla convertido en una pequeña vivienda confortable, doblada de graneros. Únicamente el fuste de una columna empotrado en un rincón, delataba la antigua arquitectura en la estancia a que pasaron. Más dentro, un dormitorio con cama de hierro limpiísima, con lavabo de Vitoria, con cortinas claras..., que debía ser el de Isabel.

El rey que hubiera llegado a la casa, no le inspiraría a Roque, al dueño de ella, más turbaciones de veneración. Hízole sentarse, sin sentarse él; le pareció más cómodo después un sillón de madroño para ofrecérselo, y lo aligeraba de un gato, de un bastidor de bordar y de unas almohadillas de costura... Sobre la mesa había una jarra con claveles.

-Siéntate, hombre, Roque, siéntate. Mira, vengo a verte, porque tú sabes que yo, sabiendo la excelentísima persona que eres tú, y tu fidelidad en las elecciones, te aprecio como amigo...

-¿Va a haberlas? -inquirió Roque veloz, no pudiendo entender de otro modo la visita, y alzando una mano tal que si fuese ya a depositar en la urna su sufragio.

-No, no se trata de eso. Ahora, al revés, se trata de que yo te pruebe lo que soy, amigo tuyo, y de verdad, de cuerpo entero...; se trata de demostrarte que hasta la pared de enfrente pueden mis amigos disponer de mí y mis intereses. Te ha tocado perder mucho, casi todo, con esto del ciclón y la langosta; no has querido ir a buscarme, como otros, sin duda temiendo molestar, y yo, que sé que el *Zurdo* se te ha negado ayer a cierta petición... vengo a ti a decirte: ¿cuánto necesitas?

Al bravo apóstrofe, que había hecho palidecer a Roque de infinita y honrada gratitud, acompañó la acción de sacar y brindar abierta la cartera, que siempre el millonario llevaba atascada de billetes.

Roque lloró. La emoción le embargó por un instante en el solo afán de besar aquellas manos. No acertaba a hablar. No acertaba a comprender que pudiese merecer tantas bondades; y llorando, llorando, queriendo siempre besar las manos generosas, rechazaba la cartera. Torpe el diálogo, a partir de aquí, fue el señor Jarrapellejos quien de clemencia en clemencia tuvo que conducirlo hasta dejar encima de la mesa, no las mil pesetas que el timorato Roque creía necesitar, sino dos mil... en dos solos billetes.

-Pero, idon Pedro de mi alma, que no le podré pagar este verano, por mucho que arrecoja uno de lo poco que le quea!

-¡Ya me pagarás! ¿Tú crees que yo me arruine?

-Pero, idon Pedro de mi alma, que sobra con las mil!

-¡Quita, Roque, bobo! ¿a qué vas a andar con estrecheces?... ¡Y cuando quieras más, más; vas y me lo pides!

-¡Pero, don Pedro de mi vida y de mi alma, espérese usted, por Dios, siquíá un cacho de recibo!

-Qué recibo; ¡hombre, hombre!

Mas, ¡oh, no! ¡bah, no!... En esto se obstinó Roque tan terco que tuvo don Pedro que esperarse...

## IV

Sentado en el taburete, al centro del sombrero, espiaba Melchor la S lejanía. Los demás, tumbados contra los aparejos de las bestias, tenían cerca el cántaro del agua. Ya uno con el escalofrío de la terciana<sup>29</sup>, no cesaba de beber. Otro, muy flaco e hidrópico del vientre, incapaz de soportarse nada en la cintura, mostrábalo venoso y tenso a través de un jirón de la camisa. No hablaban. Inyectados los ojos, absortos bajo la sensación de su tormento en el seco ambiente que negábales hasta el consuelo de sudar, se rascaban el ardor de los brazos y el cogote. Eran los limpiadores -nuevamente por una calma del aire forzados al descanso.

Un perro ladró. Moviéronse detrás del sombrero las espigas y apareció un hombre con bandolera de chapa y escopeta.

-A la pa e Dio.

El *Gato*, guarda de las eras.

Huyéndole al sol, desde bien temprano estuvo durmiendo y cazando en las próximas alamedas del Guadiana. Tiró al suelo el sombrero y dos patos que traía, y se sentó.

<sup>29</sup> *Terciana*: fiebre intermitente que repite cada tres días.

-Vaya un diíta, ¿eh? pa los que no tenemos más remedio que chincharno. Ni las cigarra, ni las jormiga han salío de sus bujero. ¡Tra ca un cigarro, Melchó!

La falta de tabaco hacía anticipar el regreso de aquellas frondas agradables.

Día de prueba el de hoy, a la verdad. Se respiraba llama. Olía a retostado pasto en todas partes. Dijérase que, especialmente en el bochorno de fuego de la siesta, no habían ardido solas las eras por milagro. Amaneció con una aurora de calma sofocante, sin una nube, y sin nubes iba declinando el sol en los trágicos resplandores de su lumbre. La planicie tendía la dorada abundancia de las mieses hasta la colina de las huertas, tras la cual alzaba el pueblo las siluetas de las torres. Incierto y agitado intermitentemente el aire de horno, levantó a menudo a los espacios el tamo de las parvas en abrasados remolinos. Continuaban las faenas de acarreo. Continuaba la trilla con reatas de mulas y caballos, con rodillos de paletas que solían llevar en el pescante una mujer. Cien veces habíase agotado en los botijos el agua como caldo. Bebían, bebían las gentes sofocadas, escociéndoles la piel con una sensación de quemadura, y bebían aquí también el del frío de la terciana y el del vientre hinchado, a mudas y fugaces compasiones contemplados por los otros.

El *Gato* se fijó en el de la fiebre. Se compadeció. -«¡Vete a casa, hombre!» ¡Sí, sí, a casa! ¿Quién le ganaba el jornal? Había atrapado aquello desde mayo, llevaba gastados en quinina treinta reales, porque ya no se la daba por la iguala el boticario, y eran siete de familia. -«¡Rediez!» -reparó luego el *Gato* en el hidrópico. -«Y tú, hombre, Colás, ¿cómo andas?» -«Rematao. Pa estallá uno de estos día.» Enfermo hacía dos años, el médico decía que «lo daba de aquí, de la asaúra», que bebiese leche, que no hiciese nada y que, si no, no curaría. Su mujer, embarazada, hubo de sustituirle, hasta que veinte días atrás viose acometida de parto en pleno campo, en plena siega; parió sobre unos haces y murió de insolación y de hemorragia cuando la transportaban al pueblo en parihuelas. La «cría» murió también. El padre, dejando la cama, tuvo que volver a trabajar para atender a otros tres niños, de quienes cuidaban mientras las vecinas.

-¿No t'han socorrió en la Asociación? Allí dan leche.

-Una semana me la dieron. Despué, dicen las señoras que tien a otros que atendel.

Fatigábase Colás, sólo con responder a las preguntas. Tuvo que aflojarse más el pantalón. Su rostro era ya el retrato de la muerte.

Y el *Gato* se irritó:

-iMe caso en Ronda! ¡Qu'esto lo pua naide consentí! ¿Estás malo?... pos amuélate y trabaja y echa los reaños po la boca; que si se enferma mi jaca, bastante hago con pagale el albeita<sup>30</sup> y la cebá. Y si no estás malo, lo mesmo: cuatro rales en ivierno, escuérnate criando una familia, y yo me acostaré con tus chicas cuando sean grandes y libraré a mis hijo mandándote los tuyos a la guerra. ¡Cuatro rales, señó! ¿Cómo quedrán que se valga así dengún cristiano?... Pague osté casa, leña, luz, zapatos y ropa y pan pa cuatro u cinco; pague usté médico y botica..., y allá le van contribucione y consumos que lo balden, y la cárcel si llueve y no hay jornal y se sale uno al campo a buscarse unas tarama. Mucho con que se iban a rotural las dejesas, y sin rotural siguen; mucho con que se iba a queá la gente a la siega, y ña e siempre!... los padre, los marío, fuera, y las hija y las mujere aquí, de día a matase por la cochina pesetilla y de noche a perdel la poca lacha<sup>31</sup> que las quea, a na que se descuidian, aguantando en la parva al señorito. Mirailas allí, aquéllas, ¿se les pue así desigí a las probe ni vergüenza?... medio en pelota, pa no morise sofocás, y er carrero abajo aupándolas a gateá por los varale. ¡Rediez con las cosa de este mundo, y rediez con los beato señorito y señore d'este pueblo, a toas hora sin pensá más que en caele a alguna entre las pata... que es ya un asco!<sup>32</sup>

Miraron los oyentes. Más que el forzoso impudor de las mujeres, chocábales la indignación del *Gato*, que no sólo no tenía hijas ni mujer, sino que siempre había defendido a los señores. Sobre algunas pequeñas parvas, al lado de aquellas otras en que trillaban los trillos y los mulos

<sup>30</sup> *Albeita*: albéitar, veterinario.

<sup>31</sup> *Lacha*: vergüenza, pundonor (voz del caló).

<sup>32</sup> Este parlamento del guarda, un personaje siempre al servicio de los poderosos, concentra las dos líneas temáticas de la novela: las míseras condiciones de vida de los campesinos y el sometimiento sexual de las mujeres del pueblo a los deseos de los señores (con un fin ciertamente inconfesable: pretende negociar con la emigración de las gentes).

y caballos, únicamente volteaban desmedradas recuas de borricas. Era la recolección de los pocos desdichados que habían tenido la suerte de salvar parte de su hacienda en estas fértiles vegas de la inmediación de La Joya, acaparadas por los ricos y nunca muy atacadas de langostos. Aunque este año los Valles fuesen un desierto, los carros llegaban aquí, colmados, del confín del horizonte. Se los veía lentos avanzar, alzando polvaredas de la tierra seca y de la paja, y pararse acá y allá entre las rubias montañas de gavillas. Ruedas arriba, asaltados por las semidesnudas mujeres, empezaba la descarga. No habían vuelto aún los braceros emigrantes. Apenas quedaban otros hombres que los mozos de soldada fija y los gandules y enfermos que no habían querido o podido partir.

El *Gato* proseguía:

-¡Qué tierra nuestra tierra, Dios! ¡Mardita sea! Salí de aquí a la siega, me paice una tontuna. Allá, lejos, d'una ve, familia y to, a América pa siempre. Trasantié estuve en Jaramilla, de ahí junto a Cervera la Reá, y aquello es entendolo. Se largan a bandás. Primores m'han contao. Er que allega, en cuanti escribe arrastra otro montón. No van queando ni las ratas. Vende ca uno lo que tiene, burra, cercas, y ihala!... a Buenos Aires.

Les dejó un segundo bajo la magia del nombre sonoro. Después, continuó el relato de lo que había aprendido en Jaramilla. Era el mismo cuadro de contrastes que les acababa de ofrecer a los molineros del molino, y que en tres días llevaba repetido muchas veces por las eras. ¡Oh, Buenos Aires! Gran ciudad, donde desconocíase el hambre y rodaba la plata a puntapiés. Sobraba el trabajo, faltaban los hombres, y hasta andaban silvestres en los campos las piaras de caballos y carneros por no haber quien las guardase. El que se iba, al mes empezaba a mandarles a la novia y los parientes regalos y billetes. Una escribía diciendo que estaba de moza en una fonda, que ganaba treinta pesos y el doble de propinas; su hermana, de costurera, treinta y cinco, y su hermano, ciento, en un café.

-Echay la cuenta, y a ve si no resurtan cinco u seis mil rales mensuales, que n'hay Cristo que los gane aquí ni en medio siglo. Además, y esto sus dirá mejor lo que pasa en Buenos Aires -terminó sacando una carta y mostrando los auténticos sellos y timbres del correo-: un ciego que pide se emborsa diarios diariamente de limosna,

siete duros... iveau en esta carta que m'han dao; y lela tú, Melchó, que no se diga que lo invento!

Le alargó el papel a Melchor, indicándole en donde el pasaje comenzaba:

«Pues, sabrás, padre, que debo decirte tamién que aquí no hay pobres, porque tos tienen pa comé y pa ajorrá con su trabajo, y no permitirían tampoco echase a las calles a pedí; pero, sabrás, padre, que el otro día estaba yo a comprá una purga en la botica, y entró un ciego y sin decil na comenzó a sacarse del bolsillo puñaítos de moneas de a dos reales. Y allá va un puñaíto; y otro puñaíto, y otro puñaíto; y aluego, el boticario fue y se las contó y se las cambió por siete pesos; y yo le apregunté al boticario que me dijo que era lo que venía a cambiale toas las noches de lo que sacaba de dejale pedí en la Avenía de Mayo por sel ciego. Pues sabrás, padre, que me acordé de tío Tanasio, que lo es, y que si hubiá quien lo trujese en el vapor, debía venirse cuanti ante»

El asombro tenía a todos excitados. De pie, porque volvía a soplar el viento y lo debían aprovechar para la limpia, escuchábanle al *Gato* sus arengas. La cosa no necesitaba comentarse. De a dos realillos hasta la moneda más pequeña, la moneda de limosna, y isiete duros un ciego! Aunque gastase dos en comer, como un conde, ahorraría «diarios diariamente» cuatro o cinco. Preguntábanle, se informaban, y el *Gato* respondía cumplidamente. Se había hecho amigo en Cervera del representante de la Compañía de emigración, y él facilitaríale todo al que quisiese sin más que un anticipo para arreglar los documentos. Pagaban los pasajes.

-Pa dir. ¿Y pa gorvel? -desconfió uno.

-Hombre, Moro, pa gorvel ca cual cuando quia y que le paezca.

-¿Y si después de allegá, que no hay más remedio que achantase, resurta to mentira?

-¿Por qué va a resultá?

-Porque le tengo oído de leé a mi amo don Julián lo que traen de Buenos Aires los periódico.

Revolvíase el *Gato*. El recelo de Moro les aguaba el entusiasmo a los demás. «¡Pa chasco, los periódicos!» Defendían a los amos, y no iban a declarar que fuese aquello Jauja. Entre creer a don Julián «qu'era un ganso y no s'había movió de La Joya, y creer a los que mandaban

guita y llamaban a sus hermano y sus padre, no cogía duda denguna». Además, se estaba aquí «tan rematadamente daos al mesmísimo demóngano, que na se perdiere por cambiá, manque hubiá de sel en el infierno».

Desfilaban los limpiadores con un murmullo de aprobación, con el alma en los ojos llena del miedo y el ansia de aquel lejano paraíso. Solamente el hidrópico, apoyándose en el bieldo<sup>33</sup> y con la otra mano en el vientre enorme que mal podían las piernas sostener, marchaba y lo había escuchado todo con la impávida tristeza del que ya hubiese estado oyendo la redentora promisión desde la tumba.

Melchor, el último, empezó a desperezarse:

-Me voy, tío Ramas -dijo.

-¿Aónde?

-Toma, a limpiá.

-Bah, hombre, que limpie el señó arzobispo de la diócesi. Fuma. Tra ca otro cigarro.

Le entregó el muchacho la petaca, y el *Gato* filosofó:

-Pa el cochino sueldo que nos dan, bastante hacemos. Después de to, lo que se deja de hacé es lo que se saca de la vida. Unos a matarno, rompiéndono los brazo y derritiéndono los seso, iguar que burros condenaos; otros, a guardá, a beberse la cerveza ar fresco del Casino, y a jugase los billete. Por supuesto, que er día menos pensao se me atufan las narice, armo otra vez er jollín, y que venga aquí de guarda el arzobispo de la diócesi. ¡Tra ca un papel!

Le dio el papel.

-Ríete tú, Melchó -prosiguió el *Gato*-, de Ceuta junt'a esto. En Ceuta estuve, y ni se pasa la mitá de estas fatiga, ni hace la mitá de este caló. Presillo por presillo, ar menos a la sombra, y segura la gandalla<sup>34</sup>. Y no es que yo me pua quejá, que bien ves tú si me quieren o no y si me miman los señore... pero ivamo! a que no tengamos na paque ellos tengan to, es mu duro resinnase.

<sup>33</sup> *Bieldo*: horca de madera utilizada para aventar el cereal en las eras con el objeto de separar la paja del grano.

<sup>34</sup> *Gandalla*: gandaya, comida (utilizado solo en frases hechas como «buscarse la gandaya», buscarse el sustento).

-¿Por qué fue, tío Ramas, por lo que estuvo usted en presillo?

-Por na: por dale unos trompis al aperao de don Andrés Rivas, hasta queale sin sentío, que dicen que murió de las resurta, y por llevame unas cochinas mula, en total, que no valían sisientos reales.

Melchor estaba distraído, siempre mirando hacia el pueblo. Aguardaba a la Petrilla, hija de la querida del *Gato*, y que al anocheecer veníase a las eras con su madre, para cenar y dormir bajo el cielo, echadas de La Joya por el calor y los mosquitos. Tuvo la sorpresa de verlas surgir de entre unos montones, ya bastante cerca. Petra y él, eran novios. Aunque ella había cumplido apenas quince años, y él veinte, por hijo de viuda libre del servicio, trataban a todo escape de casarse. El *Gato* le hablaba, pues, como de familia. Nunca estaba de sobra un compañero convencido -por más que, hasta la fecha, habíase bastado él en las noches de invierno a la sencillísima tarea de esperar a los señores que salían del juego y pedirles (sonrisa en boca, garrote en mano y puñal en el bolsillo) cinco duros. -«Don Fulano, si usted quisiá haceme el favó de argo, porque anda uno tan mal con un sueldo tan chico y tantas bocas en la casa...»

El sueldo consistía en dos pesetas diarias que le había asignado el Ayuntamiento, como conserje de la prisión municipal (y claro es que, habiéndola judicial, no tenía que guardar nada) tan pronto como hubo vuelto del presidio. Diplomático sistema del cacique, del gran Jarrapellejos, del hombre que sabía quedar bien con todo el mundo: a los amigos que se arruinaban al monte<sup>35</sup>, los nombraba alcaldes, secretarios, administradores de consumos, a fin de que pudieran reponerse; a los ladrones y asesinos los domaba en simpatías haciéndoles guardar las vidas y haciendas de los otros. Gente de cuidado, no obstante, don Pedro Luis era el primero en darles unos duros al verlos aparecer por las tinieblas.

En esto consistía el sueldo del *Gato* aumentado ahora con un suplemento de diez reales, asimismo del municipio, como guarda de las eras; y por cuanto a las bocas de su casa, habían sido más, cuatro: la de esta Sabina que llegaba, la dulcera, que haciendo dulces y vendiendo vinos y licores mantenía a cuerpo de rey, en calidad

<sup>35</sup> *Monte*: juego de cartas de envite.

de fiel amante, y las de las tres hijas de Sabina -Estrella, Aurora y Petra-; sino que Estrella y Aurora, según habían ido cumpliendo los quince años, con dos de intervalo, se habían metido a prostitutas y estaban la una en Madrid y la otra en Badajoz; y sólo quedaba Petra, a quien el *Gato*, con las consiguientes trifulcas y enérgicas y celosas oposiciones de la madre, quería a todo trance deshonrar, ya que no pudo hacerlo con las otras, antes que se casase con Melchor o se fuese también con las hermanas.

Pasaban Sabina y la muchacha; Sabina descubrió a «su hombre» y se acercó a entregarle de la cesta el tabaco que traía. Iban a cenar conejo frito. «Llévate esos patos, pa mañana.» El *Gato* anticipábase un trago de la bota. Melchor, en tanto, fue furtivo junto a Petra: «Ya sabes... esta noche, en cuanti la luna sarga y sientas que hago la corneja...» «¡Chist! ¡Sí, bueno!... que van a oírte» -le impuso ella, turbada de inquietud su cara granuja de angelillo. Era menudita y rubia, casi roja. Tenía la boca encarnada y muy pequeña, muy pequeña. Fingíale al novio indiferencia, apartada algunos pasos, y Melchor, disimulando a su vez, se echó al hombro el biello y se alejó hacia los montones de la limpia -no sin antes reafirmarla-: «¡En er soto e Tablajonda!»

-Aire pa alante itú! -le dijo a la chica el *Gato*, puesto en marcha con la madre.

Petra se adelantó, temblando. La voz de este hombre la aterraba. Había prometido retorcerla el pescuezo, y más de una vez había tenido la madre que acudir a quitársele de encima -toda arañada ella, medio muerta-. Y no era que, al fin y al cabo, por sí misma la importase mucho complacerle, sino que la celosa madre, que ya una tarde la puso negro un ojo, con juramento de cruces tenía dicho que la iba ahogar si *se dejaba*. Caminaban los tres, a su sombrazo. El *Gato* se informaba de Sabina. «¿Qué, viste a señá Cruz?» No, no pudo verla Sabina esta tarde. Cuando fue a su casa ya se había venido señá Cruz. Ahora buscaría y la hablaría. Tratábase de la madre de Isabel, la *Fornarina*, y de un encargo de don Pedro Luis, importante para todos. Sólo de gratificación, había anticipado a Sabina don Pedro quince duros; y la entregaría veinticinco más, si con maña lograba que la Cruz cediese a que la Isabel se le entregase...

-¡Mira, mira, qué de golosos, la Isabel!... ina ma de asuponerse que vendría dende esta tarde! ¡Qué suerte la de argunas!

Indicaba ella la era de *Zig-Zag*, cerca de la cual iban cruzando. Sentados en la especie de glorieta que formaban las gavillas, charlaban el *Garañón*, Mariano Marzo y el médico Barriga; pero, más aún que charlar, contemplaban cómo allá no lejos la *Fornarina* guiaba un trillo.

-¡Conchi! -admiró el *Gato*- ini las mosca a la miel! ¡La güelen! ¡Mira quiénes más vien'a caballo p'allí!

Don Pedro Luis, acompañado de *Zig-Zag*. Al lado del caballote tordo, de don Pedro, aún parecía más diminuta la negra jaca jamonera en que al no menos gigantesco ex albañil arrastrábanle las piernas. Nadie ayer aquí de todos éstos. Maravillosa su sagacidad por haber aprendido tan a tiempo que hoy en la era de Isabel la trilla empezaría.

Sabina y el *Gato* apresuráronse a ganar su cobertizo, en la del *Garañón*. Soltaron los patos, las cestas. Ella partió inmediatamente a buscar a señá Cruz. Él a ver de dar alguna otra conferencia americana en otra parte. Por cuanto a Petrilla, alejábese hacia el río con un cántaro al cuadril.

Fue una dispersión que no pudieron ver don Pedro y su fiel acompañante. Según éstos avanzaban, *Zig-Zag*, más claro de la vista, reconocía a los que formaban junto a su chozo la tertulia. Digo, ¿eh? ¡ahí es nada! ¡el *Garañón*! Temible rival, aunque bruto, por su tenacidad y desprendimiento. Los otros, ¡psíá!..., sin un cuarto, incluso Mariano Marzo, que a escape se arruinaba de tanto jugar y emborracharse, y queriendo, sin más que por bonitos, *calzarse* a la Isabel. Tropezó la minúscula jaquita, poniendo a *Zig-Zag* en riesgo de salir con toda su musulmana humanidad por las orejas, y, una vez que la hubo refrenado, el jinete insistió en ponderarle al buen amigo las últimas noticias que sabía del *Garañón*: en primer lugar, la *Sastra*, de gancho con la madre de Isabel, era diestra en el oficio; en segundo lugar, el *Garañón* había mandado que la ofreciese la casa y el olivar de *Los Tejares*...

-¡Bueno, hombre, tonto, tú..., pues yo te voy a confesar! -resolviose don Pedro Luis a anonadarle mirando y sonriéndole desde lo alto del tordo caballote-; la *Sastra* será la *Sastra* y lo que quieras tú, y un mundo ese olivar de *Los Tejares*...; pero yo le he echado a la madre de

Isabel, a Sabina la *Dulcera*, más lista y decente cien veces que esa vieja, que ese trapo de la *Sastra*... Y ¡bueno! ¿cuánto crees que puede valer el olivar?

Dispuesto a los asombros, por saber con quién trataba, *Zig-Zag* repuso:

-Doce o trece mil reales.

Don Pedro le miró. Llegaban. Apresurose a concretar:

-¡Bien! Tres mil duros, contantes y sonantes, en pasta mineral catalana, y en la mano, para que compren el cortijo de Álvarez *el Pito*, que está en venta, tiene el encargo de ofrecerlas la Sabina. Habrán hablado esta tarde. Vengo por la contestación.

-¡Re... contra!

-¡Eso..., y coche antes de un año! ¡Lo has de ver!

Dejaron los caballos; los ataron. Estaban cerca de los otros. Acogidos con sonrisas maliciosas, le fue cedido a don Pedro un trípode de encina, y el ameno Mariano Marzo continuó charlando acerca de la actualidad: la boda del conde de la Cruz. Sin embargo, confluían todas las miradas hacia el lugar en que, a unos cincuenta metros, guiaba la *Fornarina* el trillo. La hermosa. La bella desdeñada y codiciada. La gentilísima, que lo mismo con novio que sin novio seguía riendo a los piropos cuando, blanca de harina, cruzaba por las calles con el cesto de pan a la cabeza. Maldito si estaba ahora el profesor, y con tal de volver más tarumba a los que ella bien sabía que la estaban contemplando, se había prendido, coqueta, en el sombrero un manojo de espigas y amapolas. Puesto el sol, ni el sombrero haríala falta, en realidad; a no ser porque el espejo, en casa, la hubiese dicho cómo bajo las anchas y pajizas alas agraciábanla los rizos negros. Para mayor encanto, los arrebatados fuegos de su cara se aumentaban a las rojas luces del crepúsculo. En la mano izquierda llevaba los ramales de las tres peludas y ágiles borricas, y en la otra el látigo. Nueva la parva, las largas pajas de las gravillas, mal deshechas aún, ocultaban como en una fofa nube de oro el carro en que daba vueltas la hechicera y rústica deidad. -«La *Fornarina* (frase del poético don Pedro, cortando breve aquella sabrosa charla sobre el conde) estaba aquí transfigurada en la *Cibeles*<sup>36</sup>».

<sup>36</sup> *Cibeles*: diosa de la agricultura representada en un carro adornado de espigas, como las que lleva la protagonista en el pelo.

Su padre y un mozuelo, trabajando en otras cosas, la acompañaban; la madre, no; y esto parecía de buen augurio al que suponía la con la dulcera en conferencia interesante.

Pero volvían al gran suceso que traía al pueblo en sorpresa y en asombro. El conde de la Cruz se casaba con Ernesta. Con Ernesta, con la misma -Gregorio se acordaba- que al conocerle una tarde en casa de las Rivas, se hubo de indignar hasta casi la repugnancia y el horror porque juzgábanle las otras *agradable*. ¡El colmo! Octavio, ya casi su novio, al vérsela de pronto arrebatada, cogía el cielo con las manos. Es decir, suponíase que lo cogiera, porque, dadas las reservas de su orgullo, habíase limitado a retirarse de reuniones y a morder a caballo por los campos su derrota. ¡Ah, una mujer como aquella, de veinticuatro o veinticinco años, de viva llama, y un hombre de cerca de setenta, tres veces viudo!... Indulgente con toda humana flaqueza, Jarrapellejos trataba de explicarlo. De una parte Octavio, aunque había probado estar apasionadísimo de Ernesta, no llegaba a acabar de comprometerla seriamente en el noviazgo; y ella debió comprenderle, al fin, demás pagado de su juventud y de su estirpe para llevarla al matrimonio. De otra parte, pobre la infeliz, pero digna por su educación y su hermosura de los faustos de una reina, los coches y el automóvil y la corona condal debieron voltear en sus desvelos, por encima del desconfiado amor que Octavio la inspirase, desde que el conde le planteó su proyecto a tita Antonia. A diferencia de Octavio, el conde era bastante rico para no tener que reparar en que lo fuese su mujer.

-¡Ah, sí! -añadió sarcástico Mariano Marzo, que si bien contento por el desastre del Octavio vanidoso, no podía sufrir que ni legítimamente se llevase a la bella forastera un conde carcamal- ¡y lo bastante viejo para no intentar conquistas sino a cuentas de una boda!

-Hombre, Mariano -defendió don Pedro-, conquistas... ya ves tú que... con dinero...

-De otro fuste, tito, ¡bah!... porque al conde, con la respetabilidad de su beaterio y su alta dignidad, le da por madamitas... Tres lleva, y no seré yo quien a la última defienda porque fuese prima mía, que, en resumen, lo mismo éstas que las otras..., ¡salvo el modo de venderse!

El caso era que, una vez obtenido el asentimiento de Ernesta, ella había tenido una cruel escena de ruptura con Octavio; que el conde

había ido a Valladolid a pedirla, y que habíase acordado encargar a París y a Madrid el ajuar a todo escape, completándolo bajo la dirección de tita Antonia y bajo la envidia que a las amigas de la futura condesa espléndida las causaba el ver bordar tantos escudos y coronas por almohadas y camisas y manteles. Tanta envidia, mal disimulada en corteses atenciones, que hasta decíase que dos habían llegado a enfermar: una, Joaquina Rivas, un tanto esperanzada por los habituales floreos del conde a sus ojos garzos; otra, Pura Salvador, cada día más escuchimizada y triste, con su carita rubia de payaso... Mas, no, bah, ¡oh!, acerca de esto, ahora, aquí, justamente Barriga, el joven médico, podía poner las cosas en su punto. Clientes tuyas, ambas, sus enfermedades no tenían nada que ver con tales tonterías de la malicia. Y en Pura, menos; una niñita que tenía su novio cadete, el primo Antón, y que claro es que no se habría ilusionado nunca con el conde. Joaquina, padecía de paludismo; ¿qué relación iba a establecerse entre esto, que era una infección, y la envidia? Una ictericia, un histerismo... ¡bien!; pero ¿cuartanas?<sup>37</sup> ... Y a Purita Salvador, la pobre, a consecuencia de un paludismo larvado, también, habíala sobrevenido una ascitis...

-¿Una qué?

-Una ascitis.

-¿Y qué es eso?

El médico la tuvo que explicar. Agua, hidropesía. La había vuelto a reconocer esta mañana. A consecuencia de los infartos del hígado y del bazo, la sangre circulaba mal, y el vientre íbala creciendo.

-Oye, tú, Barriga -deslizó maligno el *Garañón*, de pie, arreglándose el pantalón en la entrepierna-, ¿y no será más bien una barriga?

Fue esta vez Barriga quien tuvo que inquirir:

-¿Cómo... una barriga?

-¡Toma! ¡Embarazo!

La duda, que, en verdad, tratándose de una señorita, de una pudorosísima chicuela, no se le habría podido ocurrir más que a este Gregorio barbarote, hizo protestar a todos. Afortunadamente,

<sup>37</sup> *Cuartanas*: fiebres, casi siempre de origen palúdico, como sucede en este caso, que aparecen de cuatro en cuatro días.

el médico, harto oportuno, opuso su rotunda suficiencia a aquella duda que aquí surgía por primera vez y que no hubiera tardado en extenderse con la misma falta de fundamento que lo no menos estúpido de achacarle una hidropesía abdominal a envidias por el conde.

-¡Oh, bah! ¡Hombre, bah, Gregorio! -reconvínole don Pedro Luis, reafirmando con su digna autoridad, podría decirse, incluso al médico-. ¡Qué barbaridad! ¡Purita! ¡Pobrecilla!

Y como al mismo tiempo vio que allá atrás llegaba a su sombrero la dulcera, se levantó y partió rápido, diciendo: -«¡Vuelvo!»

Iría a su era. Se alejaba de Isabel y no tenían por qué entrar en alertas los rivales. Siguiéron éstos oyéndole a Barriga el plan de diuréticos y tónicos que había establecido a Pura Salvador, y únicamente *Zig-Zag*, con el rabillo del ojo, pudo advertir de qué sagaz manera su amigo y la Sabina escondieron a charlar detrás de unos montones. El cauto observador notó asimismo que al poco rato llegaba al sombrero del *Gato* una muchacha con un cántaro de agua a la cabeza; y que, no mucho después, Sabina se acercaba a hablarla, sostenía con ella una breve discusión, y volvíanse las dos a esconderse con don Pedro en conferencia. ¿Quién sería? ¿La hija menor de la dulcera?... Lo creyó a primera vista, y ¡no!... ésta, más alta, a menos que igual que sus hermanas, y en un año que no la veía él, hubiese dado un estirón. En junio pasado, descalza, sin pecho, parecía una garrapatilla, una criaturita de once años...

Diez minutos después, las dos mujeres se alejaban por un lado, y don Pedro se acercaba por el otro. Volvió a fijarse *Zig-Zag* en la muchacha, alta, rubia, encarnadita, con la boca muy pequeña, muy pequeña, sin apenas pecho en su cuerpo fino y recto de criatura, y volvió a parecerle la hija de Sabina. Don Pedro, montado en su caballo, saludaba, y le llamó:

-¡Buenas tardes, señores! ¡Hala, tú, Miguel, que nos marchamos!  
*Zig-Zag* ardía en curiosidad.

-¿Qué? -inquirió, cuando los jacos hubieron avanzado veinte metros.

Don Pedro Luis tenía la abstraída gravedad de las grandes trascendencias.

Tardó un poco en contestarle:

-Esta noche, en cuanto cenes, si quieres acompañarme, vete a casa. Tenemos que estar aquí a las... ¿A qué hora sale la luna?

-A las once.

-Pues, antes de las once.

Era una orden. Era el gran señor que unas veces le dispensaba afable su protección y su amistad, y que ahora le hablaba respetuoso; y como no le dijo más, picando adelante su caballo, tampoco *Zig-Zag* juzgó oportuno, por lo pronto, osar a pedirle pormenores de su triunfo. ¡Oh, al fin, para él... la *Fornarina*! ¡Y en esta misma noche!... Casto y todo, enamorado de su esposa como estaba *Zig-Zag*, que había acompañado muchas veces en aventuras semejantes a don Pedro, guardándole la espalda, sentía esta vez casi el dolor de la buenaventura de su egregio amigo con una tal mujer, con una tal divinamente humana virgen, capaz de hacerle perder el juicio a San Antonio.

Melchor se alzó un poco, comprobó que dormían los compañeros, incluso el hidrópico, que se estuvo quejando rato antes, y salió de la parva a cuatro pies. Dejó la era. Dio la vuelta por otras de detrás y, ya fuera de todas, saltó la larga valla de piedras de la cerca que llegaba a la del *Gato*. Agachándose, avanzó. Le habían ladrado dos perros. La luna, en menguante, surgía inmensa por entre las torres de La Joya y la arboleda de las huertas. Volvía a reinar el silencio sobre el lejano y monótono rumor de las presas del molino. Llegó el furtivo, y antes de resolverse a asomar la cabeza por lo alto de la pared, púsose a escuchar. El *Gato* le inspiraba miedo. Redoblando las cautelas, comprobó la inmovilidad de las cuatro o seis personas que dormían sobre esta parva. Es decir, una, Petra, no dormiría, aguardando la señal. Al *Gato* le reconoció por la escopeta, tendida al lado de la manta. Púsose los dedos en la boca, y siseó, dos veces: ¡Psiiiiiii! ¡Psiiiiiii! La corneja. Se alejó inmediatamente de las eras, cruzando los rastros.

En el soto, se sentó. Doblada la suave ondulación de dos colinas, no percibía ya más que la mitad de la distancia recorrida y por donde también «ella» hubiese de llegar. Bajo los sauces, al borde de la sombra, aguardábala, espiaba el momento en que allá arriba apareciese. Era la tercera noche que iría a tenerla; era Petra la primera, la única que habíale hecho conocer las plenas delicias locas del cariño, como era él el único y el primero que a ella hízoselas sentir, y la gratitud de toda

su carne estremecida le aumentaba la pasión al infinito. Creyérase otro hombre, desde que le reveló dulzuras ni soñadas de la vida esta mujer, esta novia de fino cuerpo, ardiente; esta chiquilla que se ataba a él como una cuerda y le mordía y le sofocaba. Petra le invitó a esto, hacía seis noches, citándole aquí mismo, contándole que el *Gato* quería ser el que la deshonrara, a todo trance, y viniendo a «ser pa él», aunque el *Gato*, si llegara a percatarse, la hubiese de matar; y ya Melchor, en aquella cita, inquieto por el miedo al *Gato* y el dolor y el sangrerío de la muchacha, acudió tres noches después a la segunda cita, igual que voluntarioso e impaciente había provocado esta tercera, importándole bien poco que el *Gato* los pudiera sorprender y atravesarles juntos de un balazo.

Pero... subía la luna, subía la luna, pasaba el tiempo, y Petra no venía. Él pensaba proponerla la boda cuanto antes, llevársela incluso a su casa, desde mañana mismo, y tenerla para él solo y para siempre. Sabina, celosa del *Gato* y de la hija, habría de favorecerlos.

Tales reflexiones entretenían la desesperación del feliz, mientras seguía ascendiendo la luna por el claro cielo, y Petra no llegaba. Sonaba aquí más cerca el ruido del molino. Los mirlos cantaban en las frondas. Olía a mastranzos. Húmeda la hierba, veíase aún la huella de los cuerpos de los dos, de las otras noches, al pie de un tronco, donde él puso la faja por almohada. Había tenido las otras veces que conformarse con mirar a Petra al resplandor de las estrellas y a la lumbre del cigarro; esta noche, sus ojos la pudieran contemplar a la luz clara de la luna. Mas ¿por qué tardaba?... Media hora, una hora, tal vez. ¿Habría tomado mal la dirección? ¿Se habría perdido? ¿Habríanla visto su madre o el *Gato* levantarse?... Dijérase que pasaba algo extraordinario. Desde hacía buen rato, los perros, como si sintiesen gente, no cesaban de ladrar, en las eras, y allá abajo, en el molino.

Otra media hora, aún, otro medio siglo, quizás...(¿qué sabía ya él de tiempos ni medidas?). Y Melchor se levantó. La insistencia de los perros del molino en el ladrar, en un ladrar furioso, que recrudecía a momentos, tal que si alguien se acercara y se alejase vagando alrededor, hízole creer que Petra, extraviada, le buscara. Echó a andar ansioso de encontrarla. ¡Sí, sí, se habría perdido! Menos cautos, y con menos claridad en las pasadas citas, él pudo esperarla cerca del vallado.

Marchaba, guiándose por el ladrido de los perros. Subía primeramente, sin embargo, al sesgo de los árboles, la media ladera del rastrojo, por si ella, desesperanzada de hallarle, retornase ya a la era. Pero en cuanto ganó la colina y oteó un poco al otro lado la pendiente, se detuvo. Más; tuvo que aplastarse al suelo, entre las pajas. -«¿Quién va?» -le habían dicho con voz ronca, de improviso.

A pocas varas de él, encima de una peña estaba, sentado y fumando, un hombre. Fumaba un puro. Melchor habíale visto la lumbre al quitárselo de la boca para darle aquella voz. Era una especie de gigante con barbas, que tenía un garrote en una mano. ¿Qué haría allí y quién pudiera ser?... Imposible continuar sin ser visto. Se achantó breves instantes el muchacho, y luego se deslizó por detrás de la loma, cuesta arriba. Al asomarse otra vez, ya próximo a las eras, vio otra especie de fantasma. Uno con escopeta. No tardó en reconocerle, por su paso siniestro y peculiar: el *Gato*. Venía hacia él, justamente como en la dirección del soto, bien porque hubiese echado de menos a Petra y la buscase, bien porque estuviese dando una vuelta en el desempeño de su oficio; y Melchor no tuvo ahora más remedio que correr la cuesta hasta el río mismo, y esconderse en la alameda. Ya allí, se tranquilizó al ver de lejos que el *Gato*, después de trazar en el rastrojo un semicírculo, encaminábase a la pozuela de la fuente. Iría al aguardo de las liebres: habiendo luna, Melchor debió preverlo, y no exponer a Petra a una sorpresa. Esto sería lo que la hubiese tenido en vela y sin poder moverse de la parva.

De todos modos, él debiera ganar la suya y acostarse. Cerró y guardó la navaja, que había prevenido en la fuga, por si acaso. No pudiendo ir a procurarse la protección del vallado ni cruzar recto a la izquierda los rastrojos sin que le descubrieran aquellos trágicos fantasmas del *Gato* y del hombre que parecía vigilar desde la peña, quedábale el recurso de dar la vuelta entre los álamos. Avanzó, pues, por la tupida selva, llena de carrizos y de enredaderas silvestres de tronco a tronco. Hundíase en charcos de la ribera, y más de una vez viose precisado a abrirse paso cortando con la navaja los tallos y las brozas. Los mirlos cantaban en lo alto del ramaje. Seguían ladrando lúgubrementemente los perros, según se acercaba el ruido del molino. Noche horrible en la serenidad de su belleza. Desde un claro divisó Melchor algo así como otras sombras, algo así como si